

EL CLUB DE LOS SOLTEROS MILLONARIOS

Deséame

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

**MONICA
MURPHY**

Harper+

Deséame

**MONICA
MURPHY**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

Deséame

Título original: Crave

© 2013, Monica Murphy

© 2024, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Publicado por HarperCollins Publishers Limited, USA

© De la traducción del inglés, HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers Limited, USA.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Imagen de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 9788410640467

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

1

Archer

Hay pocas cosas a las que pueda resistirme en la vida. Probablemente por eso me metí en tantos problemas durante mis años de adolescencia. El control lo es todo, y eso es lo único que he aprendido del malnacido de mi padre. No ganas nada por ser impulsivo, mostrando tus emociones, volviéndote vulnerable.

Si eres incapaz de resistirte a las cosas que te atraen, seguramente sufrirás un caos indeseado. Ya he tenido bastante de eso en mi vida personal mientras crecía. Joder, también en mi vida profesional, aunque por fin he dado un giro estos últimos años.

Pero ¿a qué pocas cosas no puedo resistirme? Un reto. Una apuesta.

—Es un absoluto imbécil por casarse —dice Gage. Su voz llena de disgusto me saca de mis pensamientos.

Gage Emerson es mi mejor amigo. Matt DeLuca también. Los conozco a los dos desde el instituto. Estamos en el banquete de boda de nuestro compañero de universidad Jeff Lewiston, observando desde un rincón oscuro del abarrotado salón de baile y despotricando sobre la supuesta santidad del matrimonio.

El matrimonio representa una soga alrededor de mi cuello que aprieta más con cada miserable día. Mis padres son un brillante ejemplo del peor matrimonio de la historia de los matrimonios. Se odian. Se engañan. Se pelean. Sin embargo, siguen juntos.

No tiene ningún maldito sentido.

—Parece contento —responde Matt, el más optimista de nosotros tres, y tanto Gage como yo le lanzamos una mirada que le hace callar.

—Su mujer es atractiva, hay que reconocerlo —concede Gage mientras bebe de su copa de champán—. Pero en cuanto vuelvan de la luna de miel en Tahití, se convertirá en la mayor zorra del planeta, te lo garantizo.

—Ni siquiera la conoces —murmura Matt, que sacude la cabeza.

—No hace falta. Todas lo hacen. Atractivas, guapas y dulces cuando las conoces, no piensas en nada más. El sexo es increíble y lo tienes

constantemente. Se ponen de rodillas cuando se lo pides y te hacen una mamada de primera. Lo siguiente es que les estás comprando un anillo. —Gage se calla, da otro sorbo al champán y vacía la copa.

Ya hemos hablado de esto antes. Hemos visto a nuestros amigos caer uno tras otro como soldados caídos al matrimonio, sobre todo este último año.

—Le pones ese anillo en el dedo, pasas por toda esa mierda de ceremonia matrimonial, y luego no te queda más que una esposa gritona y una polla flácida como secuela. Siempre echándote mierda porque nunca estás en casa y trabajas demasiado.

Hago una mueca porque, santo cielo, eso suena como mi peor pesadilla.

—Aunque seguro que nunca se quejan cuando gastan tu dinero. —Gage hace un gesto con su copa vacía.

—Exacto, puto exacto —digo, devolviendo el gesto con mi copa antes de acabármela.

—Sois unos cínicos. Los dos actuáis como si ya hubierais hecho este tipo de cosas antes. —Matt se cruza de brazos—. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de vosotros tuvo novia? —No lo formula como una pregunta porque ya sabe la respuesta.

—Nunca —digo con desprecio.

Las novias formales no cuentan. Ninguna me ha interesado lo suficiente como para querer tenerla cerca.

A excepción de una mujer, a la que no puedo tocar. Es demasiado joven, demasiado dulce, demasiado buena, demasiado todo lo que yo no soy. Es tan jodidamente tentadora y está tan fuera de mis límites que sería un maldito idiota si intentara algo con ella.

Pero quiero hacerlo. Desesperadamente.

—Toda esta charla sobre cómo una mujer no es más que grilletes y cadenas, como una especie de condena a prisión de por vida. Estoy deseando veros caer a los dos y caer jodidamente fuerte —se ríe Matt.

Gage y yo nos fulminamos con la mirada.

—No tengo intención de caer pronto —murmura Gage.

—Más bien nunca en esta vida —añado.

—Por favor. —Matt resopla—. Los dos acabaréis dándoos cuenta de que no queréis pasar esta cosa llamada «vida» sin una mujer a vuestro lado. Entonces, os revolveréis a una edad vergonzosa, como los cuarenta y cinco años, los eternos solteros en busca de alguna tía buena que quiera ser

vuestra novia. Pero ninguna de esas jovencitas veinteañeras os mirará a menos que le enseñéis algo de dinero.

—¿Quién es el cínico ahora? —replico, ganándome una fulminante mirada de Matt.

—Digo la verdad —dice encogiéndose de hombros—. Y lo sabéis.

—Te metes con nosotros por estar solteros; sin embargo, tú también lo estás —señala Gage—. ¿Por qué no has sentado la cabeza aún?

La pregunta de Gage hace que Matt se encoja de nuevo de hombros.

—Aún no he encontrado a la mujer adecuada.

Su respuesta es tan sencilla y suena tan condenadamente lógica que me dan ganas de abofetearle.

—No existe la mujer adecuada —digo, queriendo reventar la burbuja de felicidad eterna de Matt—. Al final lo aceptarás. Créeme.

—Y tú también —dice Gage, aunque sé que no está en desacuerdo conmigo—. Lo que sé es que yo no pienso conformarme. No pienso atarme.

—Yo tampoco —le doy la razón—. Conformarse es de cobardes.

—Totalmente —dice Gage con gravedad.

Matt centra su atención únicamente en mí.

—Apuesto mucho dinero a que serás el primero en caer.

—¿Caer cómo? ¿Sobre una mujer? —Gage se ríe—. ¿Caer enfermo? ¿A qué coño te refieres?

—Serás el primero en enamorarte de una mujer y suplicarle que se case contigo —dice Matt.

Se me seca la boca. Siento como si una soga invisible me apretara el cuello y me impidiera respirar.

—Sí, claro —consigo decir por fin.

—Vosotros dos os resistís tanto a tener una relación que me imagino que a ambos os darán un golpe en la cabeza y caeréis estrepitosamente. Y ocurrirá más pronto que tarde —dice Matt, con la voz cargada de confianza.

Ese tono de suficiencia me enfada muchísimo.

—No tengo ninguna intención de enamorarme pronto —digo.

—Yo tampoco —asiente Gage.

—Si queréis creerlo así, pues genial. Vivid en vuestro mundo de negación, me da igual. —Nuestro amigo está intentando cabrearnos. Y funciona.

—¿Quieres hacer esa apuesta que acabas de mencionar? Porque me apunto. Te lo demostraré. No necesito una mujer ni una relación. —Afirmo,

cruzándome de brazos.

Matt ya ha hecho esto antes. Disfruta sacándonos de quicio a los dos. Me pone de los nervios.

Así que a ver si se atreve. Siempre pasándose de listo. Es hora de callarlo. Gage resopla.

—No apuestes solo por él. Apostemos los tres.

—¿De cuánto estamos hablando? —Matt se pasa la mano por la mandíbula.

El tipo está forrado. Todos estamos forrados; procedemos de familias adineradas y vivíamos en la misma urbanización durante el instituto. Cuando todos cumplimos veintiún años con pocos meses de diferencia, empezamos a ir a Las Vegas y a gastar dinero a lo grande como una persona normal juega a las tragaperras de veinticinco centavos. Cuando terminamos la universidad y tuvimos vidas reales, hubo que dejar esa mierda. Aún lo echo de menos. Más o menos.

—Un millón de pavos para el último soltero que quede en pie —lanza Gage, con un brillo triunfal en la mirada. Actúa como si ya hubiera ganado la apuesta.

—¿Un millón de dólares? —A Matt prácticamente se le salen los ojos de las órbitas.

El capullo se comporta como si no dispusiera de esa cantidad; ha tenido que renunciar recientemente a un lucrativo contrato de béisbol profesional debido a una lesión que puso fin a su carrera, pero no ha perdido ni un dólar de ese contrato. El tipo tiene dinero a espuestas. Hace poco invirtió parte en una bodega no muy lejos de donde vivo, solo para poder declarar pérdidas en Hacienda.

En definitiva, que no tiene problemas económicos. Gage tampoco. Es uno de los mejores inversores inmobiliarios de toda el área de la bahía, justo por detrás de su padre. Ambos tienen un toque mágico, encuentran propiedades y negocios por una ganga y los reforman de modo que obtienen un enorme beneficio.

La industria hotelera asegura que yo también tengo un toque mágico, a pesar de la irritación de mi padre por esa afirmación en particular. No tengo la culpa de haber visto una necesidad y haberla cubierto con el hotel en pérdidas que me dio. Él estaba seguro de que fracasaría.

Joder, le he demostrado que se equivocaba. Y ahora me estoy preparando para ampliar. Y está que echa humo.

Es como si mi propio padre disfrutara viéndome fracasar.

—¿Qué, tienes miedo? —Lo digo porque sé que es imposible que pierda esta apuesta. Ninguna mujer podrá clavarme sus garras tan profundamente que no consiga escapar.

De ninguna de las maneras.

Gage se ríe y sacude la cabeza.

—No seas cobarde, DeLuca. Un millón de pavos es calderilla en tu cuenta bancaria.

—La verdad es que sí —murmura Matt—. No me preocupa. Voy a ganar.

Ja. Que Matt haga una afirmación tan categórica me incita a demostrarle que se equivoca.

—¿De verdad lo crees?

—No, lo sé. —Matt sonríe—. Incluso apostaría cincuenta de los grandes más a que acabarás casándote con la próxima mujer con la que hables.

—Menuda estupidez, hermano. Acepta la apuesta —dice Gage, dándome un fuerte codazo en el hombro—. Déjanos en paz, Matt. No se me ocurre ninguna mujer en toda la sala con la que Archer quisiera hablar, y mucho menos casarse.

Permanezco en silencio. Hay una mujer con la que no me importaría hablar. Pasar tiempo con ella. No en el sentido serio o de posible matrimonio, porque, diablos, no, eso no está en mi futuro. Pobre mujer, sería un marido terrible, y lo sé. Por eso la dejo en paz.

Ella quiere ese tipo de cosas: un marido e hijos y una valla blanca alrededor de la bonita casita que ha decorado. Sé que lo quiere. Es una soñadora, una romántica, una mujer que merece ser tratada como una reina. Yo solo acabaría haciéndole daño y no podría vivir conmigo mismo si lo hiciera. Gage tampoco me dejaría vivir.

Él la conoce bien, teniendo en cuenta que me refiero a su hermana pequeña.

Hace tiempo, cuando era más joven, yo también pensaba en ella como en una hermana pequeña. Pero luego se convirtió en una atractiva adolescente que me hacía tener pensamientos peligrosos cada vez que me acercaba a ella. Ivy, de diecisiete años, me hacía sentir como un perverso. No ayudaba que, cada vez que intentaba evitarla, ella quisiera hablar conmigo. Como si supiera que me volvía loco y estuviera decidida a meterse en mi piel con sus maneras dulces y atentas. Cómo se reía de mis chistes y me miraba como si pudiera ver a través de mí.

Y cuando se convirtió en esa mujer hermosa, sexi y segura de sí misma, supe sin ninguna duda que tenía que evitarla a toda costa. Quería estar con ella de la peor manera. Es la primera mujer que me ha importado de verdad. No quiero hacerle daño, porque se lo haría. He hecho daño a todas las mujeres de mi vida. Pregunta a mi madre. Pregunta a cualquier mujer que haya pensado que tenía una oportunidad, aunque fuera fugaz, de estar conmigo.

—Quizá podrías ir a hacer de canguro de Ivy un rato —sugiere Gage.

Me vuelvo hacia él, incrédulo. ¿Puede meterse en mi cerebro y leer mis pensamientos? Joder, qué miedo cómo acaba de hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con recelo.

—¿Quieres ganar fácilmente cincuenta de los grandes? Ve con Ivy. Como si fuera a casarse con alguien tan lamentable como tú. —Gage se ríe, aunque yo no. ¿Por qué soy lamentable? Vale, sé que no soy digno de Ivy, pero, joder, sus palabras aun así escuecen.

Como no digo nada, Gage continúa:

—Rompió con el tío con el que salía hace unas cuantas noches. La verdad es que no era digno de ella, pero desde entonces está deprimida —explica Gage—. Podrías pasar el resto de la noche con ella, y utilizarla así como escudo contra cualquier otra mujer que se acerque. Siempre le has caído bien, aunque no sé por qué, eres un verdadero capullo. —Hace una pausa, con los ojos entrecerrados—. Está claro que disfrutas persiguiendo a todo lo que lleva falda, pero sé que no te aprovecharás de mi hermana. ¿Verdad?

La mirada mordaz que me dirige es intensa y clara. Quiero prometerle que no me aprovecharé de ella. Pero está hablando de Ivy..., y yo siempre quiero lo que no puedo tener.

Sobre todo a ella.

—De todas formas, ella no cuenta —dice Matt riendo entre dientes—. Al fin y al cabo, solo es Ivy.

—Exacto. Solo es Ivy. —Asiento con la cabeza mientras miro a mi alrededor, esperando localizarla.

Está aquí. La he visto antes, aunque me ha evitado. La mayoría de las veces, prefiero molestarla en lugar de dejarle ver lo que siento realmente.

—¿Quieres decir que ella no cuenta para esa loca apuesta que acabas de hacerme?

—Eso es, ella no cuenta. Además, Gage te mataría —dice Matt con naturalidad—. Hay aproximadamente veinticinco mujeres vigilándonos en este preciso momento, todas ellas hermanas de fraternidad, o lo que sea, de la novia. Se mueren porque al menos las mires, Archer. Te garantizo que te casarás con la primera con la que hables.

—Y una mierda —murmuro. Mi amigo ha perdido la maldita cabeza.

—Vale. —Matt se ríe, al igual que Gage, pero los ignoro.

Echo un vistazo por la habitación y localizo a Ivy. Sentada sola en una mesa, observando a las parejas que se mecen juntas en la pista de baile al son de alguna ñoña canción de amor. Lleva el pelo largo y castaño ondulado, aunque normalmente lo lleva liso, y siento la tentación de pasarle la mano para ver si es tan suave y sedoso como parece. Su vestido es de un azul intenso y oscuro, sin tirantes, y deja al descubierto un montón de piel suave y blanquecina que mis dedos literalmente se mueren por tocar.

El anhelo nostálgico de su rostro es evidente y me siento obligado a ir hacia ella. Invitarla a bailar. Tenerla cerca, sentir cómo sus curvas se amoldan a mí mientras respiro su dulce aroma.

¡Joder!

Sí. Probablemente me mandarían al infierno antes de bailar conmigo.

—No tengo intención de tocarla —digo, lo cual es mentira porque me encantaría tocarla, joder—. Puedes confiar en mí.

Más mentiras. Gage debería darme una patada en los huevos solo por pensar en su hermana. Y no digamos por hacerle algo a ella. Con ella. Encima de ella, debajo de ella, de cualquier forma que pueda. Ivy es la única que podría tentarme a perder la loca apuesta que acabo de hacer. Quien podría hacerme querer ir en contra de todo en lo que he creído desde que era un niño.

Pero no lo haré. Me niego a ceder. Ella no es para mí.

Por mucho que lo desee.

Ivy

No hay nada peor que ir sola a una boda, sobre todo cuando he tenido un acompañante hasta hace aproximadamente cuarenta y ocho horas. Antes de darme cuenta de que el hombre con el que salía continuaba viendo a la mujer con la que decía haber roto hacía más de seis meses.

¿Cómo me enteré de esta asombrosa mala noticia? La supuesta ex me llamó al móvil y me echó la bronca mientras estaba mirando muestras de papel pintado con un cliente. Eso sí que es humillante. Es convertir mi vida en un episodio de Jerry Springer. Me hizo sentir como una prostituta infiel que quería robarle a su hombre, que es lo último que soy. No soy una ladrona de hombres. Sé que a algunas mujeres les atraen los hombres con pareja. A mí no. Los hombres comprometidos dan demasiados problemas, muchas gracias.

Colgué el teléfono a la supuesta exnovia, que seguía quejándose, y enseguida llamé a Marc para informarle de que no podía seguir viéndolo. Apenas protestó, lo que no me sorprendió. Menudo imbécil.

Así que ahora estoy sentada aquí sola, en la mesa de los solteros y sin pareja, porque cuando llamé a la novia y le dije que no iba a traer a mi novio, Cecily se puso como loca. Afirmó que iba a estropear su cuidadosamente orquestada disposición de los asientos y «oh, dios mío, ¿no podrías traer a tu novio y ya está?».

Creo que por decir un no rotundo acabé en la sección de desesperados y solteros como castigo.

Suspirando, apoyo el codo en el borde de la mesa y descanso la barbilla en la mano, mientras observo a todas las parejas que bailan, los novios en el centro de la pista, sonriéndose como tontos. Parecen felices. Todo el mundo parece feliz.

Siento envidia por toda la felicidad que me rodea. Las bodas me recuerdan que estoy sola. Por una vez, me gustaría encontrar a alguien. He tenido mala suerte con los hombres. Escojo mal, me ha dicho mi madre más de una vez. Me describe como una «recomponedora». Elijo a los tipos rotos e intento recomponerlos. Ella lo llama «el síndrome de Humpty Dumpty».

Vaya, gracias, mamá.

Mi hermano dice que soy demasiado joven para querer sentar la cabeza, pero no me parezco en nada a él. Él solo quiere tirarse a mujeres y quedarse soltero para siempre. Gage no sabe lo que quiero. ¿Lo sé yo? No estoy segura. Yo creía que sí. Pensaba que con Marc tenía posibilidades.

Pero resulta que se partió en mil pedazos. Está claro que no hubiera podido volver a armarlo.

Quizá no debería tomármelo todo tan en serio. Quizá debería relajarme y hacer algo completa y totalmente loco. Como encontrar a un tío cualquiera y enrollarme con él en un rincón oscuro. Echo de menos que un hombre me

acaricie la cara y me bese lentamente. Con pasión. Por desgracia, Marc no besaba muy bien. Metía demasiado la lengua, aunque yo creía firmemente que podía ayudarle a corregir esa molesta costumbre.

No me dio ninguna oportunidad, lo cual está bien, porque en realidad la química lo es todo. Si no siento una chispa con un beso, está claro que ese tío no es adecuado para mí.

Si voy a plantearme una relación con un hombre, eso es lo que quiero. Lo que necesito. Una chispa. Química. Unos cuantos besos robados, manos errantes, palabras susurradas en un rincón tranquilo donde cualquiera podría pillarnos. Me apoyaría contra la pared, acunaría mi cara entre sus manos y me besaría con pasión...

Frunzo el ceño. Estoy sentada sola en el banquete de una boda imaginándome cómo me enrolló con un tipo sin rostro. ¿Desde cuándo estoy tan desesperada?

—¿Qué te pasa, pipiola? —me pregunta una voz familiar por detrás de mí, y pongo los hombros rígidos.

Estupendo. Reconocería esa voz profunda y aterciopelada en cualquier parte. Archer Bancroft. El último hombre con el que quiero tratar esta noche.

Hablando del tipo Humpty Dumpty. Archer sabe que está roto y dañado. Y definitivamente no quiere que lo vuelvan a recomponer. ¿Lo más retorcido? Le gusta ser así. Se regodea en su rotura.

No, gracias. Hasta yo conozco mis límites. A pesar de lo guapísimo que es, porque, Dios mío, Archer es guapísimo. Pelo oscuro, ojos oscuros, alto y ancho, con un cuerpo fuerte y musculoso sin llegar a ser exagerado; es para desmayarse.

Y es el mejor amigo de mi hermano. Conozco a Archer desde que yo tenía doce años y él se mudó a la casa de al lado con sus padres fríos como el hielo. Sentí un flechazo inmediato, porque por aquel entonces era lo más exótico que había visto en mi aburrido y fijo vecindario.

El flechazo murió rápidamente cuando me di cuenta de lo ligón que era. Incluso a los doce años pude ver la fea verdad.

Las chicas listas no se mezclan con Archer.

Me roza el dedo por el hombro desnudo, sacándome de mis recuerdos y haciéndome estremecer.

—Pareces muy deprimida para estar en este feliz acontecimiento, pipiola.

Miro por encima de mi hombro y veo que me dedica esa sonrisa característica derritebragas. Me niego en redondo a dejar que mis bragas se disuelvan ni por una fracción de segundo.

—Me gustaría que no me llamas así —le digo irritada, frunciéndole el ceño.

Llamarme pipiola dos veces en el mismo número de minutos es señal de que intenta sacarme de quicio.

¡Qué raro!

Se ríe, mientras sus ojos castaño oscuro brillan. No es justo lo guapo que es. Con esa mandíbula pronunciada y esa boca exuberante. Y ese hoyuelo, que tiene un aspecto tan curioso que, siempre que lo veo, inmediatamente quiero besarlo. Lamerlo.

Frunzo el entrecejo. No debería estar pensando en lamerle la cara a Archer. ¿Qué demonios me pasa? ¿Demasiado champán o qué?

«Más bien sueñas demasiado con que te arrastren a un rincón oscuro y te besen hasta que no puedas respirar».

—No «Hola, Archer, ¿cómo estás?». —Sacude la cabeza y apoya la mano en el respaldo de mi silla. Sus nudillos rozan mi piel desnuda e intento reprimir el escalofrío que me invade ante su contacto casual—. Tú sueles ser más educada.

—Archer, déjate de tonterías. —Encuentro su mirada, observo con satisfacción cómo la sonrisa se borra de su rostro. ¿Alguna vez le he hablado así? Probablemente no, pero no puedo con esto. Esta noche no—. No estoy de humor. He tenido una mala semana.

—Sí, lo he oído —dice en voz baja, con los ojos llenos de compasión—. Siento lo del tipo ese.

Voy a matar a mi hermano por cotillear. Ahora me siento más miserable. Probablemente Archer ha venido porque le he dado lástima. Lo he visto hablando con Gage y Matthew DeLuca hace unos minutos, aunque no se han fijado en mí. ¿Se estaban riendo de mi nuevo intento fallido de encontrar a un hombre decente? Probablemente. Esos tres llevan años burlándose de mí. Ya se ha convertido en una costumbre.

—No es para tanto. Era un completo imbécil.

—Yo diría que por dejarte marchar tan fácilmente.

¿De verdad acaba de decir eso? ¿Qué quiere decir?

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? —Estoy deseando librarme de él.

Por la razón que sea, esta noche me está confundiendo con unas pocas palabras y no me gusta. Ya estoy bastante confundida con mis deseos secretos de ligar al azar con tíos buenos.

Tíos buenos como Archer...

—Sí, lo hay. —Vuelve la sonrisa, más suave ahora, no llena de la fanfarronería habitual—. ¿Quieres bailar?

—¿Contigo? —No me lo creo. Y me dan ganas de reírme cuando veo que se siente obviamente ofendido por mi pregunta.

—Sí, conmigo. Vamos. —Me tiende la mano—. Sé mi escudo antes de que alguna loca intente arrastrarme a la pista de baile. Están dando vueltas, jovencita. Están a punto de saltar sobre mí si no tengo cuidado.

Tiene razón. Veo que algunas mujeres empiezan a acercarse a nosotros. De repente, abrumada por la necesidad de hacerles saber que no está disponible, dejo que me coja de la mano, que sus largos dedos rodeen los míos mientras me pone en pie. Me observa descaradamente, su mirada recorre todo mi cuerpo y se detiene en mi pecho, y yo quiero pegarle un puñetazo y al mismo tiempo preguntarle si le gusta lo que ve.

Sí, definitivamente confundida.

Aparece ante nosotros una mujer, con una sonrisa tan amplia que me pregunto si no le dolerá la cara.

—Hola, eres Archer Bancroft, ¿verdad? ¿De los Hoteles Bancroft? ¿Del Secreto Resort & Spa? —pregunta con voz falsamente alegre.

—Lo soy. —Tira de mí para acercarme, soltándome la mano para rodearme los hombros con el brazo de forma propietaria, como si me reclamara. Su pulgar hace círculos contra mi piel, acelerándome un poco la respiración, y dejo caer la mirada al suelo, en un intento por recuperar la compostura—. ¿Nos conocemos?

—Una vez, hace mucho tiempo, pero seguro que no me recuerdas. —Levanto la mirada y veo cómo crece su sonrisa. ¿Cómo es posible?—. Siempre he querido ir allí. Al Secreto.

El Secreto Resort & Spa. El hotel que el padre de Archer le regaló como una especie de castigo después de que casi no se graduara en la universidad. Lo convirtió en uno de los complejos para parejas más exclusivos y exitosos de todo el país, si no del mundo. Se convirtió en muy poco tiempo en lo más candente y lo más solicitado. Guapo y sexi, inteligente y despiadado, las mujeres lo querían, los hombres querían ser él. Y el imbécil arrogante lo sabía.

—Te sugiero que hagas una reserva. —Su voz está llena de irritación. Intenta que nos movamos rodeándola, pero ella no cede.

—No puedo. No tengo pareja. —Mueve literalmente las pestañas—. ¿Quizá podrías ayudarme con eso?

—Seguro que podríamos encontrar a uno de tus amigos para emparejarla, ¿no crees, cariño? —Sonrío a Archer, enviándole una mirada significativa para que entienda lo que intento hacer.

Parpadea, sin duda sorprendido de que le llame cariño, lo cual es divertido. Es algo sexi cuando está confuso, aunque resulta difícil descolocar a Archer. Así que decido seguir un poco más.

Inclinándome hacia él, le acaricio el cuello, inhalando su aroma picante y único. Dios, huele de maravilla. ¿Por qué no me había dado cuenta antes? No es que estemos tan juntos siempre, pero siento la tentación de frotarme contra él como un gato.

¿Se habrá creído ya la mujer que somos pareja? Si tengo que seguir así, puede que haga alguna locura. Como... morderle.

—Seguro que eso podría arreglarse —dice él, con voz áspera mientras su brazo me rodea los hombros.

Le paso el brazo por la espalda. Es sólida como una roca. Me pregunto qué aspecto tendrá debajo de toda esa ropa. No le he visto sin camiseta desde que yo estaba en el instituto, y desde entonces ha ensanchado considerablemente.

—Si nos disculpas —le digo a la señorita Persistente con una sonrisa terriblemente dulce antes de dirigirme a Archer—. Vamos a bailar, cariño.

Me lleva a la pista de baile sin mediar palabra, rodeándome entre sus brazos justo cuando empieza otra canción lenta. Su mano se apoya en la parte baja de mi espalda mientras empezamos a movernos al ritmo de la música y todo mi cuerpo siente un cosquilleo ante su cercanía. Y es extraño porque: 1) No tengo ningún deseo de estar así con Archer y 2) Hace años que soy inmune a su encanto.

Qué raro.

—Eres buena, con lo de «cariño» y lo de frotar la nariz contra mi cuello —murmura cerca de mi oído.

Su cálido aliento hace que me estremezca; ¿lo habrá notado? Ha tenido que sentirlo.

Y realmente no me importa. Soy muy consciente de él, de su tamaño, de su calor y de su fuerza. Su gran mano se desplaza por mi espalda,

rozándome el trasero con las yemas de los dedos, e inhalo bruscamente. Apuesto a que también sabe cómo utilizar esas manos.

«Dios mío, es Archer por quien estás babeando. ¡Basta ya!».

—¿Crees que se ha tragado nuestra actuación? —pregunto sin aliento.

—No estoy seguro. —Duda un instante, lo que hace que levante la vista hacia él. Me quedo muda ante su mirada ardiente, la forma en la que me mira como si quisiera engullirme. No sé si le he devuelto la misma mirada, porque de repente siento el impulso de besarle. Durante horas, si es posible —. Pero sé que yo lo hice.

2

Archer

Bueno, esto ha sido totalmente inesperado.

Sigo dándole vueltas, aunque hago todo lo posible por actuar como si no me afectara en absoluto. Todo eso de «solo es Ivy» se ha esfumado cuando he visto el brillo de determinación en su mirada al darse cuenta de que podía ayudarme a librarme de esa mujer tan pegajosa. Cómo se me echaba encima y me llamaba cariño. Me ha mostrado una sonrisa sexi y reservada, como si supiera exactamente cómo se me ve desnudo y le gustara.

Luego ha seguido y me ha acariciado el cuello con la nariz, poniéndomela tan dura que aún me duele el recuerdo justo antes de que se alejara.

Hablando de tortura. No me extraña que la evite. A los pocos minutos de estar cerca de ella, ya estoy empalmado e imagino cómo sacarla de aquí para desnudarla y hacer con ella lo que quiera toda la noche.

—Me estás tomando el pelo —me reprende, con sus bonitos ojos color avellana observándome atentamente mientras bailamos.

No hay muchas parejas en la pista, pero los novios están cerca, las luces son tenues y el ambiente es espantosamente romántico.

—No te has creído el numerito. Venga ya.

Joder, es una provocadora. No estoy seguro de que entienda cuánto me afecta. Sé que no lo sabe. ¿Alguna vez pensará en mí? El mejor amigo de su hermano, el gilipollas que no hace más que molestar. Conocerla desde los dieciséis años parece transformarme en el idiota de mi adolescencia cada vez que estoy cerca de ella. Es como si no pudiera hacer nada por evitarlo.

Soy un hombre adulto que vale miles de millones y dirige uno de los complejos turísticos más exitosos y exclusivos del país, y esto es a lo que me reduce Ivy Emerson.

—Más o menos me lo creí —digo mientras me encojo de hombros. Me muestro indiferente—. Me sorprende que no pasaras al siguiente nivel: cogermela y reclamarla como tuya.

Levanta una ceja oscura y arruga los labios hacia un lado. Joder, está buena incluso cuando está enfadada. Sobre todo cuando está enfadada.

—Qué vulgar eres.

Si ella supiera hasta dónde llega mi supuesta vulgaridad. La deseo.

Tenerla entre mis brazos no me ayuda en mi difícil situación, pero es suave y huele tan condenadamente bien que no puedo resistirme a ella. Su pelo oscuro brilla bajo las luces doradas y la parte superior de su vestido sin tirantes parece bastante fácil de bajar si quisiera hacerlo.

No quiero. La verdad es que no.

«Mentiroso».

Sin embargo, no es solo su belleza lo que me atrae. Hay mucho más en Ivy. Cómo me escucha, lo orgullosa que parece sentirse cuando le cuento lo que estoy haciendo en mi carrera. Es como si realmente le importara.

—Siempre has apreciado mi franqueza —le aseguro, acercándola un poco más mientras la hago girar por la pista de baile.

Sus pechos me rozan el pecho, su mano se desliza por mi hombro y su tacto me quema. A través de la chaqueta y la camisa, como si tocara mi piel desnuda, marcándome.

Y quiero que me marque. A pesar de mi reticencia a involucrarme con una mujer, Ivy es la única con la que quiero estar y de la que quiero huir a la vez.

Sí, no tiene ningún maldito sentido.

—¿En serio? ¿Según quién? ¿Cuándo fue la última vez que mantuvimos una conversación chispeante? —Sonríe. Es una sonrisa tenue, pero está ahí, y verla me anima.

Además, acaba de hacer que la palabra «chispeante» suene sexi. O esa mujer es una especie de diosa del sexo, o yo me he convertido en un completo perverso.

—Quizá necesitemos renovar nuestra amistad. Conocernos de nuevo —sugiero, esforzándome por seguir sonando indiferente.

—Como si te importara conocerme. —Pone los ojos en blanco—. Nos conocemos desde hace años. No me parece que hayas mostrado nunca ningún tipo de interés por mí.

—Siempre me has interesado, solo que tú nunca te has dado cuenta. —Hago una pausa, observando cómo sus ojos se abren un poco. Apuesto a que mi revelación la sorprende—. Cada vez que te veo, Ivy, me acuerdo de tu aspecto cuando tenías doce años, la primera vez que te vi. Desgarbada,

delgada y con aparato. —Mírala ahora. Tiene más curvas y es la mujer más sexi de esta estúpida boda.

—Estupendo. Así que me ves como una eterna niña de doce años —murmura, frunciendo el labio.

Mierda. De alguna manera la he hecho enfadar con unas cuantas palabras mal elegidas. ¿Podría ser más idiota?

—Está claro que no te veo como a una niña de doce años —murmuro, apretando más fuerte mi mano sobre la suya—. Tienes que haberte dado cuenta de eso, ¿verdad?

Me mira con ojos cautelosos y los labios fruncidos.

—¿Cómo me ves, Archer? ¿Como la insoportable hermana pequeña de Gage? ¿La chica de la que te burlaste en primer curso cuando eras un poderoso estudiante de último curso? ¿Recuerdas cómo lo hiciste?

Joder, ¿va a enumerar todos mis defectos o qué? No estoy orgulloso de cómo actuaba cuando era más joven. Era un maldito egocéntrico. Algunos dicen que aún lo soy.

—Entonces era un imbécil —murmuro.

—Por lo que he observado, aún conservas algunas de esas tendencias imbéciles. —Sus ojos color avellana brillan mientras levanta la barbilla en un sutil gesto de desafío.

—¿Qué se supone que significa eso? —Maldita sea, quizá la evito porque tendemos a discutir cada vez que estamos cerca el uno del otro.

Sin embargo, la deseo. La he deseado desde siempre. Pero ella actúa como si me odiara. Como si mi sola presencia la ofendiera. Ninguna otra mujer ha reaccionado así conmigo nunca. No lo entiendo.

No la entiendo. Y definitivamente no entiendo la atracción que siento por ella.

«¿Deseo un castigo tal vez?».

Sí, empujo esa vocecita molesta directamente al fondo de mi cerebro.

—Olvídalo. —Su mirada se aparta de la mía.

—Dime de qué estás hablando, Ivy.

—Nada. —Me mira una vez más—. Déjalo, ¿vale?

Lo dejo pasar y bailamos en silencio, los tiburones siguen dando vueltas. Diviso al menos a tres mujeres que me observan de pie al borde de la pista de baile. Preparadas para saltar sobre mí en cuanto acabe la canción.

Tengo que salir de aquí.

—Vamos fuera —le digo a Ivy, con la mirada fija en una mujer en particular que me resulta vagamente familiar. Juraría que el novio intentó emparejarme con ella una vez. Salimos a cenar cuando Jeff y Cecily empezaban a salir.

—¿Hablas en serio? De ninguna manera saldré fuera contigo. Probablemente intentarás atacarme.

Me parece una idea fantástica, pero sé que no la aceptará.

—Quizá necesites un buen magreo para sacarte ese palo del culo.

—¿Qué has dicho? —Deja de bailar de manera tan brusca que casi tropieza con mis pies, con esos tacones tan jodidamente altos que lleva.

Le rodeo la cintura con el brazo y evito que se caiga.

—Digo la verdad y lo sabes. Tienes que relajarte, pipiola. Con lo estirada que eres, no me extraña que el último tío no durara.

Se le abren los ojos y se le desencaja la mandíbula. Parece dispuesta a enfrentarse a mí y enseguida me arrepiento de lo que he dicho.

—Ivy, lo siento —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Que te jodan —susurra con dureza, empujándome para que no tenga más remedio que soltarla y ver cómo escapa de la pista de baile.

Una mujer se abalanza sobre mí en cuestión de segundos, la misma con la que Jeff intentó liarme hace tiempo. Recuerdo que tenía cualidades de acosadora, por la forma en la que me buscó en Google antes de salir a cenar. Sé que hoy en día es lo normal, pero su confesión me desanimó.

—Archer, me alegro mucho de volver a verte. ¿Quieres bailar?

Miro hacia las puertas abiertas que dan a la terraza gigante. Ivy se dirige directamente hacia ellas, con las caderas contoneándose y unas piernas increíblemente largas. Es guapísima y sexi de cojones y le dije que tenía que sacarse el palo del culo.

¿Qué demonios me pasa?

—¿Archer?

Vuelvo mi atención hacia la mujer, que me mira expectante. Ni siquiera recuerdo su nombre. Ivy tiene razón. Sigo siendo un gilipollas y acabo de demostrárselo.

—Lo siento, voy a tener que pasar. Tengo que ir a disculparme con una mujer.

Ivy

En cuanto salgo, respiro hondo y entrecortadamente, el aire frío me llena los pulmones, me besa la piel y me hace temblar. Estoy enfadada, pero por suerte el aire enfría mis acaloradas emociones, y me apoyo en la barandilla que da al campo de golf, contenta de que no haya nadie más. Teniendo en cuenta que estoy en el rincón de la terraza más alejado de las puertas abiertas del salón de baile, no me sorprende.

Aún no puedo creer lo que me ha dicho Archer. Es el mayor imbécil del planeta, lo juro por Dios. ¿En serio ha dicho que tengo un palo metido en el culo? ¿Qué demonios? ¿Podría lanzarme más insultos? Oh, sí, espera, seguro que puede.

No me extraña que siempre le evite. Esto es lo que normalmente suele ocurrir entre Archer y yo cuando pasamos algún tiempo juntos. Intento ser amable. Él se comporta como un capullo. Yo me pongo a la defensiva. Me insulta. Discutimos. Luego nos evitamos hasta que, por la razón que sea, nos vemos obligados a vernos de nuevo.

Somos como un disco rayado. Pase lo que pase, no podemos llevarnos bien. Es la persona más frustrante que he conocido. Me saca de quicio. Y el hecho de que esta noche esté en su territorio, en el valle de Napa, donde se encuentra su resort —no muy lejos, de hecho—, también me inquieta. No sé por qué, la verdad.

Ojalá estuviera de vuelta en casa, en San Francisco, en mi zona de confort. En mi pequeño apartamento, donde vería una película mientras contemplo la posibilidad de acostarme pronto en otra emocionante noche de sábado.

Frunzo el ceño, suspiro pesadamente y agacho la cabeza. En cuestión de horas, me he convertido en esta lamentable criatura sin pareja. ¿Qué me confunde más? ¿Que, a pesar de nuestras discusiones y de la animadversión constante entre Archer y yo, antes he sentido algo más entre nosotros? ¿Algo en lo que nunca antes me habría atrevido a pensar?

Atracción sexual.

Echo la cabeza hacia atrás y contemplo el cielo nocturno. Lejos de las luces de la ciudad, puedo ver las estrellas, y hay miles de millones de ellas extendidas a lo largo de la aterciopelada negrura de la noche. Centellean ante mí, llenas de misterio, esperanza y oportunidad.

Mi vida es buena. No debería dejar que los tíos corten conmigo y me hagan sentir desgraciada. Marc es un cabrón que además besa mal. Archer

es un imbécil que probablemente podría besarme hasta desmayarme, pero no voy a permitirlo.

Maldita sea, debería ser feliz. Tengo el trabajo de mis sueños como diseñadora de interiores con una de las mejores diseñadoras de todo San Francisco. Tengo mi propio apartamento: ya no vivo con mis padres y, afortunadamente, tampoco con compañeros de piso de la universidad. Tengo grandes amigos y una familia que me apoya. No debería dejar que estas cosas me molestaran.

Pero lo que ha dicho Archer... me molesta. No tengo un palo metido en el culo, ¿verdad? No soy una estirada. Juro que no soy una estirada.

Quizá pueda ser un poco controladora, pero no estirada...

Saco el móvil, envío un mensaje rápido a mi amiga Wendy y espero ansiosa su respuesta.

Responde en segundos, lo que me impresiona, ya que sé que esta noche tiene una cita:

No, NO eres una estirada. ¿Quién te ha dicho eso? Déjame adivinar... Marc. Menudo gilipollas.

Riendo, sacudo la cabeza. Agradezco su rápida defensa. Para eso están las amigas, ¿no?

Respondo:

Marc no. Es otra persona. Alguien a quien conozco desde el instituto.

Desde que conocí a Wendy en la universidad, no creo haberle mencionado a Archer, ¿verdad? Dios, no lo sé. Hablamos de todo tipo de cosas. Es mi mejor amiga.

Así que, por supuesto, le he hablado de Archer.

¿Uno de los amigos de tu hermano?

Responde ella:

Sí.
¿Cuál? Déjame adivinar... Archer Bancroft. Está bueno.
Pero también debe de ser un completo gilipollas por llamarte estirada.

Riéndome, le escribo una respuesta rápida.

—Qué gran verdad —murmuro.

—¿Qué es una gran verdad?

Jadeando, me doy la vuelta y veo a Archer de pie, con las manos metidas en los bolsillos y un aspecto absolutamente abatido.

Bien.

Ah, y también absolutamente guapo, lo cual es un asco. ¿Por qué, oh, por qué este hombre tenía que ser tan guapo?

—¿Que eres un gilipollas? —Sonrío lo más serenamente posible, ignorando el zumbido de mi teléfono que indica que tengo otro mensaje. Me lo meto en el bolsillo del vestido, agradeciendo que viniera con uno. Una mujer y su móvil nunca pueden separarse.

—Oye, he venido a decirte que lo siento. —Se pasa una mano por el pelo, despeinándolo por completo. Lo que, por supuesto, le hace aún más sexi, y eso es tan injusto que resulta ridículo—. Es que... cada vez que estamos juntos, no sé por qué acabamos discutiendo.

—No puedo evitarlo si tú eres un grosero —digo resoplando. Sueno como una niña, pero no me importa.

—Es que me sacas de quicio —admite, con una voz tranquila y bordeada de una misteriosa oscuridad que me produce un escalofrío. Mantiene la mirada fija en mí mientras se acerca lentamente.

—Lo mismo digo. —¿Por qué sueno sin aliento? No ayuda el hecho de que se haya detenido justo delante de mí, su cuerpo grande y ancho anulando todo lo demás hasta que es todo lo que puedo ver.

—Espero que encuentres en tu corazón la forma de perdonarme. —Extiende la mano hacia mí y la miro fijamente, sin saber qué quiere que haga—. Por favor.

¿Archer Bancroft acaba de decir «por favor»? Estoy segura de que se trata de un momento único en la historia.

—¿Por qué te importa que te perdone? —Mantengo la mirada fija en su mano por miedo a que vea la confusión y la emoción en mis ojos.

Mierda. ¿Qué me pasa?

—Joder, Ivy, ¿por qué siempre tienes que ser tan difícil? —Deja caer la mano.

Me arriesgo a mirarlo, veo la irritación y la frustración escritas en su cara y me invade tal necesidad de consolarlo que doy un paso adelante, dispuesta a cogerle la mano y...

¿Y qué?

—¿Archer? —grita una voz de mujer desde cerca, haciendo que los dos nos miremos.

La expresión de ligero pánico de su rostro indica que sabe exactamente quién es esa mujer.

—¿Quién te busca? —pregunto.

—Nadie.

Levanto una ceja.

—Está claro que alguien te busca, puesto que he oído cómo te llama por tu nombre.

—Ella no es importante. Fui a una cena con Jeff, Cecily y ella hace mucho tiempo. Al final ella ya nos veía casados y planeando tener hijos — dice irritado, mirando por encima del hombro.

—¿Cómo se llama?

Se vuelve hacia mí.

—¿Qué?

—¿Su nombre? ¿Esa nadie que te busca?

—Yo... No me acuerdo. —Vuelve a pasarse una mano por ese pelo tan sexi, cuyos mechones le caen sobre la frente, y siento el repentino impulso de retirarle el pelo de los ojos. Peinarle con los dedos.

«¡Detente!».

Tengo que recordar que es un completo imbécil. Debería huir. Ahora mismo. De hecho, me estoy preparando para hacerle saber exactamente lo imbécil que me parece cuando la voz de la mujer vuelve a sonar, esta vez más cerca, mientras sigue llamando a Archer por su nombre como una dueña preocupada que busca a su perro.

—Deberíamos... ¡Oh!

Prácticamente me empuja contra la barandilla, el áspero hormigón me araña la espalda a través de la fina tela de mi vestido e inmediatamente desliza su brazo alrededor de mi cintura, protegiéndome. Sujetándome. Su pecho contra el mío, mis pechos apretados contra él, y dejo escapar un suspiro, con la mente obsesionada por tenerlo demasiado cerca.

—¿Qué haces? —susurro, incrédula.

—Chiss. —Me tapa la boca con la mano, silenciándome.

Su palma es grande y cálida, sus dedos largos, y juraría que su piel sabe ligeramente salada... No es que la esté lamiendo ni nada por el estilo.

Oh, Dios, creo... No, sé que quiero lamerle. Desesperadamente. Deslizar uno de esos largos dedos entre mis labios y chuparlo. Y eso está tan tan mal...

—Quizá no nos encuentre —susurra, bajando la cabeza de modo que su mirada se encuentra con la mía—. No te muevas.

Asiento lentamente, con su mano aún sobre mi boca y sus ojos fijos en los míos. Su tacto se suaviza cuando se acerca un paso más y quiero derretirme ante su cercanía.

—Archer, ¿estás ahí?

Miro hacia la izquierda y veo a la mujer. Está de pie a unos quince metros, moviendo la cabeza de un lado a otro, buscando de forma frenética, y me pego más contra el saliente al mismo tiempo que Archer se acerca a mí. Aún me rodea la cintura con el brazo, protegiéndome del áspero hormigón, y está tan cerca que apenas puedo respirar.

Hay un pino gigante que nos da cobertura, proyectando sombras sobre la esquina en la que nos encontramos, y no creo que la mujer pueda vernos realmente. No se da cuenta de que no estamos tan lejos de ella.

Lo cual agradezco. No debería hacerlo. Debería estar dándole una patada en la espinilla a Archer, haciéndole saber a la mujer que está aquí y arrojándoselo a la loba. Que se las arregle con la pobre alma a la que rechazó hace Dios sabe cuánto tiempo y que aún siente algo por él.

Es un auténtico mujeriego. Haría bien en mantenerme alejada de él.

Mi cabeza me lo dice. Pero mi cuerpo canta una melodía completamente distinta.

Nuestras miradas se cruzan, su pulgar me recorre la mejilla tan lentamente que me muero. Me gusta la sensación. Esto... no está bien. Su cercanía me confunde. La forma en la que me mira, me toca, me hace desearle.

Desesperadamente.

Recuerdo mis pensamientos anteriores, cuando estaba en plan «pobre de mí» y deseaba besarme con un desconocido cualquiera en un rincón oscuro. Estar así con Archer es lo más parecido. Me mira como si pensara lo mismo que yo. Lo cual da miedo.

Y es emocionante. Y excitante.

Mientras lo miro fijamente, veo lo absolutamente perfectos que son sus labios. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Y cuando su lengua sale para humedecérselos, ¿por qué me tiemblan las rodillas de repente?

Esto está mal. Muy muy mal.

La mujer por fin se rinde y se marcha, y yo me desplomo contra la barandilla, dispuesta a que él se aleje de mí. Preparada para que me coja por

las caderas y me suba a la cornisa de cemento, para que pueda rodearle con las piernas y rogarle que me lo haga.

Espera, ¿qué? No puedo hacer eso. Está claro que he bebido demasiado, si es que dos copas de champán puede considerarse beber en exceso. Y debe de serlo, porque lo que digo no tiene ningún sentido.

—Ivy... —Su mano se desliza desde mi boca acariciándome la mejilla, su pulgar recorriendo la comisura de mis labios—. Lo siento.

Su tacto me distrae mientras intento fruncir el ceño. Está haciendo todo lo que anhelaba no hace ni una hora. Tocándome la cara, pegado a mí en un rincón oscuro donde cualquiera podría encontrarnos.

—¿Por qué te disculpas?

Me acuna la cara con sus manos grandes y cálidas e inclina la cabeza, con la mirada clavada en mi boca durante un largo instante, sin aliento, antes de levantar los párpados y dejar que sus ojos oscuros se encuentren con los míos.

—Por esto —susurra justo antes de besarme.

3

Archer

Me lo tomo con calma por miedo a que Ivy me aleje, y en este preciso momento eso es lo último que quiero que ocurra. Sus labios se separan con facilidad cuando insisto y en cuestión de segundos está completamente abierta a mí, con su lengua deslizándose contra la mía. Me rodea el cuello con los brazos, me entierra los dedos en el pelo y yo gimo ante su contacto.

La lentitud salta por los aires cuando deslizo la mano por su costado, por encima de su cadera, enredando los dedos en la tela de su vestido. Se lo subo un poco, sin apartar mi boca de la suya, y siento cómo tiembla bajo mi palma cuando deslizo la mano por debajo de su falda.

Su sabor es increíble, su tacto aún mejor, y al tocar la carne desnuda de su muslo, siento cómo se estremece y una suave ráfaga de aliento roza mis labios mientras exhala temblorosamente. Sus ojos se abren y se encuentran con los míos cuando le paso la otra mano sobre el pelo, hundiendo los dedos en las ondas sueltas.

—Eres preciosa —susurro, porque lo es. Tan condenadamente hermosa que me duele desearla.

Aprieta los labios hinchados y cierra los ojos mientras sigo acariciándole el pelo. Mi otra mano está completamente quieta, apoyada en la parte exterior de su muslo bajo la falda, y no me muevo por miedo a que me diga que la suelte.

No sé si podré.

—Archer —susurra, y la beso para acallar cualquier otra cosa que quiera decir. Si es una negación, un argumento, una declaración, me da igual. No quiero oírlo.

Solo quiero sentir a Ivy entre mis brazos, su boca conectada con la mía, nuestras lenguas bailando, todo su cuerpo temblando mientras se funde conmigo. Llevo una eternidad esperando este momento.

Por fin la estoy abrazando. Por fin me responde como si me deseara en lugar de desear darme una paliza. Cuando se presenta la oportunidad, hay que saltar sobre ella. Y si eso significa que puedo saltar sobre Ivy, lo haré.

Dejo que mi mano suba por su muslo muy lentamente. Me acerco a su cadera hasta que mis dedos rozan el retal de encaje de sus bragas y mi polla se estremece bajo la cremallera. La tela es fina y escasa, y desearía poder empujarla contra la cornisa, subirle la falda de un tirón hasta la cintura y bebérmela.

Pero solo tenemos unos minutos. Estoy desesperado por tocarla, por hacerla gemir de deseo, así que tengo que ser rápido.

Sin apartar la boca de la suya, deslizo los dedos por debajo de la fina tira que se extiende por su cadera y toco la carne desnuda y suave. Su pecho se agita contra el mío, sus senos empujan mi pecho y la adrenalina me recorre al ver cómo reacciona a mis caricias.

Esa reacción me envalentona y muevo los dedos hacia delante, por el hueso de su cadera, por la suave carne de su vientre. Noto los temblores bajo la superficie de su piel mientras mis dedos rozan más abajo... más abajo... hasta que su calor me envuelve y deslizo lentamente la mano entre sus piernas.

—Archer —dice entrecortadamente contra mis labios cuando la toco, la pongo a prueba. Está empapada, tan húmeda que mis dedos se deslizan fácilmente por sus pliegues.

—Joder, estás mojada. —Me agarra por los hombros como si lo necesitara. Como si yo fuera su salvavidas y temiera soltarme—. Dime lo que quieres —susurro cerca de su oído, con los dedos entre sus piernas, buscando en sus profundidades húmedas y calientes.

Ella se mueve conmigo, empujando sus caderas contra mi mano, y yo cierro los ojos, luchando por controlarme. Tengo miedo de correrme y hacer el ridículo.

No responde nada, solo un pequeño gemido cuando detengo la mano, con el pulgar apoyado en su clítoris.

—Dime, Ivy.

—Tócame. —Me rodea el cuello con los brazos y me tira del pelo con las manos—. No pares. Por favor.

La satisfacción me recorre mientras hago todo lo posible para que se corra y rápido. Estamos en la terraza del banquete de boda de mi amigo, por el amor de Dios. El hermano de Ivy —mi mejor amigo— está dentro. Gage podría salir en cualquier momento a buscarnos. Si me pillara con la mano en las bragas de su hermana y su cuerpo envolviéndome, sería hombre muerto.

Aumento el ritmo, le acaricio el clítoris, le observo la cara mientras alcanza el orgasmo. Me doy cuenta de que está muy sensible, a punto de correrse, por la forma en la que todo su cuerpo se tensa, sus manos me aprietan los hombros, sus caderas se mueven contra mis caricias. Inclino la cabeza hacia atrás para mirarla, lleno de una necesidad imperiosa de verla correrse sobre mi mano. De saber que soy yo quien se lo ha provocado. Quien la ha hecho sentir así. Quien la ha hecho desear así.

Yo.

Se le escapa un gritito desgarrado y se queda inmóvil, con los ojos desorbitados cuando se centran en los míos. Luego se derrumba, se hunde contra mí mientras el orgasmo se apodera de ella por completo. Mi nombre sale de sus labios y me invade el triunfo. Me encanta, joder. Al menos sabe que soy yo quien le ha hecho esto, quien la ha hecho sentir así.

Su cuerpo sigue estremeciéndose cuando acerco mi boca a la suya y mi lengua se enreda lánguidamente con su lengua. Su respiración se ralentiza, su agarre de mis hombros se afloja poco a poco y sé que está bajando del subidón.

No quiero que baje. Quiero mantenerla ahí. Que pueda hacer que se corra así de rápido me vuelve loco. Sé que la he deseado desde siempre. ¿Me ha deseado ella alguna vez antes de este momento?

Dejo de besarla, aprieto la frente contra la suya, intentando calmar mi respiración acelerada, mi corazón acelerado. Necesito controlarme antes de perder el control. Abre los ojos y me mira fijamente, con todo tipo de preguntas en sus profundidades de color avellana que no puedo responder.

—Ven a casa conmigo. —Las palabras salen de mis labios antes incluso de que pueda detenerlas.

Ivy frunce el ceño.

—¿Qué?

—Quiero que vengas a casa conmigo. —Aprieto mi boca contra la suya suavemente, inhalando su aliento. Quiero más de ella. De repente lo quiero todo de ella.

Y no tengo derecho a pedirlo.

—No sé... —Su voz se entrecorta mientras la beso desde la mandíbula y a lo largo de su suave cuello.

—Pasa la noche conmigo —susurro contra su garganta—. Di que sí, Ivy.

—Sí. —La palabra que sale tan fácilmente de sus labios hace que el placer me recorra.

Levanto la cabeza, la beso, la devoro como un hambriento, diciéndome a mí mismo que tengo que parar antes de perder el control y tomarla aquí mismo, en esta maldita terraza.

—Por Dios, Archer, ¿ni siquiera puedes mantener la polla dentro de los pantalones en un puto banquete de bodas? ¿Qué coño te pasa?

Suelto a Ivy tan rápido al oír la voz de Gage que oigo el chasquido de sus tacones cuando ella tropieza, aunque gracias a Dios no llega a caerse. Me giro rápidamente y le miro, haciendo todo lo posible por serenarme. La postura en la que estoy de pie oculta por completo a Ivy y todo lo que deseo es que Gage no nos haya descubierto.

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunto con un gruñido, sintiéndome como un gilipollas. No debería haber dejado que Ivy se fuera así. Como si me avergonzara de que me vieran con ella. Más bien debería avergonzarse ella de que la vieran conmigo.

—Te buscaba a ti. Y buscaba a Ivy. Aunque veo que estás preocupado... —La voz de Gage se interrumpe al mirar por encima de mi hombro y ver a Ivy justo detrás de mí—. Pero ¿qué coño...? Ivy, ¿qué haces aquí fuera con él?

—Nada —digo por los dos—. Ella... estaba pasando una mala noche. Intentaba consolarla. —Joder, qué elección de palabras.

El ceño de Gage está tan fruncido que parece que quisiera destrozarme. Pero su expresión es también una mezcla de duda e incredulidad. Como si no pudiera creerse que los dos estemos aquí juntos.

—Archer, juro por Dios que si le pones un dedo encima...

—No lo hice —le aseguro, mintiendo entre dientes—. No la he tocado. ¿Te he tocado, Ivy?

Se levanta y se coloca a mi lado, con el cuerpo tenso. Maldita sea, espero no haberla enfadado con mi comentario.

—¿Qué has preguntado?

Mierda. La he hecho enfadar. Parece furiosa.

—Más te vale no haber caído en los encantos de este capullo —dice Gage, señalando con el dedo a Ivy a la cara—. Ya sabes cómo es.

Levanta la barbilla y me mira de reojo.

—Sé exactamente cómo es.

Ahora me siento como un insecto al que Ivy está dispuesta a aplastar con su tacón puntiagudo.

—Como si fuera a meterme con tu hermana, Gage. Venga ya. No soy tan estúpido. Sé que me darías una patada en el trasero si mirara mal a Ivy.

Gage nos mira a los dos durante unos largos y silenciosos segundos. Segundos que parecen horas, tan incómodos... No ayuda que Ivy esté furiosa. Prácticamente le sale vapor por las orejas, y no puedo culparla.

La he cagado con ella. Otra vez.

Nada nuevo.

Ivy

Para ser un hombre adulto que dirige una empresa multimillonaria, Archer Bancroft es un completo idiota cuando se trata de mujeres.

Mi cuerpo aún temblaba por el orgasmo más increíble que había experimentado en mi vida cuando Gage se tropezó con nosotros, recriminándole a Archer por tontear con una mujer en la terraza. No culpo a mi hermano. Es algo tan propio de Archer y aquí está, haciéndolo conmigo.

Sorprendente.

Odio admitirlo, pero Archer ha sacudido mi mundo por completo. Ningún otro hombre me ha hecho correrme así. O simplemente correrme. Estaba dispuesta a decirle que sí cuando me pidió que fuera a su casa. ¿Dejar pasar la oportunidad de acostarme con él tras cinco increíbles minutos con sus dedos entre mis piernas? No soy estúpida. Sé que el sexo con Archer habría sido increíble. Me corrí tan rápido que casi me da vergüenza.

Entonces, tuvo que aparecer Gage. Y Archer tuvo que abrir la boca y arruinar por completo todo el momento.

Soy una idiota por pensar que podría haber algo real entre nosotros. Lo que acaba de ocurrir seguramente no ha significado nada para él. Una oportunidad para estar conmigo —con cualquier mujer, en realidad— y tontear unos minutos. Es un mujeriego reconocido.

Y yo he caído.

—Me voy pronto —dice por fin Gage, con la mirada clavada en mí.

Como he venido con él a esta estúpida boda, sé lo que va a decir a continuación.

—¿Estás lista para irte, Ivy?

—Sí. —Asiento con la cabeza y me dirijo hacia mi hermano, conteniendo a duras penas el grito ahogado que quiere escapar, cuando Archer me coge la mano y sus dedos se enlazan con los míos durante un brevísimo segundo antes de soltarlos.

Miro por encima del hombro y le fulmino con la mirada. Tiene un aspecto lamentable. Preocupado. Arrepentido.

Bien. Debería estarlo. Aunque no me importa. No puedo creer que nada de lo que acaba de pasar entre nosotros fuera sincero. Debería estar increíblemente avergonzada. Tontee con Archer. Casi nos pillan. Hubiera sido un desastre seguro.

—Llámame el lunes —le dice Gage a Archer mientras apoya la mano en mi espalda, dispuesto a guiarme de nuevo hacia el salón de baile—. Comamos juntos esta semana. Vendrás a la ciudad, ¿verdad?

—Esa es mi idea. —La profunda voz de Archer resuena en mi interior, y reprimo el escalofrío que quiere apoderarse de mí.

Me niego a reaccionar delante de Archer. No necesita más pruebas de que me afecta.

—Estupendo. Quedamos seguro. Nos vemos.

—Ey —dice Archer y mi hermano y yo nos quedamos quietos, aunque me niego a volverme como hace Gage. Ni siquiera quiero mirar a Archer, y mucho menos hablar con él—. ¿Volvéis los dos a casa esta noche?

—Pues sí —dice Gage encogiéndose de hombros.

—Podrías pasar la noche en mi casa. No está tan lejos —sugiere Archer, sonando inocente.

Gage me mira y yo a él. Maldita sea, por supuesto que no. No pienso pasar la noche en casa de Archer.

—Quiero volver a casa —susurro.

—Es casi medianoche —me susurra a su vez Gage—. No llegaremos hasta pasadas las dos, con el tráfico. Estoy agotado, Ive.

—Yo conduciré —insisto—. Estoy bien despierta. No hay problema.

Levanta una ceja.

—Como si fuera a dejarte conducir mi coche. Por favor. Eres un peligro al volante.

Pongo los ojos en blanco. Un pequeño accidente cuando tenía diecisiete años y él nunca, nunca, me va a dejar olvidarlo.

—No voy a destrozarlo, te lo juro.

—Es mi Maserati. De ninguna manera voy a dejar que lo conduzcas. —
Gage sacude lentamente la cabeza.

Quiere quedarse. Lo sé por su mirada.

—Gage, no.

—Tengo habitaciones de sobra —dice Archer, con voz esperanzada.

No quiero agradecerse. De verdad que no quiero. Cuanto más pienso en lo que ha hecho, más me enfado. Dijo que nunca me tocaría, incrédulos... Seguro que solo me ve como la tonta, desgarbada y torpe Ivy, la adolescente perdedora. Menudo imbécil. Después de meterme la mano en las bragas y rogarme que pasara la noche con él...

Por fin me atrevo a mirarlo. Dios, es guapísimo. Tiene el traje arrugado, la corbata torcida y el pelo revuelto. De mis dedos. Tiene los labios un poco hinchados y me acuerdo de cómo me ha besado, su sabor, los sonidos que hacía, cómo me gruñía al oído. Solo con eso me siento mareada y hace que quiera darme una bofetada para volver a la realidad.

O quizá abofetearle a él por ser tan condenadamente bueno en... todo.

Uf.

—Vamos —dice Gage, dándome un codazo en el costado—. Nos quedaremos esta noche, por la mañana tomaremos el *brunch* en su lujoso hotel y nos pondremos en camino.

Mmm, nunca he estado en el Secreto. La posibilidad de verlo me intriga, pero no debería. No después de todo lo que ha pasado entre nosotros.

—Tengo que volver a casa. Tengo que... trabajar.

—¿Un domingo? —Gage suena escéptico. Maldito sea—. ¿Alguien quiere una reunión de emergencia sobre el papel pintado o qué?

Dios mío, qué ganas tengo de darle un puñetazo a mi hermano. Me encantaría verle caer de culo.

—Gage, cierra el pico. Seguro que tiene que trabajar —dice Archer en mi defensa, lo cual me sorprende.

Este es el tipo que quería que fuera a su casa para tenerme desnuda en su cama. Quizá tenga segundas intenciones. Quizá se cuele en mi habitación después de que Gage se duerma, y me desnude y me hunda contra el colchón y...

Frunzo el ceño y aprieto las manos. No debería desear eso. No debería desearlo a él, sobre todo después de la forma en la que ha hablado de mí, como si yo no le importara.

Pero mi cuerpo canta otra canción. Mi piel sigue zumbando después de ese increíble orgasmo y me tiemblan un poco las piernas. Y no por los estúpidos zapatos de tacón de diez centímetros.

No, más bien por ese estúpido.

—De acuerdo. Nos quedaremos. —Cruzo los brazos delante del pecho. Probablemente parezco un bebé con morritos, pero no me importa. No puedo creer que esté aceptando esto—. Pero nos levantamos, tomamos el *brunch* y nos vamos. De verdad que tengo que volver.

—Gracias, hermanita. —Gage me coge la mano y se la lleva a la boca, besándome rápidamente el dorso—. Acabas de salvarme de un agotador viaje de vuelta a casa.

—Menudo problema conducir ese precioso coche tuyo. —Los coches son la debilidad de Gage. Tiene demasiados. Su adicción es tan ridícula que su garaje parece un exclusivo concesionario de alta gama.

—Me alegro de que os quedéis. Tengo habitaciones de invitados que siempre están preparadas —dice Archer.

Me giro para mirarle una vez más, incómoda y excitada a la vez por todo lo que supone quedarse en su casa. Estoy mal de la cabeza. Tengo que estarlo para siquiera considerar... No, no puedo ir allí. Culpo al champán. Y al increíble orgasmo.

—Más te vale portarte bien.

Levanta las manos en señal de defensa.

—Nada de cosas raras, te lo juro. Mantendré las manos quietas.

—Más te vale, Bancroft, o te doy una patada en el culo —murmura Gage—. Ivy queda descartada en tu caso.

—Lo entiendo —dice Archer, dejando caer lentamente los brazos a los lados.

La ligera sonrisa burlona desaparece de su rostro y sus ojos se encuentran con los míos, su mirada es implorante. No estoy segura de lo que intenta comunicarme, pero sí sé una cosa.

Cuando se trata de Archer y de lo que sea que esté pasando entre nosotros, estoy más que confusa.

4

Ivy

Su casa es increíble, por supuesto. He estado en muchas casas bonitas en mi vida. Mis padres aún residen en la casa palaciega en la que crecimos Gage y yo. Es antigua pero grande, y tiene todos los toques cálidos y acogedores que nuestra madre ha ido añadiendo a lo largo de los años. No tiene nada que ver con la casa moderna, espaciosa y perfectamente diseñada en la que vive Archer, en el corazón del valle de Napa.

No puedo ver mucho, teniendo en cuenta lo tarde que es. El interior está en su mayor parte envuelto en la oscuridad, con solo alguna lámpara encendida, pero, por lo que intuyo, es precioso. Elegante y sencillo, pero cálido.

Archer nos conduce a Gage y a mí por el amplio pasillo hacia el ala de invitados, como él la llama. Una de las paredes es totalmente de cristal y puedo distinguir una piscina gigante en el patio trasero, rodeada de un paisaje exuberante y perfectamente cuidado que parece sacado de un parque.

El chico sí que sabe vivir, hay que reconocerlo.

—Bonito, ¿verdad? —me murmura Gage al oído mientras seguimos a Archer—. Yo me gasto todo mi dinero en coches. Archer se lo gasta todo en su casa.

—No estoy mucho aquí —dice Archer, revelando que escucha a escondidas nuestra conversación.

No me sorprende. Desde nuestro encuentro en la terraza, siento que es «superconsciente» de mí. Y yo soy «superconsciente» de él.

—Paso la mayor parte del tiempo en el Secreto.

—¿Tienes una habitación allí?

El complejo es tratado como una especie de secreto entre mi hermano y sus amigos. Al menos, lo mantienen en secreto para mí. Siempre ha hecho que me pregunte si hay secretos pervertidos en ese lugar.

Al menos, no me extrañaría de Archer.

—Tengo una *suite* allí, sí. —Archer aminora la marcha para poder estar más cerca de nosotros.

Su olor llega hasta mí, llenándome la cabeza, recordándome lo que se siente al estar envuelta en sus brazos, sus anchos hombros bajo mis manos. Aún tiene el pelo revuelto y se ha quitado la chaqueta y la corbata; los dos primeros botones de la camisa están desabrochados y dejan al descubierto una franja de torso desnudo que siento el repentino deseo de lamer.

Realmente necesito controlarme.

—¿Así que te quedas en el resort la mayor parte del tiempo?

—No tanto como antes. Cuando lo estaban renovando, nunca me iba. Entonces ni siquiera tenía una casa. El Secreto era mi hogar. Ahora que el complejo lleva en funcionamiento unos años, por fin me siento lo bastante seguro como para abandonarlo de vez en cuando y tener una vida de verdad. —Archer me dedica una sonrisa que me hace palpar el corazón.

Estúpido corazón.

—El Secreto es su bebé —añade Gage como si yo no lo supiera, aunque es bastante obvio. Teniendo en cuenta que Archer y yo no nos vemos mucho, y mucho menos hablamos, tiene sentido que Gage haga esa suposición—. Lo creó de la nada, salió todo de su propia mente enferma y retorcida.

—Cierra el pico. Satisfice una necesidad que no estaba cubierta. Simple y llanamente. —Archer aprieta los labios y entrecierra los ojos. Parece un poco enfadado.

También tiene un aspecto muy sexi.

«¡Ya está bien!».

—Me pica la curiosidad. Me encantaría verlo —digo, complacida cuando su expresión se suaviza—. ¿Quizá mañana me puedas hacer un *tour* rápido por él?

—Creía que mañana tenías que ir directa a casa —suelta Gage justo antes de que le dé en las costillas con el codo.

Sí, Gage tiene razón. Pero tengo curiosidad por ver esta faceta de la vida de Archer de la que no sé absolutamente nada. Quiero decir, no hace ni una hora que este hombre tenía su lengua en mi garganta y sus dedos trabajándome hasta dejarme inconsciente. Cualquier mujer querría saber más sobre un hombre después de una experiencia así, ¿no?

Eso es lo que me digo a mí misma.

—Me encantaría enseñarte el complejo —dice Archer, con voz cálida y mirada ardiente. Se me eriza la piel. Es como si acabara de tocarme físicamente—. Tomaremos el *brunch* y luego te lo enseñaré.

—Suenan genial. —Sonrío, él me devuelve la sonrisa y, por alguna extraña razón, parece que estamos solos, sonriéndonos como idiotas.

Pero entonces Gage se aclara la garganta, devolviéndonos a ambos a la realidad, y yo me sobresalto al oírlo, sujetándome las manos para no alargarlas y coger a Archer.

No puedo coger a Archer, y menos delante de mi hermano. Por mucho que lo desee. Gage conoce todos los secretos de Archer, todos sus defectos. Quiere a su mejor amigo, pero Gage nunca querría que estuviéramos juntos. Al menos, eso es lo que creo yo.

Es mejor fingir que no hay nada entre nosotros que arriesgarse a la desaprobación de Gage. Además, no hay nada entre nosotros. Entre Archer y yo. Nada de nada. Un beso fantástico y un orgasmo. Eso es todo.

«Eso es algo importante».

Ignoro la vocecilla estúpida de mi cabeza e intento concentrarme.

Recuperando la compostura, nos enseña las habitaciones, que están una enfrente de la otra, y no puedo creer lo bonita que es la mía. Los colores son azules relajantes y grises, la ropa de cama es un lujo, los muebles oscuros y elegantes. Toda la habitación huele a sofisticación. Lo asimilo todo, fijándome en la cama cubierta de felpa, porque estoy cansadísima y me muero de ganas de desplomarme sobre ella.

O tal vez la idea de que Archer venga a esta habitación más tarde y me haga correrme una y otra vez es lo que realmente me excita...

Al pensar en ello, me entra un ataque de tos y le hago señas a Gage para que se vaya cuando me lanza una mirada extraña.

—Estoy bien —digo mientras ambos se dirigen hacia la puerta abierta—. Enséñale su habitación, Archer. Buenas noches.

Sin dar a ninguno de los dos la oportunidad de responder, cierro la puerta tras ellos y me desplomo contra ella, golpeándome la cabeza en la madera maciza una, dos veces. Intento hacer entrar en razón a mi cerebro, porque está claro que lo he perdido.

Suspirando, me alejo de la puerta y echo un vistazo a la habitación, observando la entrada a un pequeño cuarto de baño, al que entro para verlo. Aquí hay de todo, excepto lo que podría ponerme para dormir. No me gustaría ponerme algo que haya sobrado de una de las conquistas sexuales

de Archer, pero aun así... Me sorprende que no haya un camisón fresco y limpio esperándome para cambiarme por la noche, teniendo en cuenta que él parece tener todo lo demás. Supongo que podría quedarme en sujetador y bragas...

O no llevar nada.

Con una pequeña sonrisa curvándome los labios, encuentro un albornoz de felpa colgado de un gancho en la parte trasera de la puerta. Paso la mano por encima, me planteo darme una ducha y empiezo a deshacerme de la ropa, me quito los zapatos y dejo que el vestido, las bragas y el sujetador caigan en un montón en el suelo.

Mañana por la mañana en el Secreto parecerá que estoy haciendo el paseo de la vergüenza de la noche después, con el vestido semiformal que llevé a la boda. Algo que nunca me había planteado hasta ahora. Me muerdo el labio inferior, mirando fijamente la gigantesca ducha acristalada que me llama a gritos.

Quizá debería preguntarle a Archer si tiene algo que pueda ponerme. Aunque, ¿cómo me acerco a él? Seguro que no puedo hacerlo en este momento, ya que estoy aquí desnuda. Aunque puede que no le importe encontrarme de esta forma.

«Deja de pensar así. No querrás que te encuentre desnuda, ¿verdad?».

Dios mío, quizá sí.

Llaman a la puerta y me sobresalto, cogiendo el albornoz de la percha con la velocidad del rayo. Me lo pongo y me acerco, pensando que es Gage, dispuesto a contarme alguna tontería antes de irse a la cama. Siempre ha sido un poco sobreprotector, así que probablemente me esté controlando.

—Estoy bien, Gage. De verdad —digo mientras abro la puerta, enmudeciendo atónita al ver quién está ante mí.

—¿En serio? —Archer levanta una ceja, con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra sujetando una prenda—. ¿Por qué no ibas a estar bien?

Oh. Mierda. No debería estar delante de mí ahora mismo.

—¿Qué haces aquí? —susurro, echando un vistazo por encima de su hombro para ver, por suerte, que la puerta de Gage está cerrada.

—Asegurándome de que estás cómoda. —Extiende la mano hacia mí—. Te he traído algo.

Soy ultraconsciente del hecho de que, bajo la tela de rizo, no llevo absolutamente nada. El impulso de desatar el lazo y dejar que el albornoz caiga a mis pies solo para ver la reacción de Archer es abrumador.

Pero lo mantengo bajo control. Por el momento.

—¿Qué es esto? —Cojo la tela enrollada de su mano, nuestros dedos se rozan accidentalmente y el calor me recorre al primer contacto.

—Una de mis camisetas. —Encoge esos anchos hombros, que siguen enfundados en fino algodón blanco—. Sé que no tenías nada que ponerte para... la cama. Pensé que podría ofrecerte esto.

Sus ojos se oscurecen al pronunciar la palabra «cama» y a mí me tiemblan las rodillas. Dios mío, lo que este hombre me está haciendo es tan extraño que no sé muy bien cómo reaccionar.

—Gracias. Te lo agradezco. —La camiseta es suave, el tejido fino, como si se la hubiera puesto muchas veces, y siento el impulso repentino de acercármela a la nariz e inhalar. Ver si de algún modo puedo oler su aroma en la tela.

Está claro que este chico me está convirtiendo en un bicho raro de proporciones épicas.

—De nada. —Apoya su alto cuerpo contra el marco de la puerta, con aspecto somnoliento y arrugado y demasiado sexi para describirlo con palabras.

Quiero cogerle de la mano y arrastrarlo dentro de mi habitación.

Espera, no. Esa es una mala —terrible— idea.

«Mentirosa».

—¿Eso es todo? —pregunto, porque no deberíamos estar aquí manteniendo esta conversación.

En primer lugar, mi hermano podría vernos y empezar otra vez con lo equivocados que estamos. En segundo lugar, cada vez me siento más incómoda con el hecho de estar completamente desnuda bajo el albornoz. Tercero, sigo pensando en quitármelo y mostrarle a Archer lo desnuda que estoy.

—Sí. Supongo que sí. —Su voz es áspera y se aparta del marco de la puerta—. Bueno. Buenas noches.

—Buenas noches —susurro, pero no cierro la puerta. No me muevo.

Ni él tampoco.

—Ivy... —Su voz se entrecorta y se aclara la garganta, parece incómodo. Lo cual es excitante.

Dios mío, todo lo que hace es sexi y decido ceder a mis impulsos porque sí.

Le deseo.

Archer

Como un idiota, no se me ocurre nada que decir. Es como si tuviera la garganta obstruida y no pudiera emitir ningún sonido, con Ivy delante de mí, su largo y ondulado pelo oscuro cayéndole por encima de los hombros y su esbelto cuerpo envuelto en el grueso albornoz blanco que guardo para los invitados. El mismo tipo de albornoz que proporcionamos en el Secreto.

Pero entonces hace algo tan sorprendente, tan increíblemente asombroso, que me quedo por un momento boquiabierto.

Sus delgadas manos se dirigen al cinturón del albornoz y lo desabrocha rápidamente, separando la tela y dejando al descubierto la piel desnuda. Completamente desnuda.

Hostia puta. Está desnuda. Y acaba de dejar caer el albornoz al suelo, de modo que está de pie frente a mí..., debo recalcarlo otra vez..., desnuda.

Abro la boca, un sonido áspero sale de lo más profundo de mi garganta. Joder, es preciosa. Piernas largas, cintura y caderas curvilíneas, pechos turgentes con bonitos pezones rosados. Me quedo completamente embelesado durante un largo y angustioso instante. Solo puedo mirarla boquiabierto.

—Bueno, ¿te vas a quedar ahí esperando a que mi hermano vuelva a salir y nos encuentre así o vas a entrar en mi habitación?

Más bien voy a correrme dentro de ella, si tengo suerte. Lo que creo que va a ocurrir.

Me muevo deprisa, la sujeto, mis manos se dirigen a su cintura mientras la empujo hacia el interior. Cierro la puerta de una patada, llevando una mano por detrás para echar el pestillo antes de volver a posarla en su cintura.

La mención de que Gage nos encontrara así me ha puesto en movimiento. Me arrancaría las pelotas con sus propias manos si supiera que estoy tocando a su hermana en este preciso momento. Y luego está toda esa estúpida apuesta que acabo de hacer con él y Matt. No he parado de hablar de no dejar que ninguna mujer me cace y la única con la que en secreto considero que merece la pena tener una relación por fin muestra un atisbo de interés.

Bueno, algo más que un maldito atisbo, teniendo en cuenta que está desnuda y acurrucada contra mí. La miro fijamente a los ojos, los veo nublados de lujuria y me inclino hacia ella dispuesto a besarla, a tomarla

fuerte y profundamente y a hacerla gemir de placer. Como hice antes, cuando la toqué en la terraza. Con qué facilidad respondió. Antes de que lo arruinara todo y echara por tierra lo que había pasado entre nosotros. Lo último que quería era enfadarla, pero aun así lo conseguí, y todo porque no quería cabrear a Gage.

Estoy en una situación sin salida con Ivy y lo sé. Sin embargo, aquí me encuentro, con su cuerpo desnudo entre mis brazos, sus labios acercándose a los míos, sus pechos entrando en contacto con mi torso...

—Hola. —Aprieto sus caderas, presionando su carne con mis dedos, y ella levanta la mirada hacia mí, los ojos muy abiertos, los labios húmedos. Como si acabara de lamérselos. Joder, todo lo que hace me descoloca. Pero necesito saber dónde estamos, dónde está ella. No puedo arriesgarme a que esto se convierta en un lío mayor de lo que ya es—. ¿Qué hacemos aquí?

Levanta una ceja perfectamente arqueada.

—¿Tengo que explicártelo?

—Ya sabes lo que quiero decir. —No llevaré esto más lejos hasta asegurarme de que ambos estamos de acuerdo—. ¿Qué quieres de esto?

Ivy alarga la mano y empieza a desabrocharme la camisa, las yemas de sus dedos rozándome el pecho con cada botón que desliza fuera de su ojal.

—¿Una noche de sexo alucinante?

Ignoro por un momento el comentario de «una noche», asimilando sus palabras. No debería querer más. Nunca quiero más.

Con Ivy, creo que podría.

«¿No es terrorífico?».

—Y ya está. —Mi voz es llana, aunque aspiro con fuerza cuando sus dedos me rozan el estómago con el último botón que desabrocha antes de sacarme la camisa metida por dentro de la cintura del pantalón—. Eso es todo lo que quieres de mí.

—¿No es eso todo lo que quieres de cualquiera? —Su mirada se fija en mi torso y exhala sonoramente—. Sabía que eras más grande que la última vez que te vi, Archer, pero, Dios mío...

Sonrío, me gusta cómo me mira. Como si quisiera devorarme.

—¿Y cuándo fue la última vez que me viste sin camiseta?

—No lo sé. —Se encoge de hombros y levanta la mirada para observarme. Sus ojos están llenos de hambre, de deseo, y alargo el brazo, poso la mano en su mejilla y acaricio su suave piel. No puedo resistirme a tocarla—. ¿Cuando éramos adolescentes?

—Bueno, he cambiado mucho desde entonces. —Me inclino, mi boca está junto a su oreja cuando murmuro—: Tú también.

Desliza las manos por mi torso, su tacto hace que salten chispas en mi piel mientras me quita la camisa. Me encojo de hombros y vuelvo a posar las manos en su cintura, apartándome un poco para poder absorberla.

Dios, es preciosa. Me empalmo como una roca con solo mirarla y empiezo a hacerla retroceder hacia la cama, empujándola suavemente por los hombros para que caiga sobre el colchón con un pequeño resoplido de fastidio. Su larga melena le cae sobre los hombros despeinada, con las puntas apenas cubriéndole los pechos, tentándome a pasar los dedos por las sedosas hebras. Sin previo aviso, engancha un dedo en la trabilla de mis pantalones, tira de mí hacia delante y me desequilibra para que caiga sobre la cama.

Para que caiga sobre ella.

—Ahora te tengo donde quiero —murmura justo antes de levantar la cabeza y besarme profundamente, deslizando enseguida su lengua contra la mía.

Me acaricia la espalda tan suavemente que me estremezco.

Joder, qué bien sienta su tacto. Qué bien sienta tenerla debajo de mí, sus manos sobre mí, sus piernas alrededor de mis caderas. Aún llevo los pantalones puestos, pero puedo sentirla. Mi erección roza su sexo caliente y ella alza las caderas, rozándose contra mí mientras devora mi boca.

Se ha convertido en una gata salvaje, frotándose contra mí, su boca en la mía como si quisiera consumirme, y yo caigo voluntariamente bajo su hechizo. Dejo que se apodere completamente de mí, me pierdo en su delicioso sabor, en la forma en la que sus pequeñas manos recorren la parte frontal de mis pantalones. Me los desabrocho y me bajo la cremallera; ella me mete la mano dentro y me acaricia la polla cubierta de algodón.

—Vaya, Archer, menudo paquete —murmura mientras deja de besarme, con sus dedos enroscándose alrededor de mi erección en un apretón agónico.

Me echo a reír ante su comentario.

—¿Se supone que eso es un cumplido?

—Sí, claro. —Me pasa las manos por las caderas y me baja los pantalones hasta medio muslo—. Quítatelos. Quítatelo todo.

—Eres una pequeña mandona, ¿verdad? —susurro contra su boca justo antes de deslizar la lengua por su carnoso labio inferior.

—Nunca actúo así —me dice cuando me separo de ella para deshacerme del resto de mi ropa. Su codiciosa mirada no me abandona en ningún momento—. Creo que todo es culpa tuya.

—¿Culpa mía? —Su confesión me sorprende. ¿Cómo puede culparme de su comportamiento alocado?—. ¿Por qué?

—Eres tú o el champán que he bebido antes. —Su mirada baja a la altura de la entrepierna y me observa, sus ojos se abren un poco más cuando me quito los calzoncillos—. Vaya.

—¿Tienes miedo? —Me reúno con ella en la cama, la agarro por la cintura y la arrastro hasta que queda tumbada debajo de mí—. Deberías tenerlo —susurro antes de besarla. De devorarla.

Todo se vuelve salvaje en un instante, mis manos recorren su piel, cartografían sus curvas, sus manos están tan ocupadas como las mías, lanzándose directamente a por mi polla. Explotaré si sigue tocándome así, y no estoy dispuesto a seguir ese camino, así que le cojo las muñecas y le subo los brazos por encima de la cabeza. La mantengo cautiva mientras se contonea contra mí, haciendo ruiditos llenos de frustración.

Me está volviendo loco.

Ella deja de besarme primero, mirándome fijamente mientras agita las manos contra mi agarre.

—Quiero tocarte.

—Si sigues tocándome, explotaré en tus dedos —gruño.

Ivy se ríe, arqueándose contra mí para que sus pechos rocen mi torso. Puedo sentir literalmente las duras puntas de sus pezones presionando mi piel.

Esta mujer va a matarme. Lo sé.

5

Ivy

Archer Bancroft tiene un cuerpo como ningún otro hombre con el que haya estado antes, y mucho menos que lo haya visto en vivo y en directo, de cerca y en mi cara. Todo masa sólida y piel suave, músculos definidos y torso y hombros anchos. Es lo único que puedo ver, oír, oler y saborear mientras está tumbado sobre mí, con sus largos dedos enroscados en mis muñecas, manteniéndome los brazos por encima de la cabeza.

Lo que estamos haciendo es tan completamente inesperado, tan increíblemente excitante, que todo mi cuerpo tiembla de anticipación. Me besa como si estuviera hambriento y yo fuera lo único que deseara. Noto su erección entre mis piernas, y estoy tan mojada por él que casi me da vergüenza.

Pero no me importa. Me embriaga la sensación de su cuerpo contra el mío, su boca hambrienta, su lengua insistente, esas manos grandes y ásperas inmovilizándome contra la cama.

No tenía ni idea de que estar sujeta excitara tanto, pero, Dios mío, estoy tan excitada que siento que voy a explotar.

—¿Prometes no ir directamente a por mi polla? —me susurra al oído dejando de besarme.

Quiero reír. También quiero gemir. Su contundencia también me excita.

—Puede que realmente lo que quiera es ir directa a por tu polla.

Sus ojos se clavan en los míos. Son oscuros y están llenos de un calor ardiente.

—Ya te he dicho lo que podría ocurrir si hicieras eso.

Oh, sí, seguro que lo ha hecho. Puede que yo quiera verlo. De hecho, la idea es increíblemente erótica. Yo acariciándole, Archer perdiendo por completo el control y corriéndose en mis dedos...

Inquieta, froto mis piernas contra las suyas, y él se ríe como si pudiera leerme la mente.

—Prométeme que no me agarrarás.

—No puedo prometértelo —susurro.

—Entonces deja que te toque. —Dice en voz baja mientras sus dedos se aflojan suavemente alrededor de mis muñecas. Hasta que se apartan y me acaricia el cuello con la cara, con las manos rozándome los costados—. Quiero explorarte.

No voy a protestar. Eso es justo lo que quiero que haga. Así que, en lugar de agarrarle la polla —como él dice tan amablemente—, le rodeo el cuello con los brazos, le meto las manos en el pelo y le guío suavemente hacia abajo mientras me besa la clavícula, el pecho, la parte superior de los senos, el valle entre los senos...

Me provoca. Mis pezones ansían que su boca los rodee y sus labios están en todas partes menos en ellos. No sé si podré soportar esta exquisita tortura, sus manos cogiéndome las caderas, su boca sobre mi piel sensible. Le agarro más fuerte del pelo, tirando con fuerza hasta que murmura una maldición contra mi carne y me lame un pezón. Y luego el otro.

El gemido desgarrado que se me escapa no se parece en nada a los sonidos habituales que hago en la cama, y cierro con fuerza los labios, momentáneamente avergonzada. Pero entonces vuelve a hacerlo, y su lengua húmeda y aterciopelada se desliza de un lado a otro sobre mi pezón, volviéndome absolutamente loca. Me sale otro gemido estremecedor y enredo los dedos en su pelo, acercándolo contra mí mientras lame y chupa y afila los dientes en mi carne, tirando suavemente. Probándome.

Es una sensación tan fantástica que quiero más. Dios, estoy enloquecida por desear sus dientes sobre mí, sus manos sobre mí.

—Más fuerte —susurro, mi petición me escandaliza, y él me muerde el pezón con fuerza.

Entre mis piernas me relajo y me humedezco y cuando desliza sus dedos por mis pliegues empapados, su pulgar tanteándome el clítoris, sacudo la cabeza frenéticamente.

—No, así no. Por favor.

—¿Me quieres dentro de ti? —Susurra esas palabras acaloradas contra mis pechos, y abro los ojos de golpe para encontrarlo mirándome. Su mirada es oscura, llena de promesas prohibidas, y asiento con un gemido que sale de mis labios. Su sonrisa es deliciosamente perversa—. Bien. Porque me muero de ganas de estar dentro de ti.

Ningún hombre me ha hablado nunca así. Me encanta. Quiero más. Mucho más...

Se levanta, se inclina sobre mí, su torso en mi cara para llegar a la mesilla de noche y abrir el pequeño cajón. Saca un condón de su interior, y me quedo momentáneamente atónita.

Aunque no debería. Todo el mundo sabe de qué va Archer.

Apartando la preocupación de mi cabeza, me apoyo en los codos y aprieto la boca contra el centro de su pecho. Su olor me envuelve, el calor de su piel, su sabor salado. Lamo un camino por sus abdominales y él se aparta de mí, siseando como si le hubiera quemado.

—Eres peligrosa —murmura mientras abre el envoltorio y se pone el condón. Su mirada me penetra y mi ritmo cardíaco se acelera, se me seca la boca cuando me pilla mirando. Sacude la cabeza con una leve sonrisa curvando sus labios perfectos e hinchados—. Quiero tomarme mi tiempo, pero dudo que lo consiga, Ivy. Te deseo demasiado, maldita sea.

De nuevo me deja atónita, esta vez con sus palabras. Si lo pienso bien, toda la situación es increíble. Estoy desnuda con Archer Bancroft y estamos a punto de tener sexo. Si alguien me hubiera dicho hace un mes —bueno, hace unas horas— que acabaría esta noche teniendo sexo con Archer, me habría reído en su cara.

Sin embargo, ahora no me río. Más bien me agarro a Archer, lo coloco encima de mí y su enorme cuerpo me empuja contra el colchón. Le rodeo las caderas con las piernas, le envuelvo con los brazos para poder acariciarle la espalda lisa y húmeda de sudor mientras nuestras bocas se encuentran, se besan perezosamente, mientras nuestros labios se mordisquean y nuestras lenguas se enredan.

Su sabor es increíble. Me encantan los sonidos que hace, la forma en la que me abraza. Y cuando se desliza lentamente dentro de mi cuerpo, centímetro a centímetro, un escalofrío me recorre y cierro los ojos ante la intensidad de las emociones que se agolpan en mi interior. No se mueve, ni siquiera respira, y yo también me quedo sin aliento. Nunca me había sentido tan unida a otra persona.

Es aterrador. Emocionante.

—Dios, das tanto gusto —me susurra al oído mientras empieza a moverse lentamente.

Me muevo con él, levantando las caderas y abrazándolo con mis piernas. Empuja más deprisa, casi como si no pudiera evitarlo, y me parece bien. Más que bien. Me muevo balanceándome contra él, haciendo que su polla

penetre más profundamente en mi cuerpo, y él gruñe, y se tensa sobre mí, ya a punto. Lo noto en la tensión de su cara, en sus hombros.

Me advirtió que sería rápido, pero no me importa. Yo también estoy cerca. He estado al límite desde que me hizo correrme en la terraza. No sentí alivio con ese orgasmo. Más bien me puso nerviosa, me ayudó a darme cuenta de lo que me estaba perdiendo si no estaba así con él.

—Di que te vas a correr —susurra, su voz ronca me produce un escalofrío en la piel—. Dilo. —Se introduce entre ambos y sus dedos se deslizan por mi clítoris, lo frotan en círculos y me hacen perder la cabeza.

—Sí —gimo—. Estoy a punto.

Archer se incorpora sobre sus rodillas y me sujeta por la cintura, acercándose mientras me penetra. Observo, sin aliento, la forma brutal en la que me está manejando, follándome de verdad, y me pregunto si algún hombre con el que haya estado ha hecho esto, si me ha follado como lo está haciendo Archer en este preciso momento.

«Diría que es un no rotundo».

Los hombres de mi pasado siempre me trataron con delicadeza, como si fuera de cristal y pudiera hacerme añicos en cualquier momento. Archer no. Es todo hombría, ferocidad primitiva, sus manos me agarran, su polla me embiste desde dentro, su boca maltrata la mía. Es como si estuviera completamente superado.

Me encanta.

Cierro los ojos, las familiares sensaciones amenazan con invadirme e intento contenerlas. Entre gemidos, sacudo la cabeza, jadeo su nombre, y entonces no puedo contenerme más.

Me corro. Perdida en la deliciosamente cálida sensación palpitante mientras el segundo orgasmo de la noche me lleva completamente al límite.

Segundos después, se desploma sobre mí, su cálido peso me reconforta, pero hace que todo parezca demasiado real. Su boca me aprieta el cuello, húmeda y caliente, mientras susurra palabras ininteligibles. Le paso los dedos por la espalda, noto los escalofríos que aún le recorren, y le beso la mejilla, murmurando:

—No deberías tardar en irte. —Hago una mueca de dolor en cuanto las palabras salen de mi boca. En realidad, no quiero que se vaya.

Pero tiene que hacerlo. Si está más tiempo..., puede que quiera que se quede. Y entonces podría cometer una estupidez. Como admitir lo mucho

que me importa, lo mucho que desearía que formara parte permanente de mi vida.

Sí. Fliparía y huiría como un niño asustado si le dijera algo así.

Se incorpora y me mira, me observa con el entrecejo y la boca fruncidos.

—¿Qué?

Oh, oh. ¿He dicho algo equivocado? Vamos, Archer no es de los que se demoran en la cama de una mujer, ¿no?

—Que quizá deberías irte, ¿no crees? No quiero que mi hermano te pille saliendo a escondidas de mi habitación.

—Probablemente esté dormido. Ese tipo duerme como un muerto. — Archer me estudia como si yo hubiera perdido la cabeza.

—Sí, pero... —Seguro que tiene razón. No quiero arriesgarme. Además, necesito tiempo a solas. Necesito procesar lo que acaba de pasar entre nosotros.

—Así que me estás echando. —Sueno incrédulo, parece enfadado.

—No...

—Sí —me corta con la voz tensa—. Pero lo entiendo. No quieres que Gage se entere. De hecho, estoy de acuerdo contigo. Me colgaría por los huevos de un árbol, y resulta que me gustan mis huevos, muchas gracias.

Se levanta de la cama y coge la ropa del suelo con impaciencia, ofreciéndome una visión involuntaria a esas mismas pelotas que tanto le gustan.

Mierda, le he hecho enfadar. No era mi intención, pero no puedo permitir que se quede. Ya es bastante malo lo que acabamos de hacer. No me gustan los rollos de una noche, sobre todo con tíos que conozco y corro el riesgo de volver a ver. Peor aún, no quiero encariñarme. Ni tener expectativas de que algo así pueda volver a ocurrir entre nosotros.

Porque de ninguna manera debería volver a ocurrir. Sería un gran error. Enorme. Se acabó tontear con Archer.

Aunque lo desee. Odio estar alejándole. Su reacción es confusa. Actúa como si le doliera mi rechazo.

Yo también lo siento. Más de lo que nunca me atrevería a admitir. En el fondo, creo que... quiero más. Por una vez, estoy dispuesta a arriesgarme e ir a por ello. Hacer algo tan completamente impropio solo para ver qué ocurriría.

—¿Aún quieres ver el Secreto más tarde? —me pregunta con voz tranquila, de espaldas a mí. Lleva puesta la ropa interior, nada más, y dejo

que mi mirada se pasee por él, absorbiendo toda esa belleza masculina en estado puro.

Es guapísimo. Ojalá tuviéramos más tiempo. Exploraría cada centímetro de su piel con mi boca, si tuviera la oportunidad.

«Tu oportunidad con Archer acaba de expirar».

—Sí —respondo después de aclararme la garganta—. Me encantaría ver el Secreto. —Podemos sobrellevar un encuentro sexual equivocado entre amigos, ¿verdad? Claro que podemos...

—Estupendo. Bueno, ha sido increíble —dice después de ponerse los pantalones con un tono todavía algo enfadado, y marchándose sin decir ni una palabra más. Cierra la puerta en silencio.

Me tumbo sobre las almohadas y me tapo los ojos con el brazo, gimiendo en voz alta. ¿Qué demonios me pasa? He tenido sexo increíble con un hombre al que conozco de casi media vida, y luego lo echo como si fuera un desconocido con el que me he acostado en secreto.

No puedo evitarlo. Empiezo a reírme.

Mi vida se ha vuelto completamente surrealista.

Archer

Maldita sea, ¿podría sentirme más ruin?

Voy deambulando por el pasillo de mi propia casa, sin camisa y descalzo, con la ropa y los zapatos en la mano, los pantalones desabrochados, por el amor de Dios, y a punto de caérseme de las caderas. Atravieso literalmente mi casa a toda velocidad con paso ligero. Si Gage saliera en este preciso instante, me echaría un vistazo y sabría exactamente lo que acabo de hacer.

Con su hermana pequeña.

Hago una mueca, sacudo la cabeza y me dirijo a mi dormitorio, que está al otro lado de la casa. Respiro un poco mejor ahora que estoy fuera del ala de invitados, pero aún podrían pillarme. El mero hecho de pensar así me hace sentir como un auténtico imbécil.

Esta es mi casa. Tengo veintiocho putos años. No debería tener que andar a hurtadillas como un adolescente follando con mi novia secreta.

Pero aquí estoy. Escondiéndome.

Todavía me sorprende cómo me ha echado Ivy de la cama antes de que la humedad se secase en su piel; se ha comportado así de despiadada durante

todo el encuentro. Soy vulgar, lo sé, pero cierto. Estaba dispuesto a ponerme poético y hablar sin parar de lo increíble que había sido la experiencia. Porque, a pesar de lo rápido que me he corrido —sumamente rápido, lo admito, pero me superaba el hecho de estar dentro de ella—, el sexo con Ivy ha sido alucinante.

Quería decirle cuánto deseaba volver a hacerlo. Acercarla y abrazarla, por el amor de Dios. Yo no abrazo, joder. Soy yo quien las echa de mi cama. Soy yo quien dice: «Oye, ha sido increíble, pero tienes que sacar tu bonito culo de aquí».

Siempre, yo duermo solo. Por una vez, quería dormir con otra persona. Dormir solamente, de verdad. Tenerla cerca, sentir su piel sobre la mía, olerla. Aún puedo olerla. Sentirla. Saborearla.

En lugar de eso, me ha echado.

Sí. Extraño. Siento que se han revertido los papeles por completo. Y no me gusta. Ni una pizca.

Pero es que desde que la he visto esta tarde en el banquete de boda, todo se ha vuelto del revés en mi cabeza. Lo que estaba arriba está abajo y todas esas gilipolleces. No me he sentido bien desde entonces. Es una puta mierda. Tengo un negocio que dirigir, empleados de los que ocuparme, la posibilidad de abrir otro local del Secreto en el horizonte y un padre volátil del que ocuparme.

Lo último que necesito es que una mujer me retuerza por dentro.

Entro en mi habitación dando un portazo y me dirijo al baño. Necesito una ducha. Quizá si lavo el recuerdo, la sensación de su piel sobre la mía, su olor, su sabor, pueda olvidar a Ivy.

No sirve de nada. Mientras estoy bajo el agua hirviendo que me golpea el cuerpo y me froto la piel, aún puedo olerla. Oír su respiración jadeante y frenética, la forma en la que ha dicho mi nombre justo antes de correrse. Sentir el olor a flores de su deliciosa piel, saborear sus labios y su lengua ávidos...

Joder. Miro hacia abajo, el agua haciéndome un rápido tatuaje en la parte superior de la cabeza, y veo mi erección. Qué jodido estúpido. No me extraña que a las mujeres les guste tanto decir que los hombres solo piensan con el nabo.

Están bastante acertadas en esa observación.

Me contengo, me niego a masturbarme. No hace ni quince minutos que me he corrido, debería haberme recuperado de esto. De ella.

Parece que no. Tenerla una vez no ha sido suficiente. Quiero a Ivy de nuevo.

Cierro furiosamente el grifo y cojo una toalla, frotándola sin orden por mi piel, sin secarme realmente. El suave paño de rizo se desliza por mi erección y hago una mueca. Me cabrea estar burlándome de mí mismo. ¿Qué demonios me pasa?

«Ivy Emerson es lo que te pasa, capullo. Ha jugado contigo y ha ganado. ¿Cómo te hace sentir?».

Miserable. Cabreado. Deseoso de volver a su habitación y volver a hacer lo que quiera con ella..., esta vez más despacio. Para poder detenerme en su cuerpo, ver qué le gusta, dónde prefiere que la toquen, saborearla entre las piernas y ver cuánto tarda en correrse solo con mi lengua...

Me froto los ojos con las palmas de las manos, los abro, miro fijamente mi reflejo en el espejo cubierto de vapor que tengo delante. Estoy hecho polvo. Los ojos desorbitados, la piel aún húmeda por la ducha, la boca y la mandíbula tan tensas que parece que vaya a hacerme añicos. Rígido y tenso.

Todo por una mujer.

Suelto un sonoro gruñido: «¡Joder!». Apago las luces y vuelvo a mi habitación a grandes zancadas. Me meto en la cama, desnudo y aún mojado, y me tapo la cabeza con las sábanas, con la esperanza de poder apagar el torbellino de mi cerebro.

No funciona. La quiero conmigo. Acurrucada contra mí. Tengo que sincerarme conmigo mismo. La he deseado durante años, desde su graduación en el instituto, como una especie de perverso, teniendo en cuenta que le saco cuatro años y que lo último que debería haber hecho era preguntarme si estaría desnuda bajo su toga.

Claro que no lo estaba. Tenía dieciocho años y era pura y hermosa. Me dio un abrazo y las gracias por asistir, y yo solo podía pensar en lo mucho que deseaba estar allí. Dentro de ella...

Sí, entonces la deseaba con locura. Todavía lo hago. Y no debería. No soy de los que se comprometen en una relación. Mis padres me han destrozado para siempre. Me han arruinado para cualquier mujer. Podría comportarme durante un tiempo, pero ella acabaría por calarme y descubriría mi verdadero yo.

No merezco la pena, no merezco el esfuerzo. Soy egoísta. Un completo gilipollas. Ella lo descubriría rápido, si no lo sabe ya, y se largaría. Se

preguntaría por qué ha perdido el tiempo conmigo, si es que ha querido algo conmigo.

Y luego está la estúpida y jodida apuesta que he hecho hace solo unas horas. Un millón de dólares apostados a que no dejaré que ninguna mujer me atrape.

¿Lo más loco? Sé que Ivy Emerson vale un millón de dólares.

Pero ¿los valgo yo?

6

Ivy

De algún modo, Archer se las ha arreglado para que tuviera ropa limpia cuando he abierto la puerta de mi habitación. Estaba en una pila ordenada y doblada, metida en una bolsa que había colocado delante de mi puerta. Unos pantalones tobilleros negros de algodón, una camiseta rosa fuerte y un par de chanclas de mi marca favorita. Todo de la talla adecuada, bonito y algo que probablemente elegiría yo misma si tuviera la oportunidad.

¿Cómo demonios sabía mi talla? Da un poco de miedo.

Tampoco he oído pasar a nadie por la puerta. Y habría podido; he estado dando vueltas en la cama sin apenas conciliar el sueño, ya que mis pensamientos han estado consumidos por lo que ocurrió ayer entre Archer y yo.

Las imágenes han estado saltándome toda la noche. Cómo me miraba. Cómo me tocaba. Las cosas que me decía.

«Me muero de ganas de estar dentro de ti».

Dios, me derribo solo de recordar lo oscura que sonaba su voz, la forma en la que me susurró esas palabras cerca del oído, sus manos por todo mi cuerpo.

Un escalofrío me recorre y resoplo frustrada, luego me doy una larga ducha con la esperanza de que el agua caliente borre todos mis inútiles y abrumadores sentimientos por un hombre por el que no tengo por qué sentir nada.

Por desgracia, no ha servido. Teniendo en cuenta que estoy en casa de Archer después de haber estado en sus brazos la noche anterior, él lo impregna todo.

Lo adoro en secreto y lo odio abiertamente.

Me visto con rapidez, recogíendome el pelo mojado en una coleta baja con una goma que he encontrado en el fondo del bolso. Me pongo un poco de brillo de labios, porque es todo el maquillaje que he traído.

Nadie me ha llamado, ni Gage ni Archer. Nadie ha llamado siquiera a mi puerta, y finalmente la curiosidad me puede. Abro y asomo la cabeza,

mirando a la izquierda, luego a la derecha, pero el pasillo está vacío. La puerta de Gage está cerrada. La casa está en silencio —es como si estuviera en un museo o algo así— y salgo de la habitación, planteándome la posibilidad de ir a llamar a la puerta de Gage.

¿Y si sigue durmiendo? Ya son más de las nueve y Gage no es de los que duermen hasta tarde. Decido que necesito saber qué pasa, me acerco a la puerta y llamo, sorprendida cuando no contesta. Es imposible que siga en la cama. Y si lo está, menudo holgazán.

—Está fuera, esperándote.

Doy un salto y me vuelvo al oír la profunda voz de Archer, asombrada al encontrarlo de pie en medio del amplio pasillo. Ha aparecido por arte de magia, como un fantasma. Y además es un fantasma muy guapo. Va vestido con vaqueros y un polo negro, su pelo oscuro aún está húmedo, como si acabara de salir de la ducha, y, vaya, tiene un aspecto increíble. Me entran ganas de cogerlo de la mano, arrastrarlo hasta mi dormitorio y desnudarlo. Recorrer con mis manos su delicioso cuerpo. Montarlo hasta dejarlo inconsciente.

«¡Alto!».

—Oh. —No se me ocurre nada mejor que decir, así que me callo.

Es ridículo que haya pensado que un poco de sexo entre dos viejos amigos —conocidos, en realidad— no supondría gran cosa, pero es como si un elefante gigante ocupara toda la casa, y se sentara directamente entre nosotros. Me encuentro con su mirada y lo único que puedo hacer es recordar lo cerca que he tenido su cara de la mía hace unas horas, mientras me penetraba profundamente. Cómo torcí el cuello y junté su boca con la mía, al tiempo que nuestras lenguas se deslizaban una contra la otra.

Sí. Esto es... incómodo.

—Pronto saldremos para el Secreto. ¿Estás preparada? —Su voz suave y aterciopelada me produce escalofríos y aprieto los labios, en busca de compostura.

De momento, no la encuentro.

—Tengo que coger mi bolso. —Hago un gesto hacia la puerta abierta, luego dejo caer la mano indefensa a mi lado.

—¿Has dormido bien? —Su pregunta es inocente y cortés, teniendo en cuenta que soy su invitada.

Pero menciona dormir, lo que me hace pensar en una cama, y entonces recuerdo cómo él ha estado en mi cama y lo fantástico que era sentirlo entre

mis piernas.

—He dormido bien. Genial —miento—. Gracias por la ropa.

—De nada. ¿Te gusta?

—Es... perfecta. —Frunzo el ceño y él también—. ¿Cómo sabías la talla de todo?

—Calculé a ojo. —Lo dice encogiéndose de hombros, mostrándose un poco tímido.

Esto, por supuesto, me hace ser escéptica. Demuestra lo bien que Archer conoce el cuerpo femenino cuando puede adivinar mi talla con exactitud.

Se me revuelve el estómago al darme cuenta.

—Oh. —Me quedo sin palabras.

Su explicación tiene mucho sentido. Que estemos juntos no tiene ningún sentido. Está claro que hemos cometido un gran error. Y ahora estamos pagando el precio con los silencios incómodos y el ambiente raro que se ha creado entre nosotros.

—Voy a por mi bolso y estaré lista.

—¿Nos vemos fuera entonces? —Me sonrío, pero es una sonrisa sombría. Y no acaba de iluminar sus ojos.

—Sí. Será solo un segundo. —Asiento una vez y salgo disparada hacia el dormitorio en cuanto se aleja de mí.

Voy a la cama, me siento pesadamente en el borde, mordiéndome la uña del pulgar mientras me doy ánimos mentalmente.

«Tú puedes con esto. Vale, lo has visto desnudo. ¿Y qué? Ya sabes qué aspecto tiene cuando se corre. No pasa nada. Céntrate en los viejos tiempos. Cuando era un capullo contigo y te trataba fatal. Recuerda cómo te sentiste anoche en el banquete, cuando te habló por primera vez y te llamó “pipiola”. Gilipollas. Sí, te molestó muchísimo. Aférrate a esa sensación. La sensación de que Archer-Bancroft-me-saca-de-mis-casillas-y-es-un-capullo.

»Olvídate de la sensación de que Archer-Bancroft-me-saca-de-mis-casillas-cuando-me-besa-hasta-dejarme-sin-sentido-y-me-folla-hasta-el-olvido. Es un sentimiento equivocado al que aferrarse».

Cojo el bolso, que he dejado sobre la cama, me pongo de pie, tiro del bajo de mi nueva y bonita camiseta, me aliso con una mano el pelo y decido ir a enfrentarme con mi realidad.

Puedo con esto. Porque, en realidad, no tengo elección.

Archer

—¿Por qué tarda tanto? Estoy muerto de hambre.

—Cabron cascarrabias —murmuro, irritado por la incesante y desagradable cháchara de Gage.

No ha dejado de quejarse de su estómago vacío desde el momento en el que me lo encontré en la cocina. Le ofrecí una manzana, pero no la aceptó. Dios nos libre de que coma algo sano. Además, no es culpa mía que su hermana tarde tanto en estar lista.

No sé por qué. No hace más de cinco minutos que la he visto, y estaba absolutamente espléndida con el sencillo conjunto que le había dejado para que se cambiara. He estado medio tentado de cogerla por la cintura, llevarla de espaldas al dormitorio, cerrar la puerta y hacer de todo con ella durante el resto del día. Lo que es el perfecto domingo perezoso.

Pero sabía que Gage estaba esperando y, además, la expresión de pánico en la cara de Ivy cuando me ha visto ha desinflado mi ego por completo. Parecía dispuesta a saltar y echar a correr.

¿Se arrepentía de lo que pasó entre nosotros anoche? Yo no, pero tengo que admitir que el ambiente que había entre nosotros ahora era incómodo y a la vez superconsciente.

¿Íbamos a fingir que nunca había ocurrido? Probablemente sería lo mejor: actuar como si lo que compartimos anoche hubiera sido una especie de sueño extraño y jodidamente increíble. Reconocerlo a la mañana siguiente solo traería problemas, sobre todo porque Gage estaba presente.

Un Gage cascarrabias y malhumorado. Actúa como un oso al que te arrepentirías de haber molestado demasiado.

—¿Necesitas café o qué? Te he dicho que hay una cafetera recién hecha en la cocina —le digo, incapaz de aguantar su mal humor ni un segundo más.

—Bah. —Gage agita una mano—. Ya he tomado tu café antes. Es una mierda.

No me molesto en recordarle que todas las mañanas hago que el ama de llaves prepare café recién hecho. Una de las muchas ventajas de tener dinero a espuestas. Gage sigue pensando que somos compañeros de universidad, cuando yo hacía un café que sabía a petróleo.

—Da igual. Tú te lo pierdes. —Miro hacia la puerta y me endezco cuando se abre, dejando ver a Ivy, que se detiene en el escalón más alto.

Está fresca como una rosa, con el pelo aún húmedo de la ducha y recogido en una coleta, mostrando su bonita cara. Le brillan los ojos, tiene las mejillas sonrojadas y, cuando nos ve a los dos delante de mi Mercedes, se le dibuja una sonrisa en esos labios sensuales. Labios que saboreé anoche una y otra vez.

Labios que me gustaría ver alrededor de mi...

Frunzo el ceño. Maldita sea, tengo que dejar de pensar así en ella.

Su sonrisa se desvanece tan rápido como apareció. Como si se hubiera sorprendido a sí misma haciéndolo y se hubiera dado cuenta de su error. O se hubiera dado cuenta de que yo fruncía el ceño.

«Maldita sea».

—Por fin —grita Gage—. Pongámonos en marcha antes de que dejen de servir el *brunch*.

—Lo sirven hasta las dos —murmuro, deseando como loco que Gage no estuviera con nosotros. Por supuesto, si él no estuviera, tampoco iríamos al Secreto, y me hace ilusión enseñarle mi bebé a Ivy.

—Había olvidado lo cascarrabias que eres por las mañanas hasta que tienes algo de comida en el estómago. —Se acerca a nosotros, sus ojos se suavizan cuando se posan en mí—. Siento haberos hecho esperar.

—Llegas justo a tiempo —le aseguro, porque en este preciso momento realmente no puede hacer nada mal.

—Me pido ir delante —dice Gage mientras se acerca a la manilla de la puerta del copiloto.

Golpeo la puerta con la mano, impidiendo que la abra.

—¿Tienes tanta hambre que has perdido la cabeza? Deja que tu hermana se siente delante.

—¿Por qué? —Gage parece perplejo. Y despistado.

Debería estar agradecido por su despiste. Si estuviera un poco más fino esta mañana, podría darse cuenta de lo raros que estamos Ivy y yo.

—Deja de comportarte como un niño y siéntate detrás. —Hago un gesto con el pulgar hacia la parte trasera del coche.

—Puedo sentarme atrás... —empieza Ivy, pero sacudo la cabeza, cortándola.

—Siéntate delante. —Lo digo como una orden, lo que hace que se levanten sus cejas perfectamente arqueadas, y rodeo la parte delantera del coche sin decir otra palabra, deslizándome tras el volante y arrancando el motor.

No quiero ser tan autoritario, pero Gage me está poniendo de los nervios.

Ella se sienta en el asiento del copiloto, a mi lado; su habitual aroma floral no es tan intenso. Solo puedo suponer que se debe a que no ha usado sus propios productos: champú, gel de baño, perfume... Ojalá supiera exactamente qué la hace oler tan bien. Quizá sea una mezcla de todo, además de su propio aroma.

—Hace una mañana preciosa —dice Ivy, con la cabeza vuelta y la nariz prácticamente pegada al cristal de la ventanilla—. No podría terminar ningún encargo si tuviera este tipo de vistas distrayéndome a diario.

Salgo del camino de entrada, observando el entorno, ignorando el bufido que sale del asiento trasero. Pensaba que me había convertido en un adolescente cuando estaba cerca de Ivy; Gage es diez veces peor, cambiando al modo hermano mayor imbécil a los pocos segundos de que Ivy haga acto de presencia.

—Después de vivir aquí tantos años, ya ni siquiera lo noto —digo, girando a la izquierda y dirigiéndome hacia el Secreto. El complejo no está lejos de mi casa, así que el trayecto es fácil. Y precioso.

Realmente es precioso, no me había fijado mucho en él. Demasiado distraído con el trabajo, demasiado distraído con la oportunidad de negocio que surgió de repente. Por suerte, es una oportunidad que me mantendrá en el valle de Napa, pero sé que a mi padre le preocupa que pueda ser un error trabajar en un nuevo proyecto tan cerca del ya exitoso complejo turístico Secreto. Para qué jugar con algo que funciona, es básicamente lo que me dijo.

No es la primera vez en nuestra vida que estoy completamente en desacuerdo con él. Sé lo que hago. Sí, hice el gilipollas en la universidad y no saqué las mejores notas, ¿y qué? Puede que pasara más tiempo persiguiendo mujeres y yendo a fiestas que estudiando y asistiendo a clase, pero ¿sabes qué? Me eduqué en el mundo real. Crecer en los hoteles Bancroft me dio la experiencia práctica y la visión necesarias para llevar la empresa al siguiente nivel.

Lástima que mi padre no se dé cuenta.

—¿Echas de menos la ciudad? —pregunta Ivy, sacándome de mis pensamientos.

La miro y veo que está estudiándose.

—A veces. No está lejos, pero últimamente no he tenido mucho tiempo para acercarme. No es que quiera visitar a mis padres... Pero me gusta el

ritmo de aquí. Es un poco más lento. Más reflexivo.

—¿Intentas decir que eres reflexivo? —grita Gage desde el asiento trasero—. Anda ya.

Aprieto los labios para no llamar capullo insensible a Gage.

—Ignóralo —susurra Ivy, acercándose para acariciarme el muslo—. Solo está celoso.

—Sí, claro —se ríe Gage, pero yo no respondo.

Estoy demasiado atónito con el hecho de que me ha tocado el muslo y, de repente, me he empalmado. Y todo por un ligero roce de sus dedos en mi pierna.

Esto es... malo. Si apenas puedo soportar que me toque en la pierna durante un breve segundo, entonces es que necesito sacarla pronto de mi vida.

O atraerla tan profundamente que no haya forma de que quiera volver a separarse de mí.

«Sigue soñando, capullo».

Es curioso que la voz molesta dentro de mi cabeza suene igual que la de Gage.

7

Ivy

El complejo es precioso. No se parece a nada que yo haya visto, y he estado en más de unos cuantos *spas* y complejos exclusivos en mi vida. A mi madre le encanta mimarse en ellos y me ha llevado a muchos viajes «solo para chicas» en los últimos años. A ella le encanta el *detox*.

Pero el Secreto Resort es más que un simple *spa*. Y definitivamente también es más que un hotel. Por lo que he podido ver en el recorrido que nos ha hecho Archer por los exuberantes terrenos, se trata de promover un estilo de vida.

Lujo. Hedonismo. Sexo. Ese es el mensaje que me envía el Secreto, aunque en un envoltorio sofisticado y discreto. Desde que nos sentamos en el pequeño restaurante del local, me he dado cuenta de que estamos rodeados de parejas. Jóvenes, mayores, de mediana edad, todas están tan compenetradas, tan concentradas y aparentemente felices que no puedo evitar admirarlas a todas y cada una de ellas.

Y también sentir un poco de envidia.

Estoy sentada con dos hombres, la única rareza de todo el restaurante. Uno de ellos es el imbécil de mi hermano, que no para de dar la lata a Archer mientras se llena la boca. No tengo ni idea de qué le pasa a Gage, pero no es un espectáculo agradable.

Luego está Archer, que ha estado callado desde que hemos llegado. Parece casi... nervioso, y nunca he visto a Archer nervioso. Por supuesto, tampoco había visto nunca a Archer desnudo, pero creo que anoche puse remedio a eso, ¿verdad?

Siento que estoy viendo todas las piezas que lo componen. Es bastante fascinante, aunque me digo a mí misma que no debería estar fascinada. Lo que ocurrió entre nosotros fue un error. No sé exactamente por qué no puedo recordar eso.

¿Tal vez problemas hormonales? Sí, debe de ser.

Después de desayunar, nos lleva a hacer una visita guiada, mostrándonos los magníficos terrenos ajardinados con lo que parecen kilómetros de

exuberante hierba verde repartida por las instalaciones. Las ondulantes colinas que rodean el hotel están salpicadas de hileras de viñedos, y mis ojos no dejan de fijarse en su belleza sencilla y eficaz. El día es fresco y claro, el cielo es de un azul sorprendente, el sol calienta mi piel y miro a mi alrededor con total asombro, abrumada por toda la belleza natural que me rodea.

—¿Te gusta? —pregunta Archer; suena ansioso.

—Sí. —Le sonrío, incapaz de contenerme. No quiero darle ideas equivocadas, pero, vaya, estoy alucinada con su complejo—. La ubicación es una fantasía.

—Mi padre compró la propiedad hace años, antes incluso de que yo naciera —explica Archer, su mirada se dirige a los viñedos, igual que la mía—. El antiguo Hotel Bancroft de Napa, que no está muy lejos, se convirtió poco a poco en un completo perdedor, una sangría financiera. No conseguía dar beneficios, no estaba en una ubicación ideal.

—Me sorprende —digo, interrumpiéndole. Se vuelve para mirarme, con las cejas levantadas, y yo me encojo de hombros—. La belleza del emplazamiento por sí sola es increíble. Y aún no nos has llevado al interior de ninguno de los edificios, aparte del restaurante. Seguro que me quedaré aún más impresionada.

Gage se aleja, aparentemente aburrido con la conversación, pero estoy segura de que ya lo ha oído todo antes. Es curioso que Archer y yo nunca hayamos pasado un rato a solas como este. Hasta ahora.

—Bueno, hice tirar el edificio original del hotel cuando mi padre me envió aquí. Empecé de cero. Y cuando digo que no era una ubicación ideal, es porque se construyeron muchos otros hoteles en otra zona mucho más poblada. Esto se consideraba apartado. —Mete las manos en los bolsillos delanteros de los vaqueros; está tan guapo mientras la brisa le despeina el pelo oscuro que me dan ganas de abalanzarme sobre él, agarrarlo y no soltarlo nunca.

En cambio, consigo controlarme.

—Has hecho un trabajo increíble —digo suavemente—. Debes estar orgulloso.

—Sí, lo estoy. —Sonríe, con ojos cálidos—. No fue fácil. Mi padre me envió aquí para que fracasara.

Frunzo el ceño.

—¿Sí?

—Por supuesto que sí. No tenía fe en mí. Yo era un desastre monumental, lo admito. No quería trabajar, al menos no directamente para él. Así que dijo que, como yo creía saberlo todo, me daría esto. —La sonrisa de Archer se volvió triste—. Se lo demostré, ¿no?

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —Sabía que la relación con su padre no era la mejor, pero ¿enviar a su hijo a fracasar a propósito con una mala ubicación? Es terrible.

—Hace más de tres años. La construcción duró entre diez meses y un año y abrimos cuando solo estaban terminados unos pocos edificios, ampliando a medida que se terminaba cada uno. El Secreto hizo ganar mucho dinero a Bancroft en los seis primeros meses en los que estuvo abierto. —Observa los viñedos cercanos con expresión seria, no la del Archer sonriente y encantador de siempre.

Mi corazón me duele al verle, aunque yo intente evitarlo.

Me impresiona su historia de éxito. Recuerdo cómo era todo cuando éramos más jóvenes. Su padre siempre decepcionado con él. Su madre nunca estaba, o estaba borracha y llorando por la forma en la que la trataba su marido. No me extraña que Archer pasara todo el tiempo en nuestra casa cuando Gage y él se hicieron tan buenos amigos. Mis padres no eran perfectos, pero al menos se llevaban bien casi siempre y tenían una relación relativamente normal.

Nada de gritos de borrachos ni frío descuido.

—Qué gran historia —digo, haciendo una mueca de dolor en el momento en el que las palabras salen de mis labios. Un comentario tonto para un logro realmente asombroso.

—Sí, bueno, díselo a mi padre. —Su voz está tensa, al igual que su mandíbula.

Odio que se sienta así. Debería estar orgulloso de lo que ha hecho en tan poco tiempo, en lugar de obsesionarse con el trato deplorable que su padre le ha dado a lo largo de los años.

—¿Este hotel forma parte de la cadena Bancroft o es independiente? —No sé muy bien por qué le pregunto eso, pero quiero saberlo.

—Es todo mío. Me lo ha cedido. —Se vuelve para mirarme—. Ya te dije que pensaba que fracasaría. No tuvo ningún problema en dármelo pensando que yo haría el ridículo.

El dolor en su voz es innegable.

—Desde luego, has demostrado que se equivocaba —le digo suavemente.

—Claro que sí. —Su mirada, oscura y misteriosa, se cruza con la mía, su boca seria.

Se me acelera el corazón y doy un paso hacia él. De algún modo, deseo reconfortarlo, darle consuelo, algo. Cualquier cosa. Está sufriendo y eso hace que yo también sufra por él.

—¿Qué te hizo decidirte a crear un complejo como el Secreto? —Estoy desesperada por cambiar de tema. Lo último de lo que quiere hablar es de sus padres.

—Sabía que daría beneficios. —Hace un gesto con la mano—. ¿Sabes a cuánta gente he oído quejarse de que su vida sexual estaba muerta después de llevar demasiado tiempo en una relación? ¿Que no pasaban suficiente tiempo con su pareja y estaban desesperados por estar juntos? Me di cuenta de que era un mercado sin explotar, así que creé el Secreto y alimenté esa necesidad. El nuevo local lleva el concepto un paso más allá.

—Entonces, se trata de una decisión empresarial. No porque quisieras ayudar a la gente. —La decepción me invade e intento apartarla. Pues claro. Siempre es una decisión empresarial. Mi hermano piensa lo mismo. Mi padre también.

Esperaba que Archer fuera diferente. Está claro que no.

—No busco ayudar a nadie. No soy el salvador de nadie. —Inclina la cabeza hacia mí—. Tú mejor que nadie deberías saberlo.

Lo sé bastante bien.

—Me hace gracia que el hombre que es la personificación del anticompromiso cree un refugio seguro para las parejas que buscan animar su vida sexual. —Sacudo la cabeza—. Tienes que ver la ironía.

—Sí, la veo. Créeme. —Sonríe y la visión de ese hoyuelo que adoro me desconcierta momentáneamente.

—Deberías enseñarle a Ivy algunas de las habitaciones —sugiere Gage acercándose a nosotros y rompiendo el silencioso hechizo que se había instalado entre ambos.

Me alejo de él, sonriendo débilmente a mi hermano, aunque en realidad estoy molesta. Debería alegrarme de que haya hablado antes de que yo hiciera alguna tontería. Como tocar a Archer. Delatar que puede que yo... sienta algo por él.

Definitivamente, no siento nada por él más allá del cariño por un hombre al que conozco desde hace lo que parece una eternidad.

«Ja. Y de un deseo de su cuerpo».

—Me encantaría ver las habitaciones —digo, intentando apartar los pensamientos confusos de mi cerebro.

—Sí, Arch. Enséñaselo todo. Explícale el concepto del complejo para que lo entienda mejor. —Gage sonrío satisfecho.

La expresión que cruza el rostro de Archer es claramente incómoda.

—¿Quieres verlas, Ivy? —pregunta rígido, mirando a Gage antes de volver a mí.

—Por supuesto. —Me sorprende que lo pregunte.

No entiendo su malestar. ¿Todo este escenario es un engaño? ¿Esconde algún tipo de guarida sexual secreta en uno de los edificios? Dios mío, sé que la reputación de Archer le precede, pero anoche estuvo bastante vainilla cuando tuvimos sexo. Nada demasiado escandaloso.

Aunque sin duda fue la vainilla más sabrosa que he probado nunca.

Archer nos conduce por un serpenteante sendero de grava hasta una hilera de casitas independientes de una habitación. Todas tienen un pintoresco porche delantero con un par de grandes sillas de aspecto confortable a cada lado de la entrada principal. Él se acerca a la más grande y yo le sigo inmediatamente detrás y me detengo mientras abre la puerta.

Inhalo lo más discretamente posible, respiro su aroma y cierro los ojos un instante. Huele... increíble, fresco, limpio y delicioso. Me balanceo hacia él, temiendo caerme encima, y él se vuelve y me mira atentamente, con las cejas fruncidas, mientras yo me enderezo.

—Las damas primero. —Señala hacia la puerta y yo sigo su brazo, dándome cuenta un poco tarde de que la puerta está abierta y él está esperando a que entre.

Estaba tan absorta en mi olisqueo obsesivo que no me he dado cuenta de que había abierto la maldita puerta.

Con las mejillas sonrojadas, entro y echo un vistazo al espacio, que me encanta al instante. Tiene un aire contemporáneo, con suelos de madera oscura, una chimenea gigante que domina la sala y muebles elegantes. Doy vueltas despacio, absorbiéndolo todo. Echo un vistazo a la cama gigante del dormitorio, a la terraza de la parte trasera de la casa con una vista preciosa y...

—¿Eso es una bañera? —Señalo hacia ella torpemente, sintiéndome como una niña pequeña.

—Sí, lo es. —Parece divertido y se dirige hacia la puerta francesa que da a la terraza.

Le sigo, curiosa por comprobarlo, y miro por encima del hombro para ver que Gage no nos sigue.

De hecho, no está ni siquiera en la habitación.

Frunzo el ceño y me doy la vuelta, y entonces veo a Archer estudiándome detenidamente, con la mano en el pomo de la puerta.

—Tu hermano está al teléfono. Se ha quedado fuera.

—Ah. —Trago saliva y asiento una vez. ¿Es lo único que puedo decir cuando hace ese tipo de afirmaciones? Las que me preocupan y me hacen darme cuenta de que puedo fingir que no lo deseo, pero todo es mentira.

Aún lo deseo. Más ahora que lo he tenido.

—Bueno, vayamos a ver las vistas —le digo, esperando que no se dé cuenta de mi voz vacilante.

Estar a solas con Archer, aunque solo sea unos minutos, va a poner a prueba mi paciencia.

Archer

Ivy me mira como si quisiera comerme con una cuchara y follarme; yo le devuelvo la sensación un millón de veces. Pero Gage está fuera y quién sabe cuánto tardará con su llamada.

No puedo arriesgarme.

Tengo tantas ganas de arriesgarme que literalmente me pican las manos por tocarla.

Estar cerca de ella me excita, no se puede negar. Su olor, su sonrisa, la forma en la que me ha mirado cuando le he explicado los inicios del Secreto. He visto un atisbo de compasión en sus ojos. Sabe lo gilipollas que es mi padre.

Lo último que quiero de ella es compasión. No soy un caso de beneficencia.

Sale a la terraza privada y yo la sigo, admirando la curva de su culo, el pequeño jadeo de placer que suelta cuando vislumbra las ondulantes colinas cubiertas de lo que parecen interminables hileras de viñedos.

—Qué bonito —murmura, y yo estoy totalmente de acuerdo. Ella es preciosa.

—¿Te gusta la vista? —Porque a mí sí que me gusta.

Me acerco un paso, notando que soy más alto que ella. Tiene el pelo casi seco, las puntas onduladas, y quiero cogerle la coleta. Tirar de su cabeza hacia atrás y besarla hasta que los dos hasta que nos volvamos locos de lujuria.

—Es impresionante. —Me mira por encima del hombro, pero la sonrisa de su cara se desvanece lentamente—. Me miras de un modo extraño.

El susurro sexi de su voz no concuerda con lo que está diciendo.

—¿Cómo te estoy mirando?

—Como... Como si quisieras algo de mí. —Se vuelve para mirarme, pero retrocede unos pasos, hasta apoyarse en la barandilla de la terraza.

Tiene los ojos color avellana muy abiertos y las mejillas sonrojadas. Unos mechones de pelo se le han escapado de la coleta y le rozan la cara. Me acerco a ella despacio, sin querer asustarla. No quiero estropearlo.

—No quiero nada de ti que tú no quieras darme —murmuro, y noto el rápido latido de su pulso en la base de la garganta.

—Archer. —Su voz es una advertencia, con una leve vacilación. Esa vacilación me da esperanza—. Mi hermano está justo en la puerta principal. ¿Y si nos descubre?

—No estamos haciendo nada que tengamos que ocultar. —Estoy justo delante de ella, muy cerca, y apoyo las manos en la barandilla a ambos lados de su cuerpo, atrapándola.

—Aún —susurra, y esa sola palabra me da tanta maldita esperanza que hago lo que me moría por hacer desde que la he visto en el pasillo de mi casa.

Inclino la cabeza, le acaricio el pelo con la mejilla, respiro su aroma y cierro los ojos. Siento un cosquilleo en todo el cuerpo al tenerla cerca, al oír su respiración entrecortada, al sentir el ligero temblor que la recorre. Ella no me toca, ni siquiera se mueve, y yo acerco la boca a su oído.

—Solo puedo pensar en lo de anoche.

—Archer. —Suena como si la estuviera torturando.

Bien. El sentimiento es mutuo.

—¿Piensas en ello? Te juro por Dios, Ivy, que lo único que quiero es arrastrarte a ese dormitorio ahora mismo y follarte hasta que no puedas más.

—Mi control está a punto de desaparecer. Y nunca dejo que eso pase. Pero esta mujer me pone a prueba, hace todo lo que puede para desarmarme con solo una mirada. Una sonrisa. Me asombra el poder que ejerce sobre mí.

Tampoco ella tiene ni idea de su poder.

—No deberías hablarme así. Lo de anoche fue un... error. —Me pone la mano en el pecho como si fuera a apartarme, pero sus dedos se enredan muy ligeramente en mi camisa. Me acercó un poco más a ella.

El triunfo me invade. Ella tampoco puede resistir esta atracción entre nosotros.

—¿De verdad lo crees?

—No, lo sé. —Me empuja el pecho para que no tenga más remedio que mirarla. Sin embargo, no es lo bastante fuerte como para hacerme retroceder. De ninguna manera voy a apartarme de ella todavía—. No podemos seguir con esto.

—Tú lo deseas. —Es una afirmación, no una pregunta.

—No, no lo deseo. —Pero asiente mientras me inclino hacia ella, y cuando rozo mi boca con la suya, la estremecedora exhalación que expulsa contra mis labios me revuelve las entrañas—. Archer...

Me encanta oírle decir mi nombre, aunque sea en señal de protesta. Porque en realidad no protesta. Lo desea tanto como yo.

—Solo un beso —murmuro contra sus labios, sacando la lengua para lamerla.

El suave gemido que se le escapa es mi respuesta, y poso mi boca completamente sobre la suya; nuestras lenguas se encuentran, giran, se saborean. Apoyo la mano en su cadera, acercándome a ella, deseando sentirla.

La brisa nos acaricia, un escalofrío la recorre y deslizo los brazos por completo alrededor de su cintura, acercando la parte inferior de su cuerpo a la mía. A la mierda Gage. A la mierda todo lo demás. Quiero arrastrarla hasta ese dormitorio, cerrar la puerta de un portazo y mantenerla en la cama inmovilizada debajo de mí durante las próximas veinticuatro horas.

No sería suficiente. Pero cuando se trata de Ivy, aceptaré lo que sea.

Un zumbido resuena en mi cabeza mientras continúo besándola, perdiéndome en ella. Deslizo las manos por su culo, gimiendo cuando ella se frota sutilmente contra mí. El zumbido se hace más fuerte, más insistente, y paro de besarla, mirándola fijamente, con la respiración entrecortada.

—¿Qué es eso?

Me mira parpadeando, con el mismo aspecto de desconsuelo que yo.

—Creo que es tu teléfono.

Mierda. Tiene razón. Lo siento vibrar en el bolsillo de mis vaqueros. Al sacarlo, veo que es un mensaje de texto de Gage.

Tengo que volver a casa. Te veo en el coche.

—Es tu hermano. —Maldita sea, no estoy dispuesto a enviarla de vuelta a la ciudad con Gage. Quiero tenerla aquí conmigo.

Como si ella fuera a aceptarlo. Tiene una vida. Una carrera relativamente nueva, amigos... Probablemente tenga poco tiempo libre, sobre todo para mí.

Soy un iluso si creo que puedo hacer que algo entre nosotros funcione. No es que quiera algo real o duradero. Una aventura. Eso es todo lo que quiero. Y luego hay que tener en cuenta la apuesta.

«¿De verdad vas a dejar que una apuesta guíe tu decisión?».

Ignoro la vocecita de mierda de mi cabeza.

—¿Qué dice? —Se lame los labios como si quisiera probarme por última vez, y mi polla se retuerce mientras me alejo de ella a regañadientes.

—Está listo para irse.

—Probablemente sea lo mejor. —Se aparta de la barandilla y mira a su izquierda, hacia la bañera que hay fuera, cerca de la terraza—. No has llegado a explicarme por qué la bañera está fuera.

—Está construida para dos. Las terrazas son todas privadas; ninguno de los huéspedes puede verse. —Sonrío, imaginándonos a los dos en aquella bañera, nuestra piel desnuda resbaladiza y enjabonada, Ivy sentada en mi regazo, sus largas piernas alrededor de mi cintura—. Es uno de nuestros servicios más populares.

—Estoy segura. —El sarcasmo es fuerte y me alejo otro paso de ella, sorprendido—. Archer, lo que pasó entre nosotros anoche...

—Fue un error. Estoy totalmente de acuerdo —termino por ella; necesito ser el primero en decirlo.

Lo raro, sin embargo, es la cara que pone cuando lo digo. Como si la hubiera abofeteado cuando menos se lo esperaba.

—Un error —dice lentamente mientras asiente—. ¿Eso es lo que crees?

—Totalmente. O sea, nunca podríamos funcionar. No me van las relaciones, ya lo sabes. —Sueno mucho más seguro de mí mismo de lo que me siento. Quizá sea porque siempre digo ese tipo de cosas a las mujeres, o en realidad más bien a mí mismo. Nunca he tenido una relación. Sé que fracasaría. Estoy seguro de que a Ivy la decepcionaría.

¿Pero en secreto? Ojalá me diera —nos diera— una oportunidad.

—Y así es.

—Desde luego que sí —acepto demasiado deprisa.

—Y tú eres otro Humpty Dumpty —dice suspirando.

—¿Qué? —Vale, eso no tiene ningún maldito sentido. ¿Por qué me llama Humpty Dumpty?

—El tipo de hombre que está roto y no puede recomponerse. —Me sonrío, pero es una sonrisa triste y al verla me siento como un completo imbécil—. Mi tipo de hombre. Y creo que tú encabezas mi lista.

—¿Que estoy en tu lista? —Nunca creí que Ivy estuviera colgada por mí. No más allá de «cómo-nos-odiamos-el-uno-al-otro-quizá-deberíamos-arrancarnos-la-ropa-los-dos» que venimos sufriendo desde hace años. Aunque siempre pensé que eso era más bien unilateral por mi parte.

—No me había dado cuenta hasta ahora. Tienes mucha razón. Nunca podríamos funcionar. Soy demasiado buena. Y tú eres demasiado... tú. —Suelta esa bomba como si tuviera todo el sentido del mundo.

—¿Qué se supone que significa eso? —Me froto la palma de la mano contra el pecho, irritado conmigo mismo. Estoy actuando como un resentido por una mujer. Esto es una locura.

—¿De verdad tengo que darte explicaciones, Archer? —No me deja responder—. Vamos con Gage. Necesito salir de aquí.

Sin decir palabra, la sigo, intentando ignorar la decepción que se instala sobre mí como una pesada manta húmeda.

Pero no puedo. Su rechazo, sus palabras duelen mucho más de lo que me gustaría admitir. Y he sido yo quien la ha rechazado primero.

Vamos en silencio de regreso al coche, Gage espera junto a él con los brazos cruzados, dando golpecitos con el pie impacientemente. Subimos todos, Ivy esta vez en el asiento de atrás, y el ambiente es sombrío mientras hago el rápido trayecto de vuelta a casa.

En cuanto aparco, ambos saltan del coche como si estuvieran impacientes por alejarse de mí, y yo me bajo y los sigo de cerca.

—Siento ser tan brusco, tío —se disculpa Gage mientras se saca las llaves del bolsillo y pulsa el mando a distancia que abre el coche—. Tengo un cliente que quiere quedar para cenar. Es dueño de una propiedad de la que estoy detrás desde hace meses y creo que por fin va a ceder.

—Entiendo. Llámame cuando cierres el trato.

—Prepárate entonces para una llamada a última hora de esta noche. —
Gage me sonríe y yo me río entre dientes.

Lo entiendo. Soy un hombre de negocios. Cuando se presenta una oportunidad, hay que ir a por ella, y eso es exactamente lo que está haciendo Gage.

Más o menos lo que yo he hecho con Ivy.

Adelantándome a ella, me acerco al Maserati de Gage y le abro la puerta del copiloto, observando cómo se desliza en el asiento. Levanta la mirada, sus ojos insondables me estudian.

—Gracias, Archer —murmura. Luego añade significativamente—: Por todo.

—De nada —digo automáticamente, aunque no sé muy bien a qué nos referimos.

Pone los ojos en blanco, resopla y cierra la puerta de un tirón, cortándome en seco

Dejándome fuera.

Y mientras veo alejarse el coche a toda velocidad, siento que mi corazón se marcha con él, para siempre en posesión de Ivy.

Una puta locura, pero cierto.

8

Ivy

Una semana después

—Así que tuviste sexo con él.

Asiento tristemente, intentando ignorar la felicidad en la voz de mi amiga Wendy. Le está gustando mucho mi historia, quizá demasiado.

—Sí.

—Y fue horrible. Terrible. Fue egoísta y no se molestó en que llegaras al orgasmo.

—Wendy —susurro con dureza, echando un vistazo al restaurante, a la gente que está sentada cerca. Nadie nos presta atención—. ¿Y si alguien te ha oído?

—Nadie me ha oído. Y deja de intentar cambiar de tema. Dame todos los detalles sucios. —Wendy da un sorbo a su vaso de agua, con las cejas levantadas, expectante.

Suspiro, completamente desconcertada y avergonzada de que quiera oírlo todo, pero también perfectamente dispuesta a revelarlo todo. No he tenido a nadie con quien hablar de mi encuentro con Archer y llevo una semana entera guardándomelo dentro.

Entonces veo a Wendy esperándome en nuestro restaurante habitual para nuestra cita del sábado para comer, e inmediatamente se me saltan las lágrimas como a un bebé cuando me pregunta cómo me va.

Llegué a mi límite.

Eché un vistazo a mi rostro bañado en lágrimas, a mis ojos llorosos, y me exigí que le dijera qué demonios me pasaba. Después de confesar toda la historia de mi encuentro con Archer en veinte minutos, me contempla con un brillo en los ojos, como si me viera bajo una nueva luz. Probablemente esté impresionada... —o en estado de *shock*—. Normalmente no hago este tipo de cosas. Wendy es la aventurera con los hombres. Yo soy la aburrida que tiende a elegir mal y a quedarse demasiado tiempo.

Definitivamente, no me gustan los rollos de una noche con hombres muy sexis que saben cómo tocarme para hacerme estallar como un cohete.

Ningún hombre ha sido capaz de hacerme estallar como un cohete. Jamás.

Hasta ahora. Hasta Archer.

—No fue un egoísta —respondo delicadamente, apretando los labios para no decir lo que realmente quiero decir.

«Es increíble. Está buenísimo. El que mejor besa. Oh, y sus manos...».

Una lenta sonrisa curva la boca de Wendy.

—Lo que significa que estuvo bien.

Mejor que bien.

—Sabía lo que hacía.

—Deja de ser tan imprecisa. —Wendy parece irritada.

No la culpo. Estoy siendo imprecisa a propósito.

—No voy a darte más detalles que esos. Lo siento —digo alegremente, bebiendo de mi vaso de agua—. No soy de las que habla de su vida privada.

—¿Desde cuándo? Hemos hablado de muchos hombres; ahora quiero detalles de alguien que era realmente decente en la cama y tú no dices ni mu. —Los ojos de Wendy se entrecierran mientras me contempla—. ¿Qué pasa?

Me remuevo en el asiento. No quiero admitir que mi noche con Archer fue... especial. Probablemente se burlará de mí. Debería reírse de mí. Me lo merezco. Estoy pensando como una idiota.

—No quiero revivir lo que pasó entre Archer y yo. Es demasiado extraño. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo.

Esperaba que me llamara, pero no lo ha hecho. Acordamos que fue un error lo que pasó. Me alejé de él. El tema estaba cerrado, tanto en mi mente como en la suya.

Pero me he mentido a mí misma. Desde que volví de Napa, él invade constantemente mis pensamientos. Hago todo lo posible por concentrarme. Me vuelco en el trabajo, lo cual es fácil teniendo en cuenta lo ocupados que estamos. Sharon Paxton es una de las diseñadoras de interiores más codiciadas de la ciudad y su clientela la mantiene —y me mantiene— ocupada. Aprender de ella, trabajar con ella, es un privilegio que me tomo muy en serio.

Sin embargo, he perdido la concentración más de una vez desde el incidente con Archer. Olvidé una cita con un cliente muy importante. Llevé las muestras de tela equivocadas a otra. He estado tan mal que Sharon se sentó conmigo ayer por la tarde y me preguntó qué me pasaba. Inventé una

especie de excusa, prometí que lo haría mejor y escapé de su mirada de halcón antes de que hiciera más preguntas.

Esto es lo que Archer me ha hecho. Me ha convertido en una empleada terrible. No puedo dormir. Me siento en el sofá por la noche y veo *reality shows* malísimos, mientras miro fijamente el móvil, deseando que me llame, que me envíe un mensaje, algo.

Sí, me he convertido en una de esas chicas. Que Dios me ayude.

Nuestro camarero aparece como por arte de magia con nuestro almuerzo, poniendo delante de nosotras las ensaladas que hemos pedido antes de marcharse, dejándome sola una vez más con mi entrometida y demasiado perspicaz amiga.

—Te gusta —dice, clavando con ganas el tenedor en la ensalada. Como si estuviera matando la lechuga.

—Para nada —respondo demasiado deprisa. Soy una mentirosa—. Me saca de quicio. Siempre lo ha hecho.

—Porque te gusta. Solo que aún no te habías dado cuenta. Ahora te das cuenta. Los dos tenéis sexo y es como rosas y velas y tú quieres más —dice Wendy, llena de lógica.

Definitivamente, el sexo entre nosotros no fue de rosas y velas. No puedo describir cómo fue, pero no fue suave y dulce como estaba acostumbrada. Fue duro y rápido e inmensamente satisfactorio.

—No, no fue exactamente así.

—Pero estuvo bien.

—Fue increíble —admito en voz baja, ganándome una gran sonrisa de Wendy.

—Lo sabía. —Ella mastica alegremente su ensalada mientras yo me siento a mirarla, mi apetito se ha esfumado hace un rato—. Llámale. Dile que quieres volver a hacerlo.

—Ni hablar. —Sacudo la cabeza, celosa del abundante apetito de Wendy. Apenas he comido desde mi noche con Archer. Solo puedo pensar en él y es tan absurdo que no sé por qué actúo así—. No quiero volver a hacerlo.

—Mentirosa.

—Vale, tus respuestas petulantes y cortas empiezan a molestarme —digo, cogiendo el tenedor y apuñalando la lechuga, igual que he visto hacer a Wendy hace un momento. Maldita sea, voy a comer aunque eso me mate—. Y no ayudan en absoluto a mi situación.

—Bueno, ¿qué vas a hacer entonces? Archer Bancroft y tú tenéis un pasado. Una historia. Hay tensión y al final acabó en que los dos tuvisteis sexo ardiente, increíble y escandaloso.

No respondo. No voy a darle la satisfacción de reconocerlo.

—Ahora estás abatida y triste. Deseando poder verle. Pues ve a verle. Llámale. Salúdale con un: «Hola, tío sexi, hagámoslo otra vez». A ver qué dice. —Wendy sonrío—. Seguro que acepta tu oferta.

Pero ¿y si no lo hiciera?

—Nunca le llamaría para decirle algo así.

—Quizá ese sea la mitad de tu problema.

La fulmino con la mirada y se echa a reír.

—No tiene gracia —insisto.

—Creo que te gusta más de lo que quieres admitir, y no sabes cómo enfrentarte a ello. Intento decirte cómo hacerlo. —Wendy me ofrece una sonrisa comprensiva—. Quizá necesites confesar tus sentimientos. ¿Por qué actúas así? ¿Es porque estás decepcionada contigo misma por haber hecho una locura?

—En parte. —Me encojo de hombros—. No sé por qué actúo así. Por qué me tiene hecha un lío.

—Ya te he dicho por qué —dice Wendy con suavidad—. No hay nada malo en que te pongas en contacto con él. Seguro que estás esperando a que te llame porque ese es tu *modus operandi* habitual. Bueno, ¿adivina qué? Tener una aventura de una noche con Archer rompió tu patrón. Llamarle seguirá rompiendo ese patrón. Y no hay nada de malo en hacer las cosas de otra manera.

Suspirando, miro fijamente mi plato aún lleno. Mi apetito se ha evaporado por completo.

—Estaba a punto de decirle que tal vez quería volver a verle, y él llamó error a nuestra única noche juntos. No me desea, no así. —Debería confesar que yo también lo llamé error, pero no puedo. Odio admitir cuánto me dolió que dijera eso. Una cosa es que yo lo piense y otra muy distinta saber que él siente lo mismo.

Pero ¿realmente me siento así?

«¡No!».

—Ay, cariño...

La interrumpo. No quiero compasión. No puedo culpar a nadie más que a mí.

—Sí, puede que haya cambiado mi patrón, pero mira adónde me ha llevado. A la tristeza. Estoy enfadada conmigo misma por tomar una decisión tan estúpida. Él no es para mí. Realmente nunca he pensado que lo fuera. —Sacudo la cabeza—. Necesito concentrarme en mi enfado por esto.

—Sí, eso es —asiente Wendy.

—No sentarme a desear que me llame. —Ups, ojalá no hubiera admitido esa parte.

—Olvídate de él. Que le den —dice Wendy con vehemencia.

—Ya lo he hecho. —Aprieto los labios.

Nos miramos fijamente desde cada lado de la mesa durante unos segundos y al final estallamos en carcajadas.

—Claro que sí —dice Wendy una vez que ha recuperado el control, sacudiendo lentamente la cabeza mientras se le escapa alguna que otra risita.

Sí, claro que sí. Menudo error.

Cuando me doy cuenta, es como una patada en las costillas. Una vez más, lo he hecho. Fui tras un hombre que no tiene intención de hacer lo correcto por mí. Demonios, yo no tengo intención de hacer lo correcto por él. Hacerlo sería una completa estupidez. Ese hombre es un desastre. Es un desastre total y absoluto, y solo puedo culparme a mí misma por haberme relacionado con él.

Casi quiero reírme de mi elección mental de palabras. Relación. Como si lo que compartimos incluyera algún tipo de relación más allá del sexual rápido y sucio.

Archer Bancroft es mi mayor fracaso. Ese Humpty Dumpty de hombre nunca jamás podrá recomponerse. Ni siquiera me molestaré en intentarlo.

Archer

—Hola, ¿qué tal? Hace tiempo que no sé nada de ti.

—He estado ocupado. —Tan ocupado que apenas puedo respirar. No tan ocupado como para no pensar constantemente en cierta persona. De ahí mi motivo para llamar a su hermano: estoy buscando información—. ¿Cerraste el trato del que me hablaste?

—Claro que sí. Compré la propiedad por dos duros. Ya tengo un comprador, y mi parte del trato aún no se ha cerrado. —Gage se ríe,

sonando satisfecho de sí mismo—. Todo ha sido demasiado fácil.

—Ese tipo de cosas suelen ponerme nervioso. —En realidad, las dificultades y los obstáculos me hacen sentir mejor cuando se trata de negocios. También en la vida. Cuando es demasiado fácil, siempre hay una trampa.

Siempre.

—Llevo más de un año negociando con ese tipo. No ha sido un trato fácil. Al final conseguí que cediera. Soy un cabrón persistente cuando tengo que serlo. —Gage se ríe a carcajadas.

Efectivamente. Uno de los muchos rasgos que Gage y yo compartimos.

—Enhorabuena, tío.

—Gracias. —Hace una pausa—. Debe de haber otra razón por la que has llamado. No te va la cháchara.

Resoplo con fuerza, armándome de valor.

—Escucha, necesito el teléfono del trabajo de Ivy —digo lo más despreocupadamente que puedo, echándome hacia atrás en la silla para poder mirar por la ventana.

—¿Por qué? Llámala al móvil. —Gage parece distraído—. ¿O tienes miedo de que no te conteste?

Maldito Gage, es demasiado perspicaz.

—Necesito hablar con ella sobre una propuesta de negocios. —No es mentira. El nuevo complejo se está poniendo en marcha rápidamente y el diseñador de interiores que contraté para transformar el Secreto no está disponible. Necesito a alguien rápido.

Necesito a Ivy.

—¿Hablas en serio? Solo es una asociada júnior, ¿sabes? No tengo ni idea de si está a la altura de lo que puedas necesitar. —Gage murmura algo en voz baja y oigo una risa suave de mujer.

—Qué manera de meterte con tu hermana. —Sacudo la cabeza, molesto con él—. ¿Y dónde demonios estás?

—Trabajo. ¿Dónde demonios estás tú?

No parece que esté trabajando. Y es terriblemente rápido defendiéndose.

—Vamos, dame su número.

—Espera, necesito desplazarme por mis contactos. Dame un minuto.

Golpeando impacientemente con los dedos el borde de mi escritorio, espero. Oigo a Gage decir algo, oigo el tono suave de una mujer que le

responde, y me pregunto con quién estará un lunes por la tarde. No puedo evitar sentirme también un poco celoso.

Los celos son una emoción a la que no estoy acostumbrado y con la que definitivamente no me siento cómodo. No hay necesidad de ponerse celoso si nunca estoy con una mujer más allá de una o dos noches, ¿no? Me muevo por la vida sin enredos, sin relaciones más allá de mis amistades, e incluso así no dejo entrar a muchos en mi círculo íntimo. Diablos, ni siquiera mantengo un contacto regular con mi madre, aunque tampoco es que a ella le importe. Está demasiado ocupada dándole a la botella o peleándose con mi padre. Y con él solo trato porque tengo que hacerlo.

Más de una mujer me ha descrito como un solitario. Bastante acertado. Me rodeo de mucha gente, pero todo es superficial. Me lo paso bien durante unas horas y luego vuelvo a casa solo. Socialmente me he retraído a medida que me consume más el trabajo. Este último proyecto me ha mantenido en constante actividad estas últimas semanas.

Echo de menos a Ivy. Me arrepiento de haber llamado error a lo que pasó entre nosotros. No lo fue. A la mierda la apuesta, olvida a mis amigos, olvídale todo. Quiero verla. Han pasado más de tres semanas. Tres largas semanas sin ver su preciosa cara, esa bonita sonrisa. Diablos, echo de menos oírla enfadada conmigo, insultándome, diciéndome que la deje en paz.

Echo de menos sentir su cuerpo bajo el mío. Cómo me tiraba del pelo con fuerza, las eróticas palabras que jadeaba en mis labios justo antes de que la hiciera correrse.

—Muy bien, ahí lo llevas —dice Gage, interrumpiendo mis pensamientos mientras recita un número.

Lo garabateo en un bloc de notas, con la mente aún nublada por las imágenes de Ivy, y parpadeo con fuerza, desterrándola lo mejor que puedo. Es lo último en lo que necesito pensar mientras hablo con su hermano.

—Gracias —murmuro, dejando caer el bolígrafo sobre el escritorio y pasándome la mano por la cara. Necesito controlarme.

—¿Hablas en serio cuando dices que quieres contratarla?

—Sí. La construcción del nuevo complejo se ha adelantado a lo previsto y estoy avanzando todo lo demás. Nuestra anterior diseñadora está muy liada con otro proyecto, así que no puede incorporarse. He pensado en preguntarle a Ivy si está disponible. —Lo digo de la forma más natural

posible, sin querer que descubra mi otro motivo para ponerme en contacto con ella.

—Sé que a su jefa probablemente le gustaría tener una oportunidad —dice Gage.

Sharon Paxton probablemente lo haría. Pero sé de buena tinta que está más que ocupada con sus propios clientes. Por Dios, si tiene lista de espera. Probablemente esto no sea un buen augurio para conseguir la ayuda de Ivy, pero estoy dispuesto a pagar lo que haga falta para que trabaje conmigo en este proyecto.

Muero por verla. Es la excusa perfecta. Que tenga que utilizar mi negocio como medio para que vuelva a mi vida es probablemente poco ético, pero no me importa. Estoy en un punto en el que haría cualquier cosa por volver a verla.

Demostrarle que tal vez merezca la pena que me recompongan.

—Seguro que sí —le digo—. Pero preferiría tener a Ivy.

Gage se queda callado un momento y por fin pregunta:

—¿Tienes algo con mi hermana?

—En absoluto —digo fácilmente—. Demonios, discutimos la mayor parte del tiempo cuando nos vemos.

—Entonces, ¿por qué quieres trabajar con ella si lo único que hacéis es discutir?

Pregunta válida. Mierda.

—Confío en ella. La conozco desde hace años. Es tu hermana. Hará un buen trabajo y no intentará joderme.

—Ya. —Gage no parece creerme, así que sigo adelante.

—Este proyecto, este lugar, hay que manejarlo con delicadeza. Discretamente. No puedo contratar a cualquier diseñador de la calle. Necesito a alguien en quien pueda confiar para que mantenga la boca cerrada y no filtre lo que he planeado.

—Ni siquiera me has dicho lo que tienes planeado —señala Gage.

—Exacto, y no voy a hacerlo. Por eso creo que Ivy encaja perfectamente.

—Esta parte es cierta. Quiero que trabaje para mí. Confío en que no contará lo que he planeado para este lugar apartado. Un complejo aún más sexi e íntimo que el Secreto, destinado a parejas adineradas que deseen una escapada de lujo con su pareja.

Comidas *gourmet* exclusivas, masajes en pareja, el pequeño hotel será exclusivo para ocho parejas. El lugar será lo último en lujo íntimo y

silencioso.

—Bueno, buena suerte. Llámala. Apuesto a que dirá que no.

—¿Por qué todo gira en torno a una apuesta? —pregunto irritado, no hay necesidad de que me lo recuerde—. ¿Y cómo sabes que dirá que no?

Pero ella no cuenta para la apuesta, ¿verdad? ¿No la descartaron Gage y Matt? Al fin y al cabo, solo es Ivy.

—No le caes especialmente bien, Archer. Ya lo sabes. —Gage hace que suene como si lo supiera todo el mundo—. Además, es posible que su jefa no la deje encargarse del proyecto. Podría subírsele a Ivy a la cabeza.

—La quiero a ella. Solo a ella. —Me aclaro la garganta, dándome cuenta de cómo suena—. Para el proyecto —añado débilmente.

—Buena suerte. Dudo que la consigas, pero suerte.

Las palabras de Gage son justo el desafío que necesito oír.

9

Ivy

—Pipiola, necesito tu ayuda.

Un *shock* helado me recorre las venas al oír la voz familiar, profunda y sexi de Archer. Era la última persona que esperaba que me llamara a la oficina un miércoles a primera hora de la tarde... Pero, a todo esto, ¿cómo ha conseguido mi número del trabajo?

«Obvio, tu hermano».

Maldito Gage.

—No «Hola, Ivy, ¿qué tal?». Y de verdad, de verdad que me gustaría que no me llamaras pipiola. —Intento bromear. O más bien intento averiguar si realmente necesita mi ayuda. Vamos, quiero decir... Como si saber de él de la nada casi un mes después, tras lo que pasó entre nosotros, no fuera gran cosa.

Es algo muy importante.

—Me alegro de saber de ti, Archer. ¿Cuánto ha pasado, un par de días?

—Casi veinticinco días, y que quede, que no llevo la cuenta.

—Muy graciosa, Ivy. No bromeo —gruñe irritado—. Necesito tu ayuda, y la necesité ayer.

—¿Y me llamas a mí? ¿Por qué? ¿En qué puedo ayudarte exactamente?

—Guau, sueño extraordinariamente fría y tranquila, pero en realidad me tiemblan las entrañas.

Y, por alguna loca razón, mis pezones están duros. Todo por su tono ronco y autoritario. Es ridículo, pero, en cuanto oigo su voz, mi cuerpo reacciona. No he podido quitarme esa noche de la cabeza. Las imágenes de un Archer desnudo sobre mí, besándome, clavado profundamente dentro de mí, están grabadas a fuego en mi cerebro.

—Sigues soltera, ¿no? —me pregunta, sacándome de mis pensamientos.

—¿Por qué eso sería de tu incumbencia? —Se me atasca el corazón en la garganta. Como si a él le importara—. ¿Y quién te lo ha dicho? —Bien. Sigo soltera. No he hablado con Marc, el muy imbécil, desde que rompí con

él. Y tampoco he hablado con ningún otro hombre, y mucho menos he tenido una cita desde mi noche con Archer.

¿De algún modo me ha arruinado para siempre? Dios, espero que no. Solo tengo veinticuatro años. No quiero morir como una vieja arrugada que suspira por un hombre que se acostó conmigo una vez y luego se marchó.

—Me lo ha dicho Gage.

Voy a matar a mi hermano.

—¿Por qué te importa si estoy soltera o no?

—Tengo una proposición para ti. —Hace una pausa y el corazón se me cae al estómago de esperanza—. Una proposición de negocios.

Por supuesto. No es que esperara una sexual. Hola, ya he pasado por eso una vez y mira adónde me ha llevado. Un montón de noches solitarias y dolorosas despertándome después de sueños sudorosos y demasiado gráficos en los que él y yo estábamos desnudos.

—¿Qué clase de proposición de negocios podrías tener para mí?

—Nos estamos preparando para abrir un nuevo conjunto de *suites* en el Secreto. Solo hay unas pocas, pero son más grandes, mucho más exclusivas (y caras) y necesito a alguien que diseñe el interior. —Hace una pausa y se me para el corazón—. Te deseo a ti.

Oír su voz familiar y profunda decir que me desea de esa forma tan dominante suya hace que me tiemblen las piernas. Y eso que estoy sentada. Es ridículo.

—A lo mejor estoy ocupada —digo con altanería, lo cual es cierto.

—Vamos, Ivy. No estás demasiado ocupada para mí, ¿a que no? —Me está tomando el pelo, pero hay un tono sexual en su voz. Uno que quiero ignorar.

—En realidad, sí. Tengo muchos proyectos en los que estoy trabajando actualmente para otros clientes. —Sueno como una maestra de primaria, pero, maldita sea, sé que tengo una cita a la que debo acudir pronto.

Realmente no tengo tiempo para escucharle hablar y hablar de lo mucho que me necesita. Para hacerme ilusiones y que luego se derrumben cuando no vuelva a ponerse en contacto conmigo.

Es muy bueno en eso.

—Haré que merezca la pena. —Baja la voz, engañosamente suave, pero llena de un calor humeante y sensual.

Un hormigueo me recorre la piel.

—Seguro que sí —digo sarcásticamente.

Me niego a hacerle saber lo mucho que me sigue afectando, sobre todo después de que me haya ignorado tan cruelmente este último mes.

Nos desnudamos juntos. Tuvimos sexo. Y él actúa como si nunca hubiera ocurrido. Yo también lo hago, porque ¿de qué otra forma debería enfrentarme a ello?

«Ey, ¿qué demonios fue aquella noche? Sentí que la tierra se movía y pensé que tal vez... ¿tú sentías lo mismo?».

No puedo decir eso. Por mucho que lo desee. ¿Y no fue él quien lo calificó de error?

Sí, así que no vas a plantearle nada de eso. Él preferiría olvidarlo. Igual que yo.

«Mentirosa».

Ojalá no hubiera llamado. Solo oír su voz me excita. Archer Bancroft es peligroso para mi bienestar y lo sé. Delicioso. Perverso. Atractivo. Un error. Al menos, es un error para mí.

—Tengo que irme, Archer. —Mantengo mi tono brusco mientras mi mirada se posa en la pantalla de mi ordenador.

Mi lista de tareas pendientes se burla de mí, es muy larga. Y la *app* de mi calendario suena, recordándome que tengo una cita con un cliente dentro de treinta minutos.

Lo que significa que tengo que salir ahora si quiero llegar a tiempo.

—Escucha, estoy en la ciudad y quiero verte —me dice, sorprendiéndome. No esperaba que dijera eso—. Deja que te lleve a cenar esta noche y te lo explico todo. ¿Qué te parece si vamos a Spruce?

Se refiere a un restaurante ultrapopular no muy lejos de mi oficina. Ya he estado allí antes y es increíble. También es increíblemente íntimo: el restaurante perfecto para una cita. Pero no vamos a tener una cita.

Sí, claro.

—Te recogeré en tu oficina, primero podemos tomar unas copas y luego cenar —continúa.

—No —digo con vehemencia, haciéndole callar por completo.

Apostaría un millón de dólares a que no muchas mujeres pronuncian esa palabra en su presencia, pero lo último que quiero es que Archer invada mi espacio de trabajo privado, esparciendo su devastador encanto por todas partes.

No necesito que ese recuerdo perdure mucho tiempo después de que se haya ido. Algunas cosas deben permanecer alejadas del efecto Archer.

—¿Qué te parece si nos vemos en el restaurante?

Se queda callado un momento. Como si no aprobara mi sugerencia. Como si eso me importara.

—De acuerdo —dice finalmente, con palabras entrecortadas.

—¿A las siete es demasiado tarde? —Echo un vistazo a mi calendario, veo que tengo una última reunión con un nuevo cliente a las cinco y media para mirar muestras de papel pintado, pero el restaurante que me ha sugerido no está demasiado lejos. Probablemente podría llegar a tiempo.

—Voy a pasar la noche en la ciudad, así que a las siete es perfecto. — Hace una pausa, el silencio está cargado de una irreconocible... tensión—. Será un placer volver a verte, Ivy.

Sujeto el teléfono con fuerza, cierro los ojos durante un breve instante, y esos recuerdos indeseables me bombardean. La forma en la que me besó, el sabor de sus labios. Cómo me tocaba, sus grandes manos por todas partes, acomodándose entre mis piernas, provocándome mientras murmuraba las palabras más eróticas y sexis que jamás he oído.

Y eso fue solo el momento en la terraza. Y después, cuando acabamos desnudos en una cama. Ni siquiera puedo pensar en eso. No ahora, con su voz aterciopelada y profunda en mi oído.

—A las siete en Spruce —confirmo, abriendo los ojos para mirar sin ver el ordenador—. Nos vemos allí.

Cuelgo antes de que pueda responderme, orgullosa de mí misma. Las mujeres tampoco cuelgan a Archer. Joder, en realidad nadie le cuelga el teléfono. Es una fuerza que hay que tener en cuenta.

Y ahora me llama de la nada afirmando que me necesita, por favor. Seguro que me está tomando el pelo. No tengo ni idea de por qué.

Pero ¿cuándo tienen sentido mis experiencias pasadas con Archer?

Decido que mi cliente puede esperar unos minutos, abro Google y tecleo el nombre de Archer, esperando sin aliento que aparezca una lista de artículos recientes. Hablan del Secreto y de cómo lo convirtió en un gran éxito. Un artículo escrito hace una semana capta mi interés, trata sobre la expansión de la marca Secreto y de cómo está reformando un terreno en Calistoga.

Con el ceño fruncido, hago clic en el enlace y leo los pocos detalles que tienen sobre el nuevo terreno de Calistoga. No lo ha mencionado durante la llamada. Ni la última vez que estuvimos juntos y fuimos al Secreto. Estaba

tan orgulloso de enseñármelo todo. Tendría que haber mencionado al menos una nueva localización.

Entonces, ¿por qué no nos lo contó?

Qué raro.

Cierro Google y recojo mis cosas, con la mente en vilo por lo que leo. ¿Era este el trabajo al que se refería, para el que me necesita tan desesperadamente? Todo el pensamiento lógico que fluye por mi cerebro me dice que no me moleste en reunirme con él. Cancellalo por mensaje de texto sin más explicación. Se lo merecería.

Sin embargo, la curiosidad me puede, siempre lo ha hecho. No puedo dejar pasar esta cena. A pesar de lo difícil que será estar sentada frente a él durante horas en un restaurante oscuro e íntimo, contemplando con adoración su hermoso rostro. Preguntándome una vez más lo estúpida que pude ser acostándome con él. Alimentando ese renovado enamoramiento de antaño que no puede ir absolutamente a ninguna parte.

Doy pena.

Archer

Miro el reloj por millonésima vez, preguntándome dónde demonios estará Ivy. Llega casi veinte minutos tarde, y sé a ciencia cierta que es ridículamente puntual.

Con la excepción de esta noche, que ha quedado conmigo. Mierda.

Tamborileo con los dedos sobre el mantel blanco con un ritmo constante, miro fijamente a la entrada del restaurante. Odio que me hagan esperar. En los negocios, no lo tolero. Que esta mujer a la que conozco desde que era una adolescente desgarbada con la boca llena de metal me haga esperar de esta forma su llegada hace que me estalle la cabeza.

Y rara vez se me va la cabeza. Es curioso que la única persona que sigue consiguiéndolo con regularidad sea Ivy.

Está enfadada conmigo. Podía oírlo en su voz cuando he hablado con ella por teléfono. Había tardado dos días en armarme de valor para llamarla. Como un completo cobarde, ensayé esa conversación en mi mente miles de veces.

La realidad ha resultado peor que mi imaginación. Al menos he conseguido que accediera a verme. Pero ¿y si decide no presentarse y me

deja plantado?

Expulso ese pensamiento de mi mente, negándome a reconocerlo ni siquiera un instante.

—¿Otra copa, señor? —Aparece la camarera, con una mirada llena de simpatía. Probablemente piensa que me han dado plantón.

Demonios, nunca me han dado plantón en mi vida.

—Estoy bien —murmuro.

—¿Quizá quiera pedir la cena? ¿Un aperitivo, tal vez? —Sueno esperanzada y yo estoy más que dispuesto a aplastar sus sueños.

Sacudiendo la cabeza, la fulmino con la mirada.

—Esperaré unos minutos más.

Se marcha después de dedicarme una débil sonrisa y me deja pensativo. Si Ivy no aparece, puedo contratar a otra persona para que haga ese trabajo. No sería ningún problema, hay una maldita lista de diseñadores que renunciarían a su primogénito por trabajar con Bancroft.

Pero, joder, confío en ella. La deseo. Y no solo por sus increíbles habilidades de diseño.

Ella no es solo Ivy. ¿Podría realmente enamorarme de ella? ¿Por qué si no me comportaría como un imbécil tan ansioso? Esta mujer me tiene tan enganchado que estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para tenerla de nuevo en mi vida.

Cualquier cosa.

Frunzo el ceño y miro a la puerta, como si eso fuera a hacerla aparecer mágicamente. Estoy pensando como una tía, pero no puedo negarlo. La quiero conmigo todo el maldito tiempo. Me asusta lo mucho que la necesito. Intentar ignorarla no ha funcionado. He estado casi un mes entero sin ponerme en contacto con ella, pero solo podía pensar en ella. Y en cuanto llego a la ciudad, cojo el teléfono y le exijo que se reúna conmigo.

Recuerdo lo disgustada que sonaba al teléfono, su voz llena de irritación. El primer indicio de que probablemente voy a meter la pata.

Maldita sea. No puedo meter la pata.

Y luego está la estúpida apuesta. Matt me envía de vez en cuando un correo electrónico preguntándome por mi situación sentimental. Joder, frecuenta mi página de Facebook, probablemente esperando a que cambie mi estado de «soltero» a «en una relación».

Como si alguna vez fuera a hacerlo. Sé que el muy idiota está mirando. No le daré semejante satisfacción.

La puerta principal se abre, dejando entrar una ráfaga de aire frío que me hiela la piel y enviando una oleada de conciencia que casi me roba el aliento. Ivy entra en el oscuro restaurante, con el viento a favor y preciosa, con su cuerpo curvilíneo cubierto por un abrigo negro. Me la bebo con avidez mientras ella se aparta de la cara los largos mechones de pelo castaño oscuro, su mirada escudriña la sala antes de que esos bonitos ojos avellana se posen en mí.

Me esfuerzo por mantener una expresión neutra, con la boca curvada en una sutil sonrisa de labios cerrados, pero por dentro ardo.

Por ella.

Ella sonrío a su vez, aunque de forma débil, y verla es como un puñetazo en el plexo solar. Espero impaciente mientras la camarera coge el abrigo de Ivy antes de conducirla a mi mesa.

La forma en la que se mueve me cautiva. Pecaminosa y sexi, pero con un aire inocente, sus caderas se balancean mientras se dirige hacia mí, la falda de su vestido negro se mece sobre sus piernas. El vestido la tapa por completo, pero sé exactamente lo que se esconde bajo el ceñido tejido. Solo puedo pensar en deslizar las manos bajo su falda para tocarle los muslos. Recuerdo la primera vez que los toqué, cómo temblaban. Lo suave que era su piel...

—Siento llegar tarde —dice mientras se sienta rápidamente, sin darme tiempo a ponerme de pie y saludarla como quisiera, con un abrazo. Quería tener otra oportunidad de volver a tocarla, aunque fuera brevemente.

Ivy sonrío a la camarera mientras esta le acerca la silla y se marcha.

—Mi reunión ha durado mucho más de lo que esperaba —se disculpa.

Siempre educada, aunque veo la tensión alrededor de su boca, en toda su expresión. Se siente incómoda conmigo. Lo entiendo.

No me gusta, pero lo entiendo.

—¿Intentas ponerme en mi sitio? —Levanto las cejas y ella frunce el ceño.

—No lo he hecho a propósito, Archer. —Ella exhala temblorosamente—. No me interesa jugar contigo.

—Yo tampoco quiero jugar contigo, Ivy —le digo.

Dios, ojalá pudiera extender la mano y tocarla. Poner mi mano en la suya. Decirle cuánto la echo de menos.

Suena sin aliento, lo que hace que mi cuerpo se estremezca. Me recuerda lo jadeante que estaba la última vez que la vi desnuda. Cómo suplicaba más

cuando la tenía inmovilizada debajo de mí, su cuerpo temblando mientras la hacía correrse con mi nombre saliendo de sus labios.

Tenerla sentada delante de mí después de no haberla visto en un mes es como un *shock* para mi sistema, que me deja con la lengua trabada. Congelado. Coge el menú, ajena a mi estupor aturdido, sonrío a la camarera y le pide una copa de vino.

—¿Quiere otra cerveza, señor? —La jovialidad de la camarera me saca de mis casillas.

—Sí —contesto, frunciendo el ceño justo antes de que se aleje a toda prisa.

Pillo a Ivy enviándome una sonrisa secreta mientras niega con la cabeza. No sé si pensará que soy un payaso o algo así. Me mira como si le divirtiera.

Mejor que enviarme la fría mirada de la muerte, que supongo que me merezco después de cómo la he tratado desde que estamos juntos.

—Tienes buen aspecto —le digo, y mi voz áspera la saca de su tranquila lectura del menú.

Levanta la mirada y esos bonitos ojos se encuentran con los míos.

—Yo también... me alegro de verte, Archer. —Su voz es el material de mis sueños húmedos, grave y melódica—. ¿Ya has pedido?

—Te estaba esperando. —Joder, ¿piensa que soy un cabrón maleducado o qué?

«Lo más probable es que lo seas, después de todo».

—Vaya, qué amable eres. —Vuelve a mirar el menú, mordiéndose el labio mientras repasa las opciones.

El restaurante está abarrotado, el murmullo de la conversación es un zumbido bajo que desaparece cuanto más la observo.

¿Qué haría falta para volver a caerle en gracia? ¿Qué tengo que demostrar?

«Todo».

La camarera reaparece, sacándome de mis pensamientos, y yo pido el filete mientras Ivy escoge las vieiras a la plancha. La camarera anota nuestros platos, promete que nuestras bebidas estarán listas en unos minutos y nos deja solos.

Por fin.

Ivy me observa expectante mientras bebe un sorbo de agua, las delicadas pulseras de oro de su brazo tintinean con el movimiento.

—Háblame de ese trabajo y de por qué me necesitas tanto —dice, yendo directa al grano.

Jugueteo con mi botella de cerveza vacía, inseguro de cómo empezar lo que seguramente será una conversación incómoda. Voy a necesitar todo lo que tengo para no soltarle por qué quiero que trabaje para mí.

—Voy a abrir un nuevo espacio.

Una pequeña sonrisa se le dibuja en la comisura de los labios.

—Ya lo he visto.

—¿Dónde? Ah, déjame adivinar. En Internet. —Sus ojos se cruzan con los míos y la miro fijamente, probablemente con cara de tonto enamorado. Ella asiente como respuesta, su mirada se aparta de la mía, y me siento extrañamente derrotado—. Está en Calistoga. He estado negociando la propiedad durante un tiempo y en un momento dado estuvo a punto de fracasar. Pero finalmente cerré el trato y en los últimos meses la hemos reformado rápido.

—¿Así que lo sabías cuando... cuando nos enseñaste el Secreto a Gage y a mí? —Su sonrisa desaparece cuando yo asiento con la cabeza—. ¿Por qué no nos lo contaste? —Parece sorprendida.

—Lo he mantenido en secreto. No quería que nadie lo supiera. La mayoría de los detalles sobre la localización son bastante limitados y me aseguré de ello. No quiero que nadie sepa lo que ofrecemos a nuestros huéspedes hasta que abramos. —Me encojo de hombros.

—¿Así que ahora el nuevo complejo está casi listo? —Me estudia como si estuviera loco, y probablemente lo estoy.

—En dos meses, más o menos.

—Entonces, ¿por qué estás aquí cuando deberías estar de vuelta en Calistoga supervisando la remodelación?

Ahora viene la parte difícil. Lo que no quiero admitir por miedo a que se ría en mi cara.

—Quería quedar contigo —digo, con la voz rígida.

—¿Has venido aquí con el único propósito de verme? —Sueno incrédula y traga saliva mientras coge el vaso de agua, y su mano temblorosa hace que el hielo tintinee contra el vaso cuando lo deja en la mesa. Parece nerviosa.

Bienvenida al club. Estoy nervioso. Y las mujeres no me ponen nervioso. Con la excepción de Ivy.

—Este proyecto es importante. Te quiero a mi lado, Ivy, trabajando conmigo.

—No entiendo por qué. Nunca has venido a Paxton. Ni siquiera has visto mi portafolios.

—He visto muestras de tu trabajo en Internet. —Todo está en Internet, algo maravilloso y aterrador a la vez—. Tu portafolios está en la página web de Paxton.

—Vaya —dice débilmente, recostándose en la silla, con los hombros caídos y los labios entreabiertos, como si quisiera decir algo pero no le salieran las palabras. Parece en *shock*—. ¿Y... qué pensaste?

—¿De tu trabajo? Que es increíble. —Cediendo a mi impulso, alargo el brazo hasta el otro lado de la mesa y le cojo la mano, dándole un suave apretón—. Sé que encajaremos perfectamente, que tú encajarás perfectamente en el Deseo. Tu toque sofisticado es justo lo que necesitan las *suites*.

—No lo sé, Archer. Lo que propones es tan inesperado que no sé qué responder. No sé si puedo responder. —Aprieta los labios y sacude la cabeza—. Tengo que hablar con Sharon y ver qué me dice, pero ya puedo adivinarlo.

—¿Qué crees que dirá? —No importará. Quiero a Ivy en este proyecto y pagaré y haré lo que haga falta para que así sea.

—No me dejará trabajar en el proyecto. Lo querrá para ella.

Exactamente lo que señaló Gage, no me sorprende. De hecho, estoy totalmente preparado, pues ya he llamado a Sharon y le he propuesto mi sugerencia.

No estoy preparado para admitir el resultado de esa conversación.

La camarera aparece por arte de magia, interrumpe lo que podría haber dicho a continuación poniendo nuestras bebidas delante de nosotros, así que suelto la mano de Ivy. Ambos le damos las gracias, con sonrisas educadas y falsas. Veo cómo Ivy me mira de reojo. Como si pensara que he perdido la cabeza.

Probablemente sea así.

La tensión que se ha ido gestando entre nosotros vuelve a multiplicarse por diez en el momento en el que la camarera emprende la huida.

Si no estuviera tan malditamente nervioso, me parecería divertido que Ivy bebiera un sorbo tan grande de vino, casi vaciando la copa antes de inclinarse sobre la mesa.

—No puedes aparecer de la nada y exigirme que trabaje para ti, Archer —susurra—. Respondo ante otra persona. No puedo levantarme y hacer lo que tú quieras con un chasquido de dedos.

—Ya tengo la aprobación de tu jefa.

Sus ojos se abren de golpe.

—¿Qué?

Asiento lentamente.

—He hablado antes con Sharon. Le he explicado mi situación, lo mucho que aprecio y me inspira tu talento, y, sabiendo lo ocupada que está, que me encantaría contratar a Paxton Design para que trabajara en este proyecto para mí. Con el único propósito de que tú lo dirijas.

Aspira con fuerza.

—Así que trabajo para ti.

—Te ha despejado la agenda para las próximas dos semanas. Será un trabajo intenso y apresurado, pero sé que puedes hacerlo. —Lo sé. Es inteligente. Su jefa solo decía cosas maravillosas de ella, y no es que me sorprenda. Ivy es increíble.

Tan increíble que no puedo dejar de pensar en ella.

—¿Y si no quiero formar parte de este proyecto? ¿Y si no quiero trabajar directamente contigo?

Maldita sea, no era la respuesta que esperaba de ella.

—¿Te molesta? —Hago una pausa y la estudio, absorbiendo todo ese pelo oscuro que le llega hasta los hombros, su mirada hermosa pero sagaz, sus labios apretados como si temiera decir algo de lo que probablemente se arrepienta—. Ya lo hemos hecho, Ivy, y éramos bastante compatibles. ¿Sería tan difícil tener que pasar tiempo conmigo?

Se queda boquiabierta y mira a su alrededor como si quisiera asegurarse de que nadie la escucha antes de inclinarse sobre la mesa.

—Si estás insinuando que voy a acostarme contigo, no podrías estar más lejos de la verdad. Ya lo he hecho, no quiero volver a hacerlo.

—¡Ay! —Me froto el pecho, sorprendido por sus palabras. No sé por qué. Me lo he buscado al decir todo eso—. Ha dolido.

—Es la verdad —replica ella, vaciando lo que queda de vino en su copa—. Dios, necesito otra.

—He cometido algunos errores. Muchos —me corrijo cuando ella entrecierra los ojos y parece dispuesta a atacarme—. El mayor es cómo te he tratado. Siento no haberte llamado ni haberme puesto en contacto

contigo desde la última vez que estuvimos juntos. He estado... ocupado. — Y he sido demasiado cobarde para dar el primer paso.

Pone los ojos en blanco.

—Como si estuviera sentada junto al teléfono esperando tu llamada. Por favor, Archer. No te hagas ilusiones.

Esta noche está muy a la defensiva, lo que supongo que significa que está muy enfadada conmigo. Tengo que andarme con cuidado.

—No te ignoraba a propósito, ¿sabes? He estado desbordado intentando montar este nuevo complejo. —Es la mejor excusa que tengo, y la verdad en su mayor parte. Ojalá me crea.

Afortunadamente no comenta nada de lo que he dicho.

—Explícame la nueva ubicación. Me encantaría saber más sobre tu pequeño secreto —dice, acomodándose en la silla como si fuera a quedarse un rato.

El entusiasmo aumenta en mi interior. Que quiera oír hablar de ello significa que está interesada. Y una vez que la convenza del todo, estará encantada de trabajar conmigo. Lo sé.

—Es lo último en confort de lujo. En Calistoga se atenderán todas las necesidades. Es un complejo más íntimo que atiende exclusivamente a un puñado de parejas. Parejas que buscan devolver la intimidad a su relación. Incluso intimidad sexual. —Subrayo las dos últimas palabras.

—Un club de intercambio de parejas —afirma rotundamente.

Sacudo la cabeza, riéndome.

—Claro que no. ¿Qué clase de perverso crees que soy?

Ivy no dice una palabra, solo arquea una delicada ceja en señal de desafío.

Suspiro y sacudo la cabeza.

—Vale, soy un perverso. Pero no dirijo un resort de intercambio de parejas, Ivy. En ninguno de los dos espacios hay intercambio de parejas ni orgías salvajes. Todo es a nivel de pareja. —Irónico, teniendo en cuenta que no tengo ni idea de cómo es eso.

—Entonces, ¿qué se supone que es exactamente este nuevo lugar?

—Es lo que tu corazón desee —digo suavemente—. Lo que tu amante desee. De ahí el nombre, «Deseo», que considero que encaja a la perfección. Un lugar discreto, cómodo y seguro donde puedes descubrir tus fantasías secretas, satisfacer tus deseos secretos. Este nuevo lugar te proporcionará todo lo que necesites, sin hacer preguntas.

Tiene las mejillas sonrosadas y los ojos muy abiertos. Parece casi... excitada.

—Suenas interesante.

Sonrío. Joder, es preciosa.

—Lo es. Muy interesante.

Permanece en silencio, repasando el tallo de su copa de vino con la punta del dedo índice. Me fijo en ese dedo, en la delicadeza con la que toca la copa, en la uña corta y pintada de oscuro. De repente siento la piel demasiado tensa, se me está poniendo dura de tanto mirar su dedo, por el amor de Dios. Respiro hondo e intento recuperar el control.

Pero, maldita sea, me muero por volver a sentir esos dedos por todo el cuerpo...

Inclinándome sobre la mesa, bajo la voz, dispuesto a ir al grano.

—Te necesito, Ivy. Quiero que aportes un toque sexi y sofisticado al resort.

Se le escapa un pequeño suspiro.

—Ya lo has arreglado con Sharon. ¿Por qué tienes que pedírmelo? —Da un sorbo al vino, con la mirada fija en mí por encima del borde de la copa.

—Porque quiero que trabajes voluntariamente conmigo. Sé que debería habértelo dicho antes de hablar con Sharon, pero me estaba desesperando. Se me acaba el tiempo y necesito terminar este proyecto. Y confío en ti. — Es la verdad. Apenas confío en nadie. Definitivamente, no confío en ninguna mujer. Son todas iguales.

Excepto Ivy.

Vuelvo a cogerle la mano, presiono mi palma contra la suya y entrelazo nuestros dedos. Los suyos son finos, delicados, y juraría que tiemblan cuando los cojo. La conexión me produce una sacudida, como si mi cuerpo echara de menos ser tocado por el suyo.

—Di que sí, que quieres trabajar conmigo.

—No es tan fácil...

—Di que sí —repito, negándome a aceptar un no por respuesta.

—No debería. Debería enfadarme porque pasaste por encima de mí e hiciste que ocurriera de todos modos, con o sin mi aprobación.

Sonrío, sintiéndome arrogante.

—Vamos, nunca has podido resistirte a mí.

Intenta separar sus dedos de los míos, pero yo la aprieto con fuerza, no estoy dispuesto a dejarla marchar.

—Eres un imbécil.

—¿Crees que no lo utilizaría en mi beneficio? —Bajo la voz. Me va a matar por decir esto, pero me he sobrepuesto. Tengo su mano en la mía, nuestros dedos entrelazados. La agarro con tanta fuerza que me siento como un hombre desesperado. No la he olvidado por mucho que lo haya intentado —. No puedo quitarme de la cabeza la última vez que estuvimos juntos.

—Por favor. No hemos hablado desde entonces. Hasta hoy. —Me mira con los ojos entrecerrados, tirando de su mano, pero me niego a soltarla—. ¿Sabes?, realmente no te soporto. Verte esta noche solo reitera mis sentimientos.

No lo dudo ni un instante. La mayoría de las mujeres me odian en cuanto me conocen.

Ivy no. Conoce todos mis defectos y aun así quiere estar conmigo. O al menos solía querer. Quiero eso otra vez. La cercanía, esa conexión que no comparto con nadie más. Ella me entiende de algún modo, siempre lo ha hecho.

Sé a ciencia cierta que no mucha gente lo hace.

—Bien, ódiame todo lo que quieras. Solo di que lo harás.

—No es tan fácil para mí alejarme de mi vida, ¿sabes? Tengo responsabilidades. ¿Y si Sharon se enfada porque has hecho esto? —Le paso el pulgar por la parte superior de la mano y ella suelta un suspiro tembloroso—. Me estoy buscando problemas trabajando contigo.

—Ivy, por favor.

Sus ojos se abren de par en par ante mi elección de palabras. Rara vez digo «por favor». Solo acepto lo que quiero. Pero «por favor» no funciona con Ivy en este momento. Parece dispuesta a huir.

—Archer...

—Por favor, Ivy —vuelvo a decir—. Te necesito.

10

Ivy

—Me cuesta creer que hables en serio. —Me está volviendo loca tocándome así. No puedo pensar. Y la forma en la que me mira no es mucho mejor.

En este preciso instante, su única atención se centra en mí. Su penetrante mirada oscura se clava en mi rostro. Como si nada ni nadie más importara. Toda esa intensidad es difícil de soportar.

Por supuesto, quiere algo de mí. No puede ser un completo imbécil y esperar que yo sea agradable.

A pesar de mi instinto de gritar «¡No!» y huir del restaurante, aprovecho este momento para estudiarlo y recorrerlo con mi mirada. Lleva un jersey negro que se le ajusta al torso, resaltándole los anchos hombros. Su pelo oscuro reluce bajo el suave resplandor de las luces que brillan desde arriba.

Más de una mujer ha mirado en su dirección desde que me he sentado. El poder, la riqueza, la autoridad irradian de Archer en ondas palpables. Es curioso cómo puedo olvidarlo cuando no estoy cerca de él. Qué poder tiene sobre mi bienestar.

Si unes toda esa potencia a un rostro devastadoramente hermoso y un cuerpo escandalosamente sexi, ninguna mujer es inmune.

Incluida yo misma, por mucho que me resista a admitirlo.

—¿Qué te resulta tan difícil de creer? Ya he conseguido la aprobación de tu jefa. Estamos listos para seguir adelante. —Sonríe y vuelve a pasarme el pulgar por los nudillos.

Una ola de calor me recorre ante ese contacto aparentemente inocente. Sabe lo que me hace, cómo me afecta. Es una estrategia para hacerme decir que sí.

Y como la idiota que soy, me lo trago a pesar de la alarma que suena dentro de mi cabeza.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Dos semanas como máximo.

Qué sencillo hace que parezca. Chasquea los dedos y hace que todo suceda, sin más. ¿Podría soportar estar cerca de él durante tanto tiempo? No tengo fuerza de voluntad cuando se trata de Archer. Es mi debilidad. Igual que comer demasiado chocolate y ver películas malas un domingo por la tarde.

Solo que un millón de veces peor.

—¿Y Sharon accedió a ello sin protestar? —Me cuesta creerlo. Me necesita a su lado, está muy ocupada. No sé cómo puede permitirse dejarme marchar, aunque solo sean dos semanas.

—El prestigio de su estudio de diseño trabajando con el Secreto y los Bancroft es incentivo más que suficiente para que vengas a trabajar para mí. —Hace una pausa, y la expresión de confianza de su rostro quita el aliento—. ¿De verdad crees que me rechazaría?

¿Podría alguien rechazarlo? Después de todo, es un Bancroft. Y tan arrogante con ello que me gustaría poder decirle que no. Solo una vez. Ahora mismo sería el momento perfecto, pero la oportunidad que me ofrece es demasiado tentadora y Sharon me mataría si ya hubiera aceptado. Él también lo sabe.

—Lo que sugieres... es una locura. ¿De verdad crees que podemos poner en marcha este proyecto y tenerlo listo en dos semanas?

—Podemos hacer lo que nos propongamos. Di que sí, Ivy. —Su mirada baja y se posa en mi boca, donde se detiene demasiado tiempo.

Mis labios se estremecen como si los hubiera tocado físicamente.

Aparto mi mano de la suya, y el alivio me inunda al romper por fin la conexión física entre los dos. Cuando me toca, no puedo pensar. También tengo problemas para pensar cuando me mira, así que dejo de mirarle. Observo el mantel que tengo delante, que es de un blanco crudo y puro, de exquisito lino grueso.

Que prefiera contemplar un mantel demuestra lo poderosa que es la influencia de Archer sobre mí. Dios, soy débil cuando se trata de este hombre.

Su voz pecaminosamente profunda irrumpe en mis pensamientos.

—Deja de jugar a este juego, Ivy. Va a ocurrir.

Suspirando, levanto la mirada de mala gana.

—Bueno. ¿Cuándo nos vamos?

—¿Esta noche? —Muestra esa sonrisa deslumbrante, que disuelve mis bragas.

«Imbécil, capullo sexi».

Cojo mi copa de vino y me la bebo; el alcohol me calienta la piel al instante. Definitivamente necesitaré más vino para aguantar el resto de la velada.

—Ni hablar. Mañana.

—De acuerdo. Mañana está bien —dice—. Pero tendrá que ser a primera hora. También tengo algunas condiciones.

—Seguro que sí.

—Necesitaré que me consultes todo. Cada elección, cada decisión que tengas que tomar. No es que no confíe en ti, pero hay una estética determinada que quiero en ambos lugares y necesito asegurarme de que lo que elijas cumple esa estética.

Asiento una vez. No es nada raro.

—Sin problema.

—Y si no me gusta lo que sugieres, no intentarás convencerme de lo contrario. Yo tengo la última palabra. —Rodea con los dedos la botella de cerveza y se la lleva a los labios, dando un sorbo: está increíblemente sexi cuando traga, lo cual es una locura.

Me vuelve loca. Su olor, la forma en la que me observa con esa mirada calculadora y ardiente. Su mera presencia me calienta la piel, me enciende la sangre. Me inunda de recuerdos de nuestra increíble noche juntos. Aprecio y odio al mismo tiempo esos recuerdos.

Y alarga el suspense a propósito. Estoy literalmente sentada en el borde de mi asiento, esperando a oír lo que va a decir a continuación.

—También quiero que te mudes conmigo —me anuncia, después de dejar la botella en la mesa.

Me quedo con la boca abierta, con el *shock* corriendo por mis venas.

—¿Mudarme contigo? —chillo, aclarándome la garganta.

—Te necesitaré *in situ* a diario. Estoy acelerando este proyecto. Todas las decisiones que tengamos que tomar deben ser rápidas. No puedo tenerte yendo y viniendo de San Francisco. Te necesito conmigo. Todos los días. Cada noche, hasta que el proyecto esté terminado. Como mínimo puedes quedarte en el Secreto.

—Oh, entiendo exactamente lo que quieres de mí. —Una ira que arde lentamente me invade y me hace temblar. Empujo la silla hacia atrás y me levanto, mirándole fijamente—. No voy a ser otra de tus conquistas sexuales.

Echa la cabeza hacia atrás y me observa, impertérrito, como siempre.

—No te enfades, Ivy. No te pido que te acuestes conmigo para que tengas este proyecto. No soy tan gilipollas.

Dios, sus palabras escuecen. ¿Qué clase de mujer se cree que soy?

—Sí, claro. Lo siguiente será que estoy tumbada en tu cama. No, gracias. Tampoco me vas a sobornar con el reconocimiento profesional. —Me agacho, cojo el bolso del suelo y me lo cuelgo del hombro.

—Sé que la idea de quedarte conmigo no te hace sentir cómoda, pero es lo mejor para el proyecto teniendo en cuenta los plazos. Además, no te pido que me esperes desnuda en mi cama todas las noches, aunque la idea es tentadora. —La arrogancia de su voz me hace querer golpear algo. Preferiblemente a él—. Vamos, sé que no has olvidado lo fácil que fue lo nuestro aquella noche, Ivy —murmura, con voz grave. Sexi.

Uf.

Sus palabras me encienden, llenándome tanto de lujuria como de ira. Realmente odio seguir deseándole.

—Eres un cabrón —digo con los dientes apretados antes de girarme y dirigirme hacia la puerta, desesperada por escapar de este restaurante, que de repente es demasiado cálido y pequeño.

Le oigo gritar mi nombre. Oigo cómo su silla roza el suelo cuando se levanta y empieza a venir a por mí. Pero me niego a mirar atrás. Decido ignorar a la camarera que me llama para decirme que aún tiene mi abrigo.

Abro la puerta de un tirón y salgo a la noche oscura, respirando profundamente el aire fresco. Me da un *flash* en la cara, juro que oigo que dicen el nombre de Archer, y me dirijo en dirección contraria, evitando a toda costa a los *paparazzi*. ¿Cómo he podido olvidar que siguen a Archer a todas partes?

Dios. La cabeza me da vueltas, y no solo por el vino. El estúpido fotógrafo es solo la punta de mi abrumador iceberg: que Archer exija que trabaje para él, que haya pasado por encima de mí para asegurarse de que no tengo más remedio que trabajar para él, es exasperante. No me importa que hayamos tenido sexo y que él lo saque a relucir. Como si intentara utilizar esa noche contra mí. Podría echarle la culpa al champán que bebí de más, supongo.

Qué vergüenza.

¿Qué es lo peor? Sé que lo habría hecho sin el champán. No puedo culpar al alcohol de mi única noche con Archer. Estaba completamente sobria.

Pero es un gilipollas. Un imbécil controlador y arrogante que cree que soy una estúpida y sin carácter. Ojalá pudiera rechazarle, pero me ha atrapado. ¿Y por qué Sharon no me ha comentado nada? No acabo de entender cómo ha conseguido que todo esto ocurra, y tan rápido.

Es así de poderoso, así de influyente para conseguir las cosas —o las personas— que quiere con una simple llamada o un chasquido de dedos.

Sin saber qué camino tomar, giro a la derecha, adentrándome a ciegas en la noche. Los coches pasan, oigo el fuerte estruendo de un autobús que baja a toda velocidad por la calle, y parpadeo con fuerza, mis pasos son rápidos, mi corazón bombea como loco. Me recorre un escalofrío y me froto los brazos con las manos, deseando tener mi abrigo. Me encanta esa chaqueta y me cabrea haberla dejado en el restaurante como una idiota.

Dios, es injusto. ¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Tan jodidamente irresistible?

Aumento la velocidad, furiosa por mis pensamientos. Puedo oírle ahora mismo, siguiéndome por detrás, golpeando la acera con sus pasos decididos, soltando resoplidos de exasperación.

Bien. Le estoy irritando. Me alegra saber que el sentimiento es mutuo. Necesito alejarme de él.

Irme lejos, muy lejos.

—Ivy. —Es tan alto como un dios y tiene unas piernas tan largas como todo mi cuerpo, lo que significa que me alcanza fácilmente. Sus fuertes dedos me aprisionan el brazo y me gira para que le mire—. No huyas de mí. —Pronuncia esas palabras como una exigencia.

—Suéltame. —Lucho contra su agarre y él aprieta los dedos, haciendo que sea imposible soltarme.

Archer tira de mí para acercarme a él, su calor corporal me envuelve, su potente aroma me llena la cabeza, me debilita.

—Deja de luchar contra esto.

Necesito que mi fuerza de voluntad entre en acción. Tiene que hacerlo o nunca sobreviviré a él.

—No hay «esto» contra lo que luchar. No te voy a ayudar.

Archer parece totalmente ofendido por mis palabras.

—No tienes elección. Te necesito.

—No me necesitas. Solo soy un blanco fácil. —Me entran unas ganas enormes de darle un puñetazo. Tiene ventaja, pues sabe con qué facilidad

reacciono ante él. Tampoco se priva de utilizarlo contra mí—. Odio que hayas hecho esto —murmuro.

—¿Por qué? —Su voz es engañosamente suave. Tan persuasiva como sus dedos acariciándome la parte baja de la espalda; intenta controlarme con una falsa sensación de seguridad. Como si yo fuera una especie de gato al que puede acariciar y someter a su hechizo. Antes era lo bastante fuerte como para apartarlo, para irme sola. Pero ¿soy lo bastante fuerte ahora? ¿Puedo resistirme a él de nuevo? No lo sé.

—Ya me has engañado una vez. —En realidad no, pero suena bien. Nos hemos engañado mutuamente—. No debería dejar que volviera a ocurrir.

Alargo la mano y la apoyo en su pecho, desesperada por apartarlo. Pero es como si mis dedos tuvieran mente propia. Los enrosco en el suave y liso tejido de su jersey, sintiendo su férrea fuerza por debajo. Suelto un suspiro tembloroso y mantengo la mirada fija en mi mano, temiendo mirarle. Temiendo que vea reflejado en mis ojos todo lo que siento por él.

—Me engañaba a mí mismo —dice por fin mientras me toca la mejilla, deslizando los dedos bajo mi barbilla para levantarme la cabeza—. No pretendía hacerte daño.

Frunzo el ceño. ¿Le he oído bien? ¿Archer acaba de admitir que ha hecho algo mal?

—Pues me lo has hecho.

Nuestras miradas se sostienen durante un largo y silencioso momento cargado de tensión. Quiero huir. Liberarme de él para siempre y fingir que esta noche nunca ha existido. Pero otra parte de mí desea quedarse. Quiere acceder a lo que me pide. Quizá entonces pueda conseguir una de las dos cosas.

O convenzo a Archer de que estamos hechos el uno para el otro. O lo saco por fin de mi sistema de una vez por todas.

Archer

Los dedos de Ivy siguen agarrando mi jersey, su tacto inocente me vuelve loco de deseo. La estrecho contra mí, se adapta perfectamente, como si estuviera hecha para mí. Así fue entre nosotros la última vez. En cuanto la estreché entre mis brazos, fue como si fuéramos dos piezas de un puzle que por fin encajaban.

La mitad de la razón por la que estaba acojonado antes. Aún lo estoy. Ninguna otra mujer me hace sentir así... cuando está entre mis brazos. Y ni siquiera la he besado todavía. Me siento condenadamente bien solo con abrazarla, lo cual es ridículo porque yo no necesito solo abrazar a una mujer.

Debería tenerla tumbada, desnuda y muerta de deseo debajo de mí, follándola en este mismo momento. Olvidando las emociones, olvidando todo excepto esa necesidad imperiosa de devorar. Así es como suelo actuar.

Sin embargo, aquí estoy. Actuando como si estuviera en el instituto y cogiera de la mano a una chica por primera vez. Aterrorizado y fuera de mí por ello.

—¿Es solo una excusa para meterte en mis bragas? —pregunta finalmente, con voz cautelosa. Es tan condenadamente lista—. ¿Quieres que trabaje para ti en circunstancias tan cercanas? En mi opinión, parece bastante desesperado.

Sacudo lentamente la cabeza y dejo que mi pulgar recorra su carnoso labio inferior. Solo ha pasado un mes desde la última vez que la besé y puedo recordar vívidamente su sabor. Sus sonidos. La forma en la que me rodeaba el cuello con los brazos y sus finos dedos se enredaban en mi pelo. Su tacto me gustó tanto... Demasiado bueno.

Joder. Eso es exactamente. Es demasiado buena para mí. Tengo que recordarlo.

—Eres la única mujer en la que puedo confiar, Ivy —murmuro, con el corazón alojado en la garganta, lo que me dificulta hablar—. La única mujer que me entiende a mí, a mi vida, a mi carrera y a lo que haga falta. Sé que no filtrarás ninguna información sobre la nueva ubicación. Y sé que puedo confiar en ti para que me ayudes a tomar las decisiones correctas a la hora de diseñar los interiores.

Se le escapa una respiración temblorosa, la ráfaga de aire me roza el pulgar. Mi ritmo cardíaco se acelera al galope e inhalo profundamente. Intento por todos los medios actuar como si ella no me importara.

Pero, joder, cómo me importa.

—¿Cómo puedo comprenderte si ni siquiera te conozco de verdad, Archer? Nunca hemos sido cercanos. —Su mirada se posa en mis labios—. A pesar de lo que... ocurrió entre nosotros la última vez, no hay nada entre nosotros.

Siento que hay demasiado entre nosotros, pero no voy a entrar en eso ahora.

—Has formado parte de mi vida durante mucho tiempo. Me conoces desde que era adolescente. Antes de convertirme en... esto. —El *playboy* consumado que puede tener a la mujer que quiera en cualquier momento. El empresario adicto al trabajo que se vuelca en su negocio hasta que lo único que puede hacer es vivir y respirar el Secreto. Y ahora está el Deseo...

—Sí, vale, mis sentimientos hacia ti aún no han cambiado. Creo que estás loco. —Jadea cuando me inclino y rozo con mis labios la comisura derecha de su boca. Esa rápida muestra de su suave piel me hace desear más—. ¿Por qué me besas?

—Porque lo necesito. —Beso la comisura izquierda y me muevo para capturar su labio superior entre los dos míos, mordisqueándolo un poco antes de soltarlo—. Necesito tu ayuda, Ivy. No puedo tener listo el resort sin ti.

—Para. —Me empuja el pecho, pero yo no voy a ninguna parte—. No digas cosas que no sientes.

—¿De verdad crees que no voy en serio cuando digo que te necesito? —Me muestro incrédulo. Estoy seguro de que la necesito. Más de lo que me gustaría admitir.

Tengo que convencerla de que vuelva a mi cama. Al menos una vez más —posiblemente unas cuantas docenas de veces— antes de dejar que vuelva a su mundo y yo al mío. Estuvo allí la noche de la boda de Jeff y Cecily. Toda esa química reprimida que nos rodeaba, explotando en el momento en el que mis labios tocaron los suyos por primera vez. Ella sabe lo mucho que podemos arder juntos

Entonces, ¿por qué tiene tantas dudas?

—No me necesitas. Solo quieres que te saque de apuros. Nunca te he importado. No de verdad. —Aparta la cabeza de la mía cuando me inclino para darle otro beso.

—Maldita sea, Ivy —empiezo, pero ella me interrumpe.

—Me abandonaste, Archer. —La voz de Ivy es tan débil que apenas puedo oírla—. Sé que acordamos que acostarnos fue un error, pero la forma en la que me tocaste en la *suite* del Secreto justo antes de que Gage te enviara un mensaje me confundió mucho. Pensé que querías... Dios mío, no sé lo que quieres. La verdad es que no. No te entiendo. Desde que te dejé aquella tarde, no me has llamado. No he tenido noticias tuyas (aunque

tampoco lo esperaba). —Da un paso atrás, alejándose de mí, y mis brazos se sienten vacíos sin ella entre ellos—. Este toma y daca entre nosotros es... difícil. No puedo arriesgarme a volver a acercarme a ti solo para que lo nuestro termine antes de que realmente nos hayamos dado una oportunidad. No existe un «nosotros»... —Su voz se entrecorta y las mejillas se le sonrojan. Probablemente no quería admitir tal cosa.

Su pequeña confesión me da esperanza.

—No te tocaré. A menos que tú quieras. —Sonrío, pero ella no me devuelve el gesto. Suelto un gran suspiro, le acaricio la mejilla y deslizo brevemente los dedos por su suave piel antes de dejar caer la mano. No puedo evitar tocarla, pero si ella no quiere, no lo haré—. Te lo prometo.

Aprieta los labios y sus ojos color avellana se abren de par en par mientras tiembla. Vuelvo a estrecharla entre mis brazos, protegiéndola del frío. Tiene que estar helada porque se ha dejado el abrigo en el restaurante.

—Vámonos de aquí y podrás regresar conmigo al hotel. Tengo la *suite* del ático y la vista de la ciudad es increíble. Aquí fuera hace demasiado frío para hablar.

Ivy se pone rígida en mis brazos y vuelve a separarse de mí.

—¿Regresar contigo a tu habitación de hotel? Creo que no. Lo siguiente que sé que ocurrirá es que estaré bocarriba y tú encima de mí.

Sonrío. Joder, suena increíble.

—¿Y eso es algo malo?, ¿por qué?

—Basta, Archer. Ya te he dicho que me niego a que vuelva a ocurrir. —Cruza los brazos, contemplándome con su mirada sagaz—. Además, si volviéramos a acostarnos, huirías como haces siempre.

Cuando algo se pone serio, definitivamente huyo. Pero ya no. Por una vez, no quiero huir.

—No puedo huir más, Ivy. Se acabó. Necesito que el nuevo complejo se inaugure con un éxito rotundo. Necesito que esas *suites* tengan un aspecto increíble. Juntos, sé que podemos hacerlo.

—Bien. —Suspira—. Tenemos que elaborar un presupuesto. Un calendario. —Se da golpecitos con el dedo en los labios fruncidos, volviéndome loco de deseo.

Joder, es preciosa. Incluso tiritando de frío, enfadada conmigo y probablemente pensando que he perdido la maldita cabeza, es preciosa. Jodidamente increíble, de verdad.

No merezco su ayuda. No merezco en absoluto a Ivy Emerson.

Pero sigo deseándola. Desesperadamente.

—Podemos planificarlo en el hotel, Ivy —le digo—. Vamos. No intentaré nada raro.

Una ceja perfectamente cuidada se levanta ante ese comentario.

—¿Lo prometes?

Asiento y me hago una X en el pecho con el dedo índice.

—Te lo prometo.

—¿Lo juras? No puedo pensar cuando me presionas, Archer. Y si quieres que te ayude a averiguar cómo vamos a hacer esto, entonces necesitas que pueda pensar.

¿Está mal que me guste su comentario? ¿Que no pueda pensar cuando estoy cerca? Me encanta, sobre todo porque yo siento lo mismo.

—Ven a la *suite* conmigo, Ivy. Lo resolveremos.

—De acuerdo. —Ella asiente bruscamente—. Hagámoslo.

Nunca se pronunciaron palabras más dulces.

11

Ivy

La *suite* del ático es increíble, no me esperaba menos. Ocupa casi toda la última planta del hotel, es más grande que mi apartamento y tiene tres dormitorios, lo que me tranquiliza. Esta noche no dormiré en la cama de Archer.

Por mucho que me tienta.

Me he alojado en más de un hotel Bancroft a lo largo de los años, teniendo en cuenta que la familia Bancroft pagaba todas nuestras habitaciones cuando viajábamos, y jamás me han decepcionado. Sin embargo, nunca he tenido ningún motivo para alojarme en el Bancroft del centro de San Francisco. Después de todo, es mi ciudad natal.

—¿Te gusta? —Archer cierra la puerta y camina hacia mí, con la voz llena de orgullo. A pesar de la carga que el negocio familiar ha supuesto para él toda su vida, y concretamente hoy, sé que sigue estando orgulloso de Bancroft, como debería ser.

—La vista es increíble. —Me acerco a las ventanas y contemplo el resplandor de la ciudad ante mí.

La luna rompe la niebla, iluminando la bahía con su luz plateada, y contengo el suspiro de añoranza que se me escapa desesperadamente.

La hermosa *suite*, esta noche preciosa... está hecha para los amantes. Anhele que eso sea verdad, aunque sepa lo malo que Archer es para mí.

Pero él sabe que debe guardar las distancias. Es la única forma de mantener la cordura.

Dios, ¿cómo puedo ser tan estúpida, apartándole cuando le deseo más que a nada?

—Me quedo aquí siempre que vengo a la ciudad. Es mejor que quedarme en casa de mis padres, eso seguro. —La amargura de su voz no es ninguna sorpresa. No se lleva bien con sus padres; nunca lo ha hecho. No le culpo. Su padre le trata fatal. Su relación fracturada siempre me ha roto el corazón.

Se acerca por detrás de mí. Veo su reflejo en la ventana y contengo la respiración, maravillada por nuestro aspecto juntos. Se eleva sobre mí, con

el pelo oscuro despeinado y una expresión tensa. Como si estuviera tan tenso como yo me siento.

Imagino su enorme mano deslizándose por mi espalda, empujándome con delicadeza para que no tenga más remedio que inclinarme hacia delante. Oír su voz oscura y sexi ordenándome que apoye las manos en el cristal escandalosamente frío. Sus hábiles dedos posándose en mis caderas, recogiendo lentamente la tela de mi vestido para poder tocar mi piel desnuda por debajo. Esos dedos seguros se deslizarían bajo mis finas bragas y me encontrarían ya empapada para él...

La lujuria me recorre y enderezo los hombros. Dios, soy un desastre. Está demasiado cerca y me imagino cómo me poseería aquí mismo, delante de una ventana para que todo el mundo lo vea.

—Esta noche no hay ningún «nosotros» en esta habitación, Archer — digo con voz firme.

Por mucho que desee que sea verdad, tengo que mantenerme firme. Este hombre es peligroso para mi bienestar. Quiero abofetearme a mí misma por contemplar siquiera la posibilidad de seguir su estúpido plan. Soy tan débil ante él que da pena.

—Es una lástima —me dice, y me dan ganas de darle un puñetazo.

Dios, me muero de hambre, y eso es lo que me pone más irritable. Salimos del restaurante antes de que llegara nuestra cena, aunque Archer dijo que la había pagado al salir del Spruce. Llamó al servicio de habitaciones desde el coche momentos antes de que llegáramos al hotel, y pidió una enorme cantidad de comida que yo normalmente nunca comería. un surtido de aperitivos, frituras de esto y aquello, y juraría que incluso mencionó una *pizza*.

Mi estómago gruñe al pensar en la *pizza*.

—¿Tienes hambre? —Enarca una ceja y yo aparto la mirada, avergonzada.

No pienso admitir que estoy hambrienta. Las mujeres no comemos, no delante de hombres perfectos como Archer. Puede que mordisqueemos una hoja de lechuga y bebamos grandes cantidades de agua para purgar cualquier tipo de hinchazón, pero eso es todo.

—La comida está en camino y no debería tardar mucho —me tranquiliza cuando no le contesto—. No te preocupes.

Asiento bruscamente con la cabeza, agradecida por cambiar de tema.

—Estupendo. Me muero de hambre. —También soy una mentirosa. No puedo comer con él a mi lado. Se me hace un nudo en el estómago solo de tenerlo tan cerca.

—¿Quieres echarte atrás? —me pregunta de repente, sorprendiéndome.

¿Por qué ha dicho eso?

«No», quiero gritar. Lo que deseo es arrojarme a sus brazos y suplicarle que me bese. Sentir esos labios cálidos y suaves posarse sobre los míos, el delicioso y aterciopelado deslizamiento caliente de su lengua mientras busca dentro de mi boca. Quiero oírle susurrarme palabras sexis al oído mientras sus manos se deslizan por todo mi cuerpo.

Más que nada, deseo desesperadamente que me quite la ropa, me lleve a la cama y haga lo que quiera conmigo toda la noche.

Pero mis deseos son inútiles. Y ridículos.

—Claro que n... —Estoy a punto de decirle que no, pero me interrumpe.

—Sé que estoy siendo increíblemente egoísta, pero no puedo permitir que te echés atrás, Ivy. Aun así, nunca te obligaría a hacer algo con lo que no te sientas cómoda. —Su tono suave y seductor me calienta por dentro.

Cuando me mira así, su mirada oscura llena de calor, su expresión tan sincera, casi puedo creerle.

Suena un golpe en la puerta que me sobresalta. La irritación relampaguea en los ojos de Archer ante la interrupción y observo cómo su zancada de largas piernas se come el suelo mientras se dirige hacia la puerta. La abre de golpe, gruñe su saludo y le quita el carrito al empleado del hotel antes de que este pueda empujarlo dentro.

Casi me dan ganas de reírme, viendo a Archer empujando el carro cargado de platos cubiertos por cúpulas plateadas hacia el salón, como si fuera el humilde empleado y no fuera su apellido el que figura en el exterior del edificio.

—Espero que al menos le hayas dado propina —digo.

Su mirada se ensombrece cuando levanta la vista hacia mí.

—Claro que sí. No soy tan desalmado.

Ojalá tuviera las pelotas de decir: «Demuéstralo».

Pero me guardo las palabras.

Archer

—Esta noche te quedas aquí conmigo.

No me molesto en preguntar después de haberme zampado mi tercera porción de *pizza* preparada por el chef *gourmet* del hotel. Se va a quedar conmigo le guste o no.

Estamos sentados en el comedor de la *suite*. La mesa es pequeña, lo que me da la excusa perfecta para sentarme cerca de ella. Su aroma está en el aire, la calidez de su presencia alivia mi tensión anterior a pesar de su evidente reticencia a venir aquí.

Y su evidente reticencia a aceptar mi plan. Sé que sigue sintiéndose así sin que tenga que decir una palabra. Puedo leerla. Siempre he podido.

Ivy picotea su comida.

—Estás de broma, ¿verdad?

Dios. La mujer levanta muros cada vez que puede.

—Joder, no, no estoy de broma. Es tarde. No quiero cruzar la ciudad a estas horas de la noche. Puedes quedarte en alguna de las habitaciones. Te juro que no intentaré nada. —Me paso una mano por la mejilla, mi frustración va en aumento.

Está claro que Ivy no tiene intención de facilitar las cosas.

—¿También planeaste esto? ¿Traerme aquí esta noche? ¿Obligarme a quedarme? —Levanta la cabeza y su mirada se encuentra con la mía, su expresión es casi de dolor.

Dios, me exaspera.

—Claro que no.

—Parece que sí.

—¿De verdad vamos a dar tantas vueltas sobre esto? —Me limpio las manos con una servilleta, la enrolla y la tiro en el plato—. Apenas has comido.

Se encoge de hombros.

—No tenía tanta hambre.

—¿Así que tu estómago gruñón ha mentido? He pedido todas tus comidas favoritas. —Cuando era adolescente, se atiborraba a comida basura. Todos lo hacíamos. Yo todavía lo hago. También hago ejercicio como un loco, así que puedo permitirme algún capricho de vez en cuando.

Se le escapa un suspiro.

—Hace años que no como este tipo de comida.

—Solías hacerlo.

—Cuando era adolescente y no tenía que vigilar todo lo que comía — replica, con los ojos irritados.

Dejo que mi mirada se deslice sobre ella. Joder, está buena. Con un cuerpo de muerte y curvas en todos los sitios adecuados. Lugares que me gustaría volver a explorar con las manos. O mejor aún, explorar con la boca.

—Una noche no va a matarte, Ivy. —Intento tentarla, ya que todo lo que tiene que hacer es sentarse ahí. Estoy más que tentado de saltar sobre ella y demostrarle lo mucho que la necesito.

Pero todavía no. Tengo que ser paciente, aunque eso me mate.

—Tendré que correr más si me como uno de esos palitos de *mozzarella*. —Mira el plato que le he pedido y saca la lengua para lamerse el labio superior. Fueron su debilidad en el pasado.

—¿Corres?

—En una cinta de correr. En el gimnasio. —Se encoge de hombros.

—Vamos, vive un poco. —Empujo el plato hacia ella.

—¿Vas a burlarte así de mí las dos semanas que estemos juntos? — Arquea una ceja y yo la sonrío como respuesta.

No quiero que me tenga miedo. O peor aún, que esté enfadada.

Coge el palito de *mozzarella* del plato, lo moja en salsa ranchera y le da un bocado enorme. Por alguna extraña razón, me gusta verla comer. Me gusta aún más que hable de nuestra relación de forma positiva.

—Te mereces soltarte y divertirte un poco de vez en cuando, ¿sabes? Todo trabajo y nada de juego convierte a Ivy en una mujer aburrida.

Me fulmina con la mirada. Joder, qué guapa está cuando se enfada.

—En la vida no todo es diversión y juegos. —Le da otro mordisco al palito de queso y se le escapa un pequeño gemido mientras mastica.

El sonido envía un rápido rayo de lujuria directo a mi entrepierna.

—¿No es esa la maldita verdad? —murmuro.

—Sin embargo, tú sí que haces que lo parezca. Siempre con dos o tres mujeres colgadas del brazo, bebiendo y divirtiéndote en clubes de toda la ciudad —señala.

Joder, cree que soy un completo imbécil. Sobre todo por la forma en la que la he ignorado desde la última vez que estuvimos juntos. Si supiera la verdad. Lo difícil que fue, lo mucho que me asustaba. Lo mucho que me sigue asustando.

—¿De verdad crees que lo único que he hecho es follar y gastarme el dinero de mi familia estos últimos años?

—Claro que no. —Se mete el último palito de *mozzarella* en la boca, mastica y luego traga—. Gage me ha contado lo mucho que trabajas.

—Y quizá tú necesites aprender a soltarte más y pasártelo bien — respondo.

Ya estamos otra vez discutiendo. Juro que es como los preliminares entre nosotros. Enmascara toda la tensión sexual que se cuece constantemente cuando estamos juntos.

—Sé cómo soltarme. —Su voz es defensiva.

—Pues demuéstralo. —Prácticamente la estoy retando.

Desde que la conozco, siempre se ha preocupado por lo que todos pensaban de ella. Cultivando una determinada imagen, sin permitir que nadie se acercara demasiado por miedo a que vieran a la verdadera Ivy.

Y no es que la verdadera Ivy tenga nada de malo. A mis ojos, es casi la mujer perfecta.

—¿Cómo puedo demostrártelo?

No puedo contestarle por miedo a decir algo tan estúpido que lo joda todo.

No puedo permitírmelo. Demasiado arriesgado.

—¿Puedo ser sincera? —pregunta de repente, sacándome de mis pensamientos.

—Por favor. Por supuesto.

Me observa, su mirada directa, su expresión seria, y quiero escapar.

—Me das miedo.

Estupendo. El sentimiento es mutuo.

—No haré nada que no quieras que haga.

—No es eso lo que me da miedo. —Exhala con fuerza—. El mero hecho de estar en tu presencia es como subir a una estimulante montaña rusa, y me aterroriza constantemente poder caerme y precipitarme a la muerte en cualquier momento.

—Bueno. Eso suena...

—Bastante aterrador, ¿a que sí? —Sonríe, aunque no llega a sus ojos—. Quiero ayudarte, Archer. De verdad que sí.

—Entonces, deja de pensártelo —digo con vehemencia. Joder, juro que la estoy perdiendo. Se me escapa de las manos como pequeños granos de arena y no puedo hacer nada para evitarlo.

—Ya he aceptado ayudarte. No tengo más remedio que estar de acuerdo, dada la forma en la que has manejado esto. —Hace una pausa y se humedece los labios con la lengua. Mi corazón se acelera al ver su bonita lengua rosada—. Te ayudaré, si tú me ayudas.

El alivio me inunda, dejándome sin fuerzas.

—Cualquier cosa. Haré lo que quieras. Dilo y será tuyo.

Ivy aparta su mirada de la mía y agacha la cabeza, estudiando la mesa.

—Cuando estuvimos... juntos la última vez... La noche de la boda de Jeff y Cecily... Todo fue bien entre nosotros, ¿verdad?

La inquietud me invade y un escalofrío me recorre la espalda. ¿Adónde quiere llegar?

—Sí.

—¿Y si trabajamos juntos y pasamos tiempo juntos como si fuéramos una pareja de verdad? —Mantiene la cabeza inclinada, trazando garabatos invisibles sobre el tablero de la mesa con el dedo índice.

—¿Qué quieres decir? —Una lujuriosa esperanza surge en mi interior. No puede estar pidiendo lo que yo creo...

No puede ser. Se trata de Ivy. No sería tan atrevida de pedirme que tuviera una aventura con ella, ¿verdad?

Diría que sí. La conseguiría como fuera, solo por estar con ella.

—Quiero pasar más tiempo contigo, Archer. Quiero llegar a conocerte. Conocer a tu yo adulto, no al adolescente maleducado de nuestro pasado. —Encoge sus delgados hombros, su voz suena totalmente angustiada—. Con los años nos hemos distanciado, hemos seguido adelante con nuestras vidas. Tenerte de nuevo en mi vida me hace darme cuenta de que te he echado de menos.

La incredulidad me invade. Que pueda ser tan honesta, tan increíblemente franca en lo que quiere de mí me deja de piedra. Por lo general yo soy el brutalmente honesto. Pero Ivy lo cambia todo. Yo habría dudado y farfullado y me habría preguntado cómo demonios podría acercarme a ella.

Maldita sea, estoy haciendo eso mismo justo ahora. Sin embargo, ella me dice directamente lo que quiere. No puedo evitar admirarla por eso.

—Yo también te he echado de menos —admito, porque ella se merece esas palabras. Levanta la cabeza, sus ojos muy abiertos se encuentran con los míos, y la sonrío—. Creía que me odiabas.

—Y te odio. —Ella me devuelve la sonrisa—. Pero entre nosotros hay algo más que peleas, odio e irritación constante. ¿No crees?

Oh, lo sé. Pero aún no estoy seguro de si soy lo bastante valiente para decírselo. Pasándome una mano por la cara, me siento tentado de preguntarle por qué está aquí. Conmigo. No me la merezco.

—Sí —murmuro, sin saber qué más puedo decir. Me sorprende que esté dispuesta a darme (a darnos) otra oportunidad.

—Pero será temporal. Cuando el diseño del Deseo esté terminado, habremos acabado. Estoy segura de que para entonces ya estarás listo para seguir adelante. —Su sonrisa se vuelve antinaturalmente brillante—. En todo.

No es verdad. Me dispongo a negarlo, pero ella me interrumpe.

—Nos alejamos el uno del otro antes y nunca me llamaste. Supongo que podría haberte llamado yo, pero no funciona así. —Su sonrisa se vuelve más quebradiza y siento la tentación de abalanzarme sobre ella. Decirle exactamente cuánto la deseo y ver cómo la cautela abandona su mirada. Y la sustituye el placer.

Y, por supuesto, ella no funciona así. Es un tipo de mujer tradicional que merece un hombre que la persiga sin miedo y la haga suya para siempre.

De repente quiero ser ese tipo de hombre. Aunque solo para Ivy.

Para nadie más.

—Esto es muy embarazoso. —Suspira y baja la cabeza, mantiene la mirada fija en la mesa que tiene delante—. Los tíos con los que he estado no tenían remedio, ¿sabes? Yo quería arreglarlos y ellos definitivamente no querían ser arreglados. Y entiendo que tú tampoco quieras. Eres perfectamente feliz en tu estado roto y desordenado. Pero tú, Archer, fuiste el primero con el que realmente me he sentido cómoda. Como si por fin pudiera dejarme llevar y...

—¿Y qué? —le pregunto.

—Tener un... —Su voz se entrecorta de nuevo y sus mejillas se sonrojan—. Ya sabes.

El orgullo me invade, aunque sé que es estúpido. Pero ¿qué hombre no quiere oír esas palabras salir de los labios de una mujer que le atrae?

—¿Tener un orgasmo?

—Sí. —Hace un gesto brusco con la cabeza—. No suelen ocurrirme fácilmente.

Vaya. Tengo que ayudarla. Demostrarle que es una mujer hermosa y deseable que merece tener tantos orgasmos como le plazca. Hacerle saber lo mucho que me deshace con solo una mirada. Una sonrisa. Un atisbo de piel, un breve abrazo. Todo en ella grita «tómame» y mi cuerpo está más que dispuesto a hacerlo.

Me aclaro la garganta y decido ir al grano. Después de todo, soy un negociador de primera clase.

—Así que quieres que te ayude.

—Sí. —Se muerde el labio inferior, con expresión de preocupación.

—A tener muchos orgasmos. —Este giro de los acontecimientos es totalmente surrealista.

No me pienso quejar.

Sus mejillas adquieren un bonito color rosado.

—Sí.

—Y, a cambio, tú me ayudarás.

Ella asiente, sin decir nada.

—Sigo sin creerme que me quieras para el proyecto.

Pongo los ojos en blanco como respuesta.

—No puedo creer que dudes de tus habilidades.

—No es eso. Es que...

—¿Qué?

—No entiendo por qué me quieres cerca —susurra—. ¿Qué está pasando entre nosotros, Archer? Es confuso.

El corazón me da un vuelco. Me siento exactamente igual.

—Yo también estoy confuso, Ivy.

—No actúas como tal. Eres el Archer engreído y arrogante de siempre.

—En el fondo, me paraliza que me mandes a la mierda. —¿Es que no se da cuenta? Apenas he pronunciado una palabra durante los últimos cinco minutos. He dejado que fuera ella la que hablara.

Se ríe, la tensión desaparece de su expresión ante mi confesión.

—Nunca haría eso.

—Nunca digas nunca.

—Entonces tenemos un acuerdo —dice ella, soltando un suspiro tembloroso.

—¿Habilidades de diseño por orgasmos? Creo que sí. —Sonrío, y ella me fulmina con la mirada.

—Haces que suene sórdido. Me pagas por mis habilidades de diseño. —
La preocupación se pasea por su mirada—. ¿Verdad?

Me río entre dientes.

—Por supuesto. Ya lo sabes. —Haciendo una pausa, la contemplo—.
Pero no tienes que pagarme por los orgasmos, ¿sabes? Me encargaré de esa
tarea gratis. Con mucho gusto.

—Dios mío, esto es demasiado vergonzoso. Nunca debería habértelo
contado. —Se esconde la cara entre las manos.

Me pongo de pie y empiezo a acercarme lentamente a ella.

—No te avergüences. —Mi voz es suave y me detengo justo delante de
donde está sentada—. Me alegro de que hayas sido sincera conmigo.

Echa la cabeza hacia atrás y su mirada se cruza con la mía.

—¿Serás sincero conmigo?

Pienso en la apuesta. Pienso en Matt riéndose a carcajadas de mí. En mí
debiéndole esos cincuenta de los grandes extra porque, maldita sea, tenía
razón. Pienso en Gage queriendo asesinarme por mancillar a su hermana.

—Haré lo que pueda —digo, porque es todo lo que puedo ofrecer.

—Me parece bien —murmura ella, con una sonrisa burlona en la
comisura de los labios—. Estoy deseando ver el nuevo resort.

—Estoy deseando enseñártelo.

—Calistoga es precioso.

—Estoy de acuerdo. Espera a verlo. Ojalá el hotel también te parezca
precioso.

Se mordisquea el labio inferior, parece insegura e increíblemente sexi.

—Quiero agradecerte la oportunidad de dejarme trabajar contigo —dice
suavemente.

—Te agradezco que estés dispuesta a ayudar. —Alargo la mano y la rozo
por encima de su cabeza, enredando los dedos en los suaves y sedosos
mechones de su pelo.

—Como te he dicho, no me has dejado otra opción. —Ella niega con la
cabeza, pero yo no retiro la mano. No quiero dejar de tocarla—. Espero no
decepcionarte.

—Nunca jamás podrías decepcionarme —le digo, sabiendo que tengo
razón al cien por cien. Aunque empiezo a preguntarme si se refiere a
decepcionarme de un modo no relacionado con el trabajo.

Una vez más, ella nunca podría decepcionar.

—No lo sé —dice, con la voz llena de dudas mientras observa cómo me acerco.

—Deja que te lo demuestre. —La cojo de la mano para que se ponga de pie.

—¿Cómo? —Le tiembla la voz, su mirada se encuentra con la mía expectante.

—Así.

12

Ivy

La boca de Archer se posa en la mía antes de que pueda pronunciar una sola palabra, y estoy completamente perdida. En su sabor, en su olor, en la forma en la que se acerca a mí como si tuviera todo el derecho a estar ahí. Tocándome, abrazándome, acercándome, rodeándome la cintura con sus brazos.

Esto es lo que realmente quiero. Trabajar con él será un gran impulso para mi carrera; la Bancroft Corporation es un cliente excelente para incluir en mi portafolios y una oportunidad que sería una tonta si dejara pasar.

Sin embargo, esto es lo que anhelo no tan secretamente. Estar de nuevo en brazos de Archer, con sus persuasivos labios acariciando los míos, animándome suavemente a abrirme a él. Lo hago con tanta facilidad..., dejando escapar un suave suspiro cuando su lengua toca la mía. Después de todas mis discusiones y protestas, aún no puedo creer que le haya confesado lo que realmente quería.

Una oportunidad de estar con él, de perderme con él. Libremente.

Es el único capaz de arrancarme un orgasmo. Otros hombres lo han intentado muchas veces antes con diversos métodos. Y cuando no funcionaba, cuando yo no funcionaba, me hacían sentir como un bicho raro. Algunos incluso me llamaron frígida, incapaz, insensible.

Gilipollas. Intentaron acabar con mi autoestima y, durante un tiempo, se lo permití. Hasta que me di cuenta de que no necesitaba que ninguno de ellos me proporcionara un orgasmo. Yo me encargaba por completo de esa tarea. Muy felizmente, debo añadir.

Hasta que llegó Archer. Y entonces... bum. Orgasmo instantáneo. Me gustaría volver a experimentarlo.

Y otra vez y otra y otra.

—Te he echado de menos —susurra contra mis labios, su voz ronca me pone la piel de gallina—. Muchísimo, Ivy.

Estoy a punto de decirle que yo también le echaba de menos, pero vuelve a besarme, esta vez con más fuerza. Su lengua acaricia la mía, sus manos se

aferran a mi cintura, y yo doy un paso hacia él, deslizo las manos por su pecho, mis dedos se amoldan a la pared de músculo firme y cálida. Se estremece con mi contacto y me doy cuenta de que disfruta de él tanto como yo del suyo.

Un descubrimiento poderoso y abrumador.

A medida que nuestras manos se mueven, nuestros labios se buscan y el beso se vuelve profundo. Ardiente. Deslizo la lengua en su boca y apoyo las manos en sus costados, mis dedos se deslizan bajo su jersey para poder tocar la piel lisa y desnuda de su espalda. Me agarra por la cintura, guiándome hacia atrás, hasta que choco contra la pared donde me deja atrapada. Deliciosa y maravillosamente atrapada.

Juguetea con el lazo de mi vestido, sus dedos juegan con los extremos, y luego tira. Tira hasta que se me afloja la tela y lo abre a ambos lados, exponiéndome a su mirada.

Deja de besarme y me observa, su mirada ardiente me recorre el cuerpo, haciéndome consciente de lo expuesta que estoy ante él. Saco pecho y le dejo que mire hasta saciarse. Le recuerdo lo que se ha perdido durante el último mes.

A mí.

—Me estás matando. —Desliza los dedos por debajo del tirante de mi sujetador negro y traza el borde festoneado de encaje sobre un pecho y luego sobre el otro—. Eres tan jodidamente hermosa.

El placer me inunda, me marea, y junto las rodillas por miedo a desplomarme. Casi grito cuando se inclina, con una mano apoyada en la pared junto a mi cabeza, su boca en mi garganta, luego en mi clavícula. Riega de dulces besos mi pecho, la parte superior de mis senos, saboreándome. Me agarro a sus caderas, aferrándome a él con todas mis fuerzas mientras me lame y me besa la piel.

Todo lo que está haciendo me gusta tanto que temo desmayarme de placer. El estómago se contrae, siento calor y humedad entre las piernas, y me muerdo el labio cuando me recorre el vientre con los dedos hasta llegar a la cinturilla de mis bragas negras a juego.

—Puedo ver a través de ellas —susurra, y abro los ojos y ahí está, con su oscura cabeza inclinada, sin duda mirando atentamente el pequeño trozo de tela que apenas me cubre—. De verdad creo que intentas matarme.

Se me escapa una suave carcajada y él levanta la mirada, una sonrisa sexi curva sus deliciosos labios. Inclino la cabeza hacia atrás y rozo mi boca con

la suya, lamiéndole los labios, un suave gemido se me escapa cuando su lengua toca la mía. Podría emborracharme con sus besos. Sus dedos me provocan, deslizándose por mi vientre, metiéndose justo por debajo de la cinturilla de mis finas bragas, sin llegar a donde realmente quiero que esté él.

—Creo que voy a disfrutar con esta tarea del orgasmo —murmura contra mi boca, haciéndome reír de nuevo.

Me encanta lo franco que es. Lo sincero que es. Pasar tiempo con él nunca, nunca es aburrido.

Y menos ahora.

—Quitemos esto —murmura, y me quita el vestido por los hombros para que caiga sobre el pliegue de mis brazos.

Los estiro mientras él se aparta y el vestido cae al suelo alrededor de mis pies. Retiro la tela de un puntapié y me quedo delante de él en bragas, sujetador y tacones negros.

Su mirada baja y recorre todo mi cuerpo, con un sincero agradecimiento en sus ojos.

—Santo cielo, mujer.

Me acaloran sus palabras, la forma en la que me mira. Sacando más el pecho, lo contemplo, el calor reaparece entre mis piernas mientras observa mis senos, fijándose sin duda en cómo mis pezones se clavan en la fina tela de mi sujetador.

Sin previo aviso, se coloca sobre mí, su boca se funde con la mía, sus manos me acarician los pechos y los pulgares me presionan los pezones. Me arqueo ante sus caricias y se me escapa un largo gemido agónico cuando me tira de los pezones. El dolor placentero me atraviesa, aterriza entre mis piernas y me froto contra su muslo, salen chispas de calor que me atraviesan.

—Quiero follarte aquí mismo. Contra la pared. —Su mano se hunde en la parte delantera de mis bragas, tocándome por fin exactamente donde yo quiero—. Estás tan húmeda, Ivy. Por Dios.

Parece torturado. Me siento torturada. Sin pensarlo, lo agarro, moldeando mi mano a lo largo de su erección, acariciándolo por encima de los vaqueros. Ojalá pudiera tocar su piel desnuda. Ojalá pudiera arrodillarme y atraerlo a mi boca...

Decido que es la idea perfecta, y desabrocho frenéticamente el botón y la cremallera de sus vaqueros, empujándolos hacia abajo con manos

impacientes y temblorosas. Caen a sus pies y él se los quita de un puntapié, con su boca pegada a la mía una vez más y su mano entre mis piernas. Cabalgo esa mano sin pudor, gimoteando mientras sus dedos obran una especie de magia sobre mí, y me pierdo en la sensación. Mi respiración sale en estremecedoras exhalaciones y echo la cabeza hacia atrás, con los párpados aleteando mientras sus dedos rodean y acarician mi clítoris una y otra vez.

—Córrete para mí, nena —susurra contra mis labios justo antes de besarme—. Alcánzalo.

Se me escapa un grito desgarrado y cierro los ojos, gimiendo al sentir sus labios en un lado de mi cuello. Arrastra su lengua caliente sobre mi piel mientras yo me aprieto contra su palma y estoy cerca. Tan tan cerca que casi temo que no vaya a suceder.

—Puedo sentirte. Caliente y apretando fuerte alrededor de mi dedo. Quieres más, ¿verdad, Ivy?

Sus ardientes palabras hacen que todo desaparezca. Mi cuerpo se estremece a medida que el orgasmo me recorre, llevándome completamente al límite hasta que lo único que puedo hacer es cabalgar la ola. Me agarro a sus hombros por miedo a desplomarme mientras él sigue acariciándome, con sus dedos ligeros como plumas y tan suaves que casi me dan ganas de llorar de lo increíble que es su tacto.

Dios. Hace que me derrumbe con esos besos cálidos y esas caricias deliciosas, como si fuera una especie de milagro sexual.

Cuando vuelvo lentamente a la tierra, me doy cuenta de que sigue tocándome, lamiéndome la clavícula, apretándose contra mí. Noto cómo su erección me roza el vientre, aún con calzoncillos, y tiendo la mano hacia él. Deslizo los dedos por el ligero rastro de vello oscuro que recorre el camino desde su ombligo hacia abajo. Introduzco las manos por debajo del elástico de sus calzoncillos, toco su piel desnuda y dura, y mis dedos rodean toda su longitud.

—Jesús, Ivy —se atraganta.

Sonriendo, voy resbalando mi espalda por la pared hasta quedar a la altura de su polla. Lentamente le bajo los calzoncillos, dejándolo al descubierto, y su erección salta hacia mí casi con ansia.

Me siento igual de ansiosa. Exultante. Alargo la mano, enrosco los dedos alrededor de su base y me inclino, dejando un beso en la punta. Su gemido

agónico me estimula y lo lamo, llevo mis labios solo alrededor de la cabeza mientras chupo y voy profundizando poco a poco.

—Así no —jadea, tirando de mí con tanta fuerza que no tengo más remedio que ponerme de pie y mirarle de nuevo, con los pies tambaleantes porque aún llevo los malditos tacones. Estoy a punto de quitármelos de una patada cuando me pone la mano en la mejilla, haciendo que levante la mirada—. Déjate los zapatos.

Archer

Estas son mis fantasías hechas realidad. Ivy en mis brazos, agotada por el orgasmo que acabo de proporcionarle. Ivy arrodillada frente a mí, atrayéndome a su boca, su lengua entusiasta lamiéndome con tal frenesí que no sé si podré aguantarlo.

De ninguna manera voy a correrme demasiado deprisa de nuevo. Esta vez quiero que dure lo máximo posible. Así que la pongo de pie de un tirón y empujo hacia abajo con impaciencia sus diminutas bragas para quitárselas. Luego le desabrocho el sujetador y veo cómo lo tira al suelo antes de volver a colocarme sobre ella, pegados, con las bocas entrelazadas, las lenguas bailando y mis manos tocándola.

Los dos estamos desnudos salvo por sus tacones y la levanto, sus piernas rodean automáticamente mi cintura, sus tacones puntiagudos se me clavan en el culo, pero ignoro el agudo dolor. Aprieto mi polla contra ella, muriéndome por hundirme en su interior.

Joder. Primero necesito un condón.

—Tomo la píldora —susurra como si pudiera leerme la mente, y me inclino hacia atrás para mirarla bien.

Tiene los labios hinchados por nuestros frenéticos besos y el pelo revuelto sobre la cabeza. Mi boca le ha dejado marcas rojas en el cuello y su pecho está enrojecido; sus pezones están tan duros que siento la tentación de chupar uno de ellos y metérmelo en la boca ahora mismo y tirar de él con los labios hasta que gima de placer.

—Sí, mmm... A pesar de lo que hayas oído, estoy limpio. Te lo juro. —Trago saliva con fuerza, abrumado por la idea de poseer a Ivy sin barreras. Solo piel con piel. Todo ese calor húmedo y sedoso succionándome profundamente...

—Te deseo, Archer. —Aprieta las piernas alrededor de mis caderas y puedo sentirla. Caliente. Resbaladiza. Tentándome como nadie lo ha hecho nunca—. Confío en ti.

Su simple afirmación amenaza con desarmarme.

Introduzco la mano entre los dos, me cojo la polla y la acaricio con la punta antes de hundirme en sus profundidades. Ella echa la cabeza contra la pared con un fuerte gemido cuando la penetro por completo y empezamos a movernos. Embistiendo. Estamos en perfecta sincronía mientras ella recorre lentamente toda mi polla.

Cierro los ojos y apoyo la frente contra la suya, respirando con dificultad, intentando mantener la compostura. La sensación es jodidamente increíble, con ella rodeándome, hasta que es lo único que puedo ver, oír, oler, saborear. Giro la cabeza y le muerdo el cuello, calmando los mordiscos con pequeños golpecitos de lengua, y ella suelta un suspiro estremecedor, y mi nombre sale de sus labios.

Ese pequeño suspiro me espolea y aumento el ritmo. Sus brazos y sus piernas me acercan y le acaricio el pelo húmedo, respiro su embriagador aroma. Nunca me he sentido tan cerca de una mujer como en este momento con Ivy. Ella es todo lo que quiero. Todo lo que siempre querré.

Ser consciente de ello me resulta tan abrumador que titubeo por un momento mientras mis manos agarran su culo con fuerza. Hago una pausa, intentando mantener el control, desesperado por hacer que esto le guste, pero ella gira sus caderas y me hace penetrarla más profundamente. Tanto que temo no poder salir de allí.

—Más fuerte, Archer —respira contra mi oído, haciéndome estremecer—. Quiero correrme contigo dentro de mí.

Ah, maldita sea, es tan buena provocadora como yo. Aumento el ritmo una vez más, la follo con fuerza contra la pared, su cuerpo golpea fuerte con cada embestida, nuestras pieles sudorosas se pegan la una a la otra, mi mano se enreda en su pelo mientras la cojo por la nuca y la atraigo para besarla. Nuestros labios se encuentran, nuestras lenguas se acarician y entonces gimo contra ella, corriéndome con tanta intensidad que juro que veo las estrellas.

Ella también se corre. Noto cómo me comprime, exprimiendo aún más mi orgasmo hasta dejarme totalmente exhausto. Permanecemos juntos durante un largo momento de silencio, con el único sonido de nuestras respiraciones entrecortadas y nuestros frenéticos latidos. Aún no estoy

preparado para soltarla, ni para salir de sus profundidades ardientes, y me quedo quieto. Envuelto en su abrazo, sin querer moverme.

—Yo... mmm. Guau —murmura minutos después, y yo me río y levanto la cabeza para mirarla—. Eso ha sido... No quería que pasara eso.

—¿En serio? —La beso, sin sentirme ofendido en lo más mínimo. No dudo ni por un segundo de que ella no pretendía que esto ocurriera. En realidad, yo tampoco.

Pero cuando estaba allí sentada hablando de su falta de orgasmos, fue como si me lanzara un desafío. Tenía que demostrarle que estaba equivocada.

Muy equivocada.

—Es que... —Se ríe y sacude la cabeza—. Haces que me resulte difícil formar palabras, después de todo esto.

—Mmm. —Vuelvo a besarla, sus labios hinchados se abren para mí con facilidad mientras penetro su boca con la lengua—. Somos increíbles juntos.

—Lo somos, ¿verdad?

—Voy a disfrutar mostrándote lo increíble que es una y otra vez durante estas dos próximas semanas. —Lo digo como una promesa. Un juramento. Porque lo es.

Me empuja el pecho con las manos, así que me alejo de ella, pero sigo sin soltarla.

—Eso suena prometedor.

Me encuentro con su mirada, y controlo mis palabras, deseo contarle la verdad.

—Fui un idiota por fingir que lo que pasó entre nosotros no existía. Y lo siento. —Inclinándome, dejo caer un suave beso en sus labios hinchados—. Siento haberte decepcionado. Estoy deseando empezar a trabajar contigo. Confío en tus instintos. Creo en tus habilidades. Y ansío que trabajemos juntos en este proyecto y hagamos de mi resort la mejor puta cosa que el sector haya visto jamás.

Una sonrisa lenta y sexi curva sus labios y vuelve a besarme.

—Me encanta cuando hablas así.

—¿Cómo, como un gilipollas arrogante?

—Sí. —Sus labios se detienen en los míos—. Encuentro tu arrogancia... excitante.

—¿De verdad?— Lo dudo, pero lo acepto.

—Sí, de verdad. —Me lame la mejilla y me estremezco. ¿A qué demonios ha venido eso?—. Llévame a la cama, Archer. Enséñame qué más pueden hacer esas manos y dedos mágicos.

—Espera a ver lo que mi lengua mágica puede hacer por ti. —Se me pone dura solo de pensarlo.

—Estoy deseando verlo.

13

Ivy

Once días. Llevo once días en Calistoga con Archer y no puedo creer lo maravilloso que ha sido. Ajetreado, cansado y agotador, pero también... increíblemente alucinante.

No quiero bajar nunca de esta altura.

Hemos estado trabajando sin parar en el Deseo. Es pequeño, pintoresco, precioso y sofisticado a la vez. He estudiado infinitas muestras de telas y colores de pintura para los interiores, y he buscado en suficientes catálogos de muebles y sitios web como para que se me nublaran los ojos, hasta que por fin he dado con la combinación de colores perfecta para las ocho *suites*, además del vestíbulo y el *spa*.

Todo con la aprobación de Archer, por supuesto, y a él le ha encantado todo lo que se me ha ocurrido. Teniendo en cuenta que tenemos gustos similares, ha sido un camino relativamente fácil. A pesar de todas nuestras discusiones y peleas del pasado, me cuesta creer lo fácil y bien que trabajamos juntos. Es brillante e inteligente y se le ocurren las mejores ideas. Le hago cumplidos constantemente.

Y luego me lo agradece besándome hasta volverme loca, desnudándose y haciendo de las suyas conmigo. Una y otra vez.

Cada noche que estamos juntos es así. Nos unimos en un frenesí de respiraciones acaloradas, besos deliciosos, suspiros suaves y manos errantes sobre la piel desnuda. Durante el día nos comportamos lo mejor que podemos, trabajando duro, repasando planes, todo tipo de planes, o volviendo al Secreto, donde Archer tiene que ocuparse de sus responsabilidades cotidianas, que son tediosas y a veces irritantes, pero siempre las maneja con soltura.

Es tan bueno en su trabajo que da gusto verle en acción. Admiro la facilidad que tiene con la gente. La eficacia con la que gestiona una queja de un cliente, una queja de un empleado, una llamada de un periodista que pregunta por Calistoga. Es un no parar, todo lo que tiene que hacer él.

Cada día que pasa, crece mi admiración hacia él. Archer me importa mucho más de lo que quiero admitir. Y creo que yo también le importo a él. Al pasar tanto tiempo con este hombre magnífico, frustrante, adorable, volátil, dulce y testarudo, me he dado cuenta de lo poco que sabía de él hasta ahora.

Su determinación. Su pasión. Su inteligencia. Cree tanto en lo que hace, en el servicio que presta a la gente, que hará todo lo posible para ofrecer a sus huéspedes el mejor servicio que su dinero pueda comprar. Y está haciendo todo lo posible por el nuevo resort. Le está costando una fortuna. A sus clientes también les costará una fortuna, pero tengo la ligera sospecha de que les encantará y volverán.

Y lo convertirá en otro éxito absoluto.

Me paso los dedos por el pelo, me rasco la nuca y entrecierro los ojos ante la pantalla de mi portátil. He estado buscando las alfombras del vestíbulo y no las encuentro. Tengo una imagen en la cabeza, pero hasta ahora nada se acerca a lo que imagino. Me temo que voy a tener que conformarme.

Sé que si se lo dijera a Archer se enfadaría. Me exigiría que continuara buscando hasta que encontrara las alfombras que quiero. No le gusta conformarse, ni siquiera con las alfombras.

Encorvada sobre mi portátil, doblo la pierna por debajo de mí en la silla y suspiro, desplazándome por otra página web de telas, mirando un montón de alfombras feas y mal hechas. Tengo la vista borrosa y me duele el cuello. Son más de las siete, estoy deseando dejarlo, pero intento esperar a que vuelva Archer.

Tonto, sí, pero no puedo evitarlo. Quiero verle.

Cuando no estamos en Calistoga, tenemos la base en el despacho de Archer en el Secreto. Ahí es donde estoy ahora, esperándole, mientras se ocupa de algún asunto urgente. Siempre hay asuntos urgentes de los que Archer se ocupa. Él lo hace todo en el Secreto. El pobre tiene tantas cosas a su cargo que me abruma, y no soy yo quien tiene que ocuparse de todo; yo solo soy una observadora. La mayor parte del tiempo está apagando distintos fuegos, lo que debe de cansar mucho.

Pero supongo que esto es lo que conlleva ser el dueño.

Estiro los brazos por encima de la cabeza, hago una mueca cuando oigo y siento que me cruje el cuello, y luego vuelvo a colocarme en la misma postura. Enrosco los dedos alrededor del ratón y de pronto, unas manos

grandes y cálidas se posan sobre mis hombros, haciéndome chillar de sorpresa.

—Estás tensa —murmura Archer, con esa voz profunda que me llega directamente al oído.

—Me has dado un susto de muerte. —Hundo los dientes en el labio inferior para evitar que se me escape un gemido cuando empieza a masajearme. Dios mío, qué bien siento. Creo que podría derretirme si sigue así.

—Perdona. Estabas demasiado ocupada frunciendo el ceño delante del portátil. —Sigue masajeándome los hombros y cierro los ojos, deleitándome con su tacto. Con lo bien que me hace sentir—. ¿Has encontrado lo que querías?

«Si estamos hablando de ti, sí, claro que sí».

—La verdad es que no —admito con un suspiro.

Está de pie justo detrás de mi silla, masajeándome los hombros, clavando sus dedos en mi carne. Todo mi cuerpo entra en calor y se relaja al tener sus manos sobre mí; quiero darme la vuelta, cogerle y decirle que volvamos a casa.

Da miedo cómo empiezo a considerar su casa como mi hogar. Desde luego, no estoy pasando las noches en la habitación de invitados. Ni en el Secreto, como habíamos planeado en un principio. No, tengo la suerte de pasarlas en su increíble y enorme cama de su igualmente increíble y enorme dormitorio.

Claramente, el chico sabe vivir con todos los lujos disponibles. Puede que mis padres sean ricos, pero son bastante modestos comparados con Archer.

—Deberías coger cita para un masaje —murmura, regalándome un beso en la cabeza.

Se me calientan las entrañas ante ese dulce gesto. Me muero por tener esa boca suya sobre la mía.

—¿Por qué iba a necesitarlo cuando te tengo a ti? —Abro los ojos y suspiro. Sí. Sí, estoy perdida. Por Archer.

Todo por Archer.

—Cierto. —Suena divertido, su voz cálida, su tacto suave al apretarme los hombros—. Te daré un masaje en condiciones cuando llegemos a casa.

—Me gusta cómo suena eso.

—Incluirá aceites especiales del *spa* y tú completamente desnuda. —Su voz se convierte en un susurro ronco que me produce escalofríos, y sonrío a

la pantalla del portátil.

—Suenan absolutamente increíbles.

—Lo será, puedo prometértelo. —Se agacha a mi lado, con la cara a la altura de la mía, y dirijo la mirada hacia la suya, maravillada por sus apuestos rasgos. Su pelo castaño oscuro le cae sobre la frente y me dan ganas de apartarlo. Eso hago, y mis dedos se hunden en su cabello suave y sedoso—. Sigues buscando alfombras para el vestíbulo, ¿eh?

—Ha sido un proceso bastante... frustrante. —Salgo de la página web que estaba consultando y me vuelvo hacia él.

—Conozco a alguien que diseña alfombras. Tiene un estudio donde las tejen a mano. —Sonríe—. Cada una de ellas es como una obra de arte.

—Seguro que lo son. Obras de arte muy caras —recalco.

Nos hemos pasado completamente del presupuesto, pero a él le da igual. No repara en gastos. Me vuelve loca.

Y me hace admirarle aún más.

Sacude la cabeza.

—Nunca había visto a una persona tan obsesionada con las alfombras.

—Eso es porque tengo una idea en la cabeza de la que no me puedo librar. —Me doy un golpecito en la frente—. Y es un asco porque me decepcionan todas las horribles alfombras que veo.

—Decidido. Voy a llamarla ahora mismo y concertaremos una cita para verla mañana. Puede crear lo que quieras, es así de buena. —Saca el móvil y empieza a buscar entre sus contactos—. En realidad, le enviaré un mensaje, a ver si está disponible por la mañana.

—Archer, solo nos quedan unos días para abrir. Es imposible que la tenga a tiempo. —Sacudo la cabeza, sorprendida de que haga tanto por complacerme.

—Entonces, colocaremos algunas alfombras de un color sólido durante unos días mientras insisto en que ella acelere el proceso. Créeme, trabajaré en las alfombras veinticuatro horas al día si le pago bien.

—No merece la pena... —empiezo, pero me hace callar con una mirada tan increíblemente dulce y sexi que siento que mi corazón se abre un poco más cada vez que la veo.

Como ocurre ahora mismo. Se está abriendo de par en par, y todo por Archer.

—Si te hace feliz, vale la pena. Ya me has dibujado lo que querías, ¿recuerdas?

Asiento con la cabeza, un poco avergonzada de que estemos teniendo esta discusión sobre unas estúpidas alfombras.

—Que estés dispuesto a llegar tan lejos cuando ni siquiera sabes qué aspecto tendrá dice mucho.

—¿Que estoy loco? —Su sonrisa crece, ese hoyuelo suyo aparece y me inclino hacia él para darle un beso.

—Yo soy la loca. —«Loca por ti...».

Solo de pensarlo me asusto un poco.

—Sí, lo eres, nena —murmura.

Me encanta que me llame nena. Mi estómago se revuelve cuando se inclina más hacia mí y puedo distinguir cada puntito de barba incipiente en sus mejillas, ver el cansancio en sus ojos castaño oscuro. Parece tan agotado como yo y noto un repentino impulso de hacerle sentir mejor.

—Pero sin duda tú también estás loco —digo, embelesada por las manchas doradas de sus ojos marrones, por la forma en la que me miran, llenos de tanta emoción. Emoción que no puedo comprender, y tampoco quiero. Da un poco de miedo contemplarlo, y aún no estoy preparada para enfrentarme a ello—. Te has pasado por completo del presupuesto.

—Tú fuiste quien me puso el presupuesto. No hay límite para este lugar. Ya te lo he dicho. —Me besa, es un beso largo, y solo con eso ya le deseo.

Quiere hacerme perder todo el control... y con gusto.

Me echo hacia atrás y pongo los ojos en blanco. El presupuesto que intenté que aceptara ha desaparecido por completo. No me extraña que vuelva loco a su padre. Don Bancroft planifica y traza hasta el más mínimo detalle. Tiene una lista, un gráfico y una hoja de cálculo para cada pequeña cosa. No se sale ni un céntimo del presupuesto a menos que se vea absolutamente obligado a ello, al menos según las historias que me ha contado mi hermano. Y cuando se sale del presupuesto, no para de refunfuñar y quejarse.

En cambio, Archer tiende a improvisar y a esperar que todo salga bien. Ya le funcionó con el Secreto. Sé que esta vez también le funcionará con el Deseo. Puedo sentirlo. Su amor y entusiasmo por esta inauguración eclipsan todo lo demás.

Bueno, su entusiasmo por mí también es bastante brillante. ¿Amor? Lo dudo, pero voy a deleitarme con lo que compartimos mientras lo tengamos. Porque es efímero, lo sé.

Y creo que él también lo sabe.

Nuestras dos semanas juntos están a punto de terminar, y no puedo soportar la idea de estar lejos de él.

—No deberíamos dejar que tu amiga hiciera esas alfombras. Seguro que puedo encontrar algo que funcione. Me gusta la idea del color sólido. Es sencilla. No me torturará tanto mientras busco el patrón perfecto. Ahora solo tengo que encontrar el color perfecto. —Me aparto de él, con el dedo preparado para reanudar la búsqueda en el portátil, pero me toca el brazo, lo que hace que vuelva a mirarle.

—Ya le he enviado un mensaje. Nos reuniremos con ella mañana a primera hora. Tu jornada laboral ha terminado oficialmente. —Sonríe, suavizando sus exigentes palabras—. Si quieres, te llevo a cenar.

—¿Dónde? —pregunto sin aliento, sintiendo un hormigueo por el brazo a causa de su contacto. Tiene la palma ancha y los dedos largos, y va pasando la mano de arriba abajo, lo que me acelera la respiración—. Estoy un poco cansada. Ha sido un día muy largo.

—Podríamos quedarnos aquí esta noche. Hay un par de *suites* disponibles. Podríamos pedir algo al servicio de habitaciones, ¿te parece? —Levanta las cejas, esperando mi respuesta.

He querido probar esas bañeras exteriores construidas para dos desde que vi una por primera vez. Trabajar con Archer se ha convertido en una especie de juego previo tortuoso, en el que me deleito y agonizo a la vez. Deseos y anhelos durante el día, miradas intensas y caricias rápidas.

Archer Bancroft me hace sentir una mujer segura de sí misma, inteligente y deseable. Y voy a ejercer mi nuevo poder sobre ese hombre que me lo dio antes a mí.

Archer

—El servicio de habitaciones me parece perfecto —dice Ivy tras una pausa demasiado larga.

Joder, por un momento he pensado que iba a decir que no.

El Secreto está tranquilo, lo que me favorece, ya que últimamente paso la mitad del tiempo en Calistoga. Siempre con Ivy a mi lado, ayudándome, ofreciéndome sus sugerencias, guiándome cuando me desvío del camino, empujándola yo cuando está siendo demasiado conservadora.

Desde el primer día, me di cuenta de que formamos un buen equipo. Hay algunas diferencias entre nosotros que equilibran nuestras personalidades y nos permiten trabajar bien juntos. Es difícil admitirlo cuando en el pasado lo único que hacíamos era discutir cada vez que nos encontrábamos.

Pero las discusiones eran el resultado de toda esa molesta atracción sexual que se interponía entre ambos. Y eso no ha desaparecido. Por supuesto que no. Pero nos ocupamos de ese tema por las noches. Ambos estamos agotados tras una cargada y larga jornada de trabajo, pero siempre nos dedicamos tiempo el uno al otro. En la cama. Enredados, con los miembros desnudos entrelazados. Mi última tarea del día es hacer gemir de placer a Ivy.

Me estoy enamorando de ella. Mucho. Rápido. No quiero que se vaya. La siento como una verdadera compañera en todos los sentidos de la palabra.

Y eso me da mucho miedo.

Trabajar codo con codo con Ivy desde que llegó aquí ha sido estimulante. Conocerla y verla en su elemento me ha dejado impresionado. Puede que sea joven y se encuentre en una fase temprana de su carrera, pero es inteligente y tiene instinto, también un gusto excelente. Sin duda, sé que mi resort va a tener un aspecto increíble cuando terminemos.

Solo espero que podamos solucionarlo todo y tenerlo listo en los próximos días. Eso es lo único que me crea ansiedad.

Bueno, eso y el hecho de que, en cuanto abra el Deseo, Ivy se irá fuera de mi vida.

Joder, eso me desespera tanto que no puedo pensar en ello. Ivy no cree que yo pudiera aguantar. Y a veces yo también dudo de mí mismo. No quiero someterla ni someterme a una relación condenada al fracaso.

Pero ¿estamos realmente condenados? No lo sé. Estoy tan acostumbrado a pensar así que me cuesta creer otra cosa.

—Entonces ¿quieres ir a la habitación? ¿O comer aquí en la oficina y luego ir a casa? —Esta noche no quiero la formalidad de mi despacho, comer en mi escritorio, hablar de negocios, como hemos estado haciendo constantemente desde que la traje aquí.

Esta noche quiero estar en una *suite*, a solas con ella y aislado del resto del mundo. Podemos cenar, planificar nuestro horario para mañana y luego perdernos el uno en el otro. Mi parte favorita del día son las noches. Estar a solas con Ivy.

Estar dentro de Ivy.

Sin embargo, ¿cómo me sentiré cuando todo haya terminado? Normalmente, con las mujeres eso no suele ser un problema. Pero, diablos, nunca permito que ellas se acerquen tanto a mí. Sus expectativas crecen hasta proporciones insuperables, y yo tengo que defenderme de su decepción y su sensación de abandono.

Mi sensación, en el caso de Ivy, es que me resultará difícil no verla, por no decir no tenerla en mi vida. Seré yo quien tenga esa percepción de abandono cuando ella me deje.

—¿Qué tal si llamas para pedir la cena y yo me encargo de la *suite*? — sugiero.

Sonríe y sus ojos color avellana brillan. Cuando me mira así, me siento invencible y como si no pudiera hacer nada mal. Lo que compartimos es demasiado fácil.

Recuerdo que me quejaba a Gage de que me ponía nervioso cuando las cosas eran demasiado fáciles. Debería estar sintiéndome así en este momento. Pero lo único que puedo hacer es pensar en lo guapa que es. En las ganas que tengo de besarla. En cómo disfruto pasando cada momento despierto con ella. También en cada momento que duermo con ella.

—Me parece perfecto. Estoy deseando probar una de esas bañeras al aire libre —admite tímidamente—. ¿Quieres que pida por ti? Me encanta cómo cambia siempre el menú.

Eso es porque he contratado a un chef de fama internacional que es un incordio y vale cada céntimo que le pago.

—Sí, elige tú. Ya sabes lo que me gusta. Iré a buscarte dentro de unos diez minutos, ¿vale? Antes tengo que terminar unas cosas.

—De acuerdo. —Cierra el portátil, se levanta y yo la cojo y la estrecho entre mis brazos.

Se gira más hacia mí, su mirada se cruza con la mía, unos ojos grandes e impenetrables, mientras me agarra de la corbata y me atrae hacia ella para besarme. Le meto las manos en el pelo, alborotándoselo por completo, sin importarme una mierda. Me encanta cuando está despeinada y parece mareada, con las mejillas sonrojadas y los labios hinchados por nuestros constantes besos.

Maldita sea, estoy loco por esta mujer. Y no me importa si alguien lo sabe o no. Incluido Matt.

Incluido Gage.

Sí, tengo que decírselo a Gage. Ambos necesitan saber lo que está pasando. No es que vaya a soltar la pasta, todavía no. Dijeron que ella no contaba, pero, maldita sea, cuenta para mí. Sin embargo, yo no pagaré ningún tipo de apuesta hasta que le ponga un anillo en el dedo.

No puedo creer que esté contemplando la posibilidad de poner un anillo en el dedo de Ivy.

—Te veré dentro de un rato —murmura cuando por fin dejo de besarla.

Tiene la cara vuelta hacia la mía, los labios ligeramente fruncidos y los párpados pesados, lo que le da un aire sensual y sexi. Su aroma, dulce y embriagador, me envuelve y siento la tentación de abalanzarme sobre ella aquí mismo. No sería la primera vez que follamos encima de mi escritorio. La última, le levanté la falda, le quité las bragas y la hice correrse con mi lengua en un tiempo récord. Tenía que hacerlo, porque debía asistir a una reunión y todos me estaban esperando.

Se me pone dura solo de recordarlo.

—Sí, seré rápido, te lo prometo. —Ya estoy ansioso por verla y aún no se ha ido.

Sonríe como si pudiera leerme la mente, y yo me humedezco los labios, mirándola fijamente a la boca, dispuesto a ceder y besarla de nuevo. Ella se balancea hacia mí, deja escapar un pequeño suspiro mientras nuestras bocas se acercan, más y más...

Suena el puto móvil y me aparto de ella de un salto, pasándome una mano por el pelo, que se me despeina. Ya nos han interrumpido bruscamente antes, y lo odio.

—Mierda —murmuro al sacarlo del bolsillo y ver el número; observo cómo Ivy retrocede, colocándose unos mechones de pelo sueltos detrás de la oreja y mordisqueándose el labio inferior.

Maldita sea, ojalá fuera yo quien le mordisqueara el labio inferior.

—¿Qué diablos pasa entre mi hermana y tú? —dice Gage. Ni hola, ni cómo va la cosa. Se lanza directamente al ataque.

—Trabaja para mí, Gage. Ya lo sabes. —Miro a Ivy, que señala la puerta, murmura un «hasta luego» y sale corriendo de mi despacho sin decir una palabra más.

Por suerte para ella, no tiene que lidiar con su hermano cabreado.

—Sí, pero he visto una foto muy íntima de vosotros dos juntos en la que parece que estás a punto de besarla. —Gage me está gritando literalmente—. ¡¿De qué vas, tío?!

—¿De qué foto estás hablando? —Oh. Mierda. ¿Quién nos ha hecho una foto? ¿Y dónde? ¿Tengo a los *paparazzi* rastreando mi culo?

Por supuesto que sí. Con qué facilidad se me olvida.

—No lo sé. Se os ve en algún sitio al aire libre. Estáis muy cerca y ella se inclina hacia ti. En serio, parece que los dos estáis a punto de besaros o que acabáis de besaros. —Gage hace una pausa, coge aire de forma audible—. Si estás con ella, será mejor que no le rompas el corazón. Te juro que te mato, Archer, y lo sabes.

—No estoy con ella —digo automáticamente, haciendo una mueca de dolor en cuanto las palabras salen de mis labios. Me he convertido en un mentiroso.

Así de fácil.

—Entonces ¿qué pasa con la foto? Ah, ¿y he mencionado que tú la estás rodeando con el brazo?

Maldita sea, ¿se ha guardado Gage esa información a propósito?

—No tengo ni idea. Admito que nos hemos acercado. Pasamos mucho tiempo juntos trabajando. Y realmente nos llevamos bien. ¿Te lo puedes creer? —Silencio por parte de Gage, lo que, por supuesto, hace que quiera esconderme en algún sitio—. No hay nada de qué preocuparse, Gage. Te lo juro —digo mientras camino por mi despacho y recojo varios papeles y otras cosas, ordenando todo para dar por concluido el día. Estoy lleno de una energía nerviosa y necesito mantenerme ocupado antes de soltar una confesión del tipo: «Bien-me-pillaste-creo-que-me-estoy-enamorando-de-tu-hermana-dime-qué-hacer».

—Dime que no te acuestas con ella.

Maldita sea, joder. Eso es ir directo al grano, Gage.

—No me acuesto con ella —digo automáticamente, porque en realidad no lo hago. Cuando llevo a Ivy a mi cama, rara vez dormimos.

—No olvides la apuesta —me recuerda.

Como si pudiera hacerlo. Esa apuesta está grabada a fuego en mi cerebro, haciéndome sentir como un mierda porque si Ivy alguna vez se entera, sobre todo ahora, probablemente me colgará de las pelotas y dejará que Gage haga conmigo lo que quiera. Y no la culparía. Me siento como un mentiroso. Como si estuviera ocultando la apuesta, ocultando nuestra relación como si me avergonzara de que me vieran con ella. Y no es así para nada.

—Y no olvides que es mi maldita hermana.

—No tengo nada con Ivy —murmuro, dejándome caer en la silla del escritorio con un golpe seco. Mierda. No necesito este tipo de sermón esta noche. Si lo permito, acabará con mi buen humor. Y ya lo estoy permitiendo—. Ella no cuenta, ¿recuerdas? Eso lo dijisteis Matt y tú.

Odio incluso decirlo, por no hablar de pensarlo. Ella cuenta mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar.

—Sí, ya sé lo que dijimos, pero sigue siendo guapa y dulce y, joder, por lo que sé la has deseado durante años. No sé qué pensar. —Maldita sea, Gage está demasiado cerca de la verdad. Parece preocupado y eso me hace sentir fatal.

¿De verdad cree que sería un imbécil despiadado, que iría tras su hermana sin pensar y le haría daño cruelmente?

—Es una amiga. Hace bien su trabajo. Ya sabías que esto iba a pasar cuando te llamé hace unas semanas, ¿recuerdas? —Con qué facilidad olvida Gage. Vive en su mundo—. ¿A qué viene ahora el pánico?

—No pensé que le pedirías que trabajara para ti. —Hace una pausa—. Además, he estado... distraído. No he estado mucho por aquí. Ni siquiera sabía que ella estaba en la ciudad.

—Bueno, la contraté y se queda aquí conmigo. En el resort. —Mentira otra vez, pero, maldita sea, no quiero que sepa que se aloja en mi casa. En mi cama—. Y está haciendo un trabajo fantástico. —Me reclino en la silla y miro al techo—. No te preocupes. Tu hermana está a salvo conmigo.

—Más te vale. Normalmente no me fío de ti ni un pelo, pero estamos hablando de Ivy. Si le haces daño, te hago daño.

Sé sin lugar a dudas que Gage cumplirá su promesa.

Archer

Noche de la inauguración

—¿Qué te parece?

Me giro y veo a Ivy de pie delante de mí, con un vestido que debería estar prohibido, le queda tan condenadamente bien... Demasiado bien.

—Mmm... —No encuentro la lengua y casi me la trago cuando ella da un pequeño giro, la falda se abre y deja al descubierto sus bonitas rodillas y sus delgados muslos.

—Me encanta, pero no estoy segura —dice de nuevo frente a mí, con una enorme sonrisa en la cara.

Tiene el pelo recogido, su elegante cuello al descubierto, y unos pequeños mechones de pelo castaño oscuro que se enroscan contra sus mejillas y su cuello. Es tan hermosa que duele mirarla.

—Di algo, Archer, antes de que piense que no te gusta.

El vestido es de encaje blanco y sin mangas, el escote desciende en una V profunda que deja al descubierto toda esa piel suave y besable. Una sencilla cinta de satén dorado la rodea, justo por debajo de los pechos, atada en la espalda en un bonito lazo, y siento la tentación de deshacerlo lentamente, bajarle la cremallera del vestido, quitárselo y besarla por todas partes.

Pero tenemos que ir a la fiesta de inauguración del Deseo. A la que ya llegamos tarde.

—Creo que estás increíble. —Me acerco a ella y le doy un suave beso en los labios. Parece nerviosa y le cojo las manos, dándole un apretón—. ¿Qué te pasa, nena?

—¿Y si no les gusta? —suelta—. Los interiores... Todo... Nunca podré perdonármelo.

—Les va a gustar. Todo tiene un aspecto increíble. —Y lo tiene. Ha hecho un trabajo fenomenal. Hemos hecho un trabajo fenomenal juntos. Lo que demuestra una vez más que formamos un gran equipo.

—¿De verdad? —Me mira atentamente, me mira de verdad, y sé que ahora más que nunca necesita que la tranquilice.

—De verdad. —Vuelvo a besarla, esta vez un beso un poco más largo, dejándola sin aliento al separarnos—. No te mentiría.

Eso en sí mismo es mentira. Ahora mismo le estoy ocultando algo. Como esa estúpida apuesta. Es la cosa más infantil en la que he participado nunca, y no quiero que se entere de lo que dijeron Matt y Gage. Que ella no contaba. Que ninguno de ellos cree que yo pueda estar interesado en ella.

Tengo que sincerarme con ella antes de que Gage o Matt lo estropeen y se lo digan primero. Se supone que ambos asistirán esta noche, pero no tendrán ocasión de hablar con ella a solas. Me aseguraré de tenerla a mi lado toda la noche.

—Archer... —Respira hondo, como si reuniera fuerzas, y la aprieto más, sin querer romper esta conexión física o emocional que tenemos—. ¿Qué pasará después de esta noche?

—¿Qué quieres decir? —Sé exactamente lo que quiere decir. Solo estoy ganando tiempo para que se me ocurra una respuesta lógica.

—Entre nosotros. Tengo... Tengo que volver a casa. He de incorporarme a mi trabajo. —Baja la cabeza, apoyando la frente en mi pecho, y yo le rodeo la cintura con los brazos, estrechándola contra mí—. No quiero dejarte —susurra.

Me da un vuelco el corazón. Esto ha sucedido tan malditamente rápido. Y yo lo he permitido. Lo he disfrutado de verdad.

—Yo tampoco quiero que te vayas —admito.

Suspira, y siento que toda la tensión abandona su cuerpo mientras se funde contra mí.

—No sabes cuánto me alegro de que digas eso.

Deslizo la mano por debajo de su barbilla, le levanto la cara y veo cómo brillan unas lágrimas en sus bonitos ojos color avellana. En este momento son más verdes que marrones y beso la lágrima que cae sobre su mejilla, con el corazón en un puño al ver esa muestra física de emoción viniendo de ella.

—Me estoy enamorando de ti, Ivy. —Ya me he enamorado. Y ahí estoy, admitiéndolo. Joder, ¿qué me pasa?

Estoy enamorado de Ivy. Eso es lo que me pasa.

—Oh. —Aprieta los labios y cierra los ojos, pero le cae otra lágrima sobre su mejilla. También la beso—. Dios, Archer, yo... yo también me estoy enamorando de ti.

Yo también estoy pillada por ti Por una vez, me lo juego todo por una mujer. Por esta mujer, la mujer que amo. La mujer a la que creo que siempre he amado, solo que nunca lo he sabido hasta este preciso momento.

—Tenemos que irnos, nena. —Vuelvo a besarla, porque después de hacer semejante confesión desde lo más profundo y oscuro de tu alma, tienes que estar seguro de que ella está de acuerdo.

La forma rápida en la que me besa, se aferra a mí, me dice que sí, efectivamente, indica que está de acuerdo. Estamos escribiendo el mismo maldito libro. Juntos.

—¿Podemos hablar más tarde? ¿Mañana? ¿Sobre... nosotros? —me pregunta cuando por fin, a regañadientes, me separo de ella.

—Lo que tú quieras. —Le acaricio la mejilla, mirándola fijamente a los ojos. Siento que cada vez estoy más enamorado de ella.

—No puedo creer cómo has transformado este lugar. —Matt echa un vistazo al vestíbulo, con los ojos muy abiertos absorbiéndolo todo—. Tiene una pinta increíble, Archer. Deberías estar orgulloso, tío.

Lo estoy. Tan condenadamente orgulloso que siento que voy a explotar.

—Sí, tú lo viste en su estado más desnudo, feo y hecho polvo, ¿no?

Era un edificio destartado y en ruinas que en su día albergó un *spa* de primer nivel. Antes de que llegara la recesión y se llevara por delante el negocio del anterior propietario con una fuerte y terrible caída. Permaneció vacío durante unos cuatro años, lo que permitió que los ladrones y vagabundos que pasaban por allí lo destrozaran por completo y lo despojaron de todo lo valioso.

Pero desde el momento en el que entré supe que tenía potencial. Compré el edificio y el terreno por una miseria. Ha sido la mejor decisión que he tomado. No solo tengo un nuevo negocio del que estar orgulloso, sino que crear este resort nos ha unido a Ivy y a mí.

—Pues sí, y pensé que el lugar parecía sacado de una película de terror. Podría haber intentado disuadirte de comprarlo, aunque no me habrías hecho caso. Pero eres tú quien tiene la visión, no yo. —Matt sacude la cabeza, con la mirada todavía barriando el interior—. Y Ivy te ha ayudado con todo, ¿verdad?

—Sí, más bien ella lo ha elegido todo. Los muebles, los cuadros que cuelgan de las paredes, las lámparas, los accesorios, todo es la visión de Ivy, que complementa la mía, gracias a Dios. Yo me limité a firmar todas las

facturas y no me he molestado en discutir con ella. Todo lo que ha elegido funciona, ¿no crees? —Quiero oírle elogiarla. Necesito que alguien se una a mí, ya que parezco un novio demasiado orgulloso de su pareja.

Que en cierto modo lo estoy.

—Sí. El lugar es precioso. ¿Y no habéis discutido? Eso no es propio de Ivy y de ti —bromea Matt.

—Lo sé. Trabajamos bien juntos. —Obviedad del año. Ivy y yo lo hacemos todo bien juntos.

—Estoy seguro —dice Matt con ironía—. ¿Tienes algo con ella y estás intentando ocultárnoslo? ¿Es eso?

—Claro que no —replico, con los nervios carcomiéndome las entrañas. Ivy está cerca, pero no me oye, y lo último que quiero es que se entere de esta conversación.

—Se os veía muy acaramelados antes cuando llegasteis.

Hemos llegado un poco tarde, pero aun así hemos estado antes de la hora de inicio de la fiesta, así que no esperábamos que ninguno de nuestros invitados estuviera aquí todavía.

Muy propio de Matt arruinarlo todo y aparecer temprano. Y ser testigo de cómo Ivy y yo entramos en el vestíbulo con mi brazo alrededor de su cintura, haciendo que se sonrojara y soltara una risita cuando le he susurrado lo jodidamente sexi que estaba.

Aunque Matt nos ha saludado a cada uno con una sonrisa fácil y un abrazo amistoso, he notado los nervios que irradiaba Ivy. No sé si ella habrá sentido los nervios que vibraban en mí.

Lo más probable. El mundo exterior aún no nos ha descubierto. Bueno, no que ella sepa. No le he hablado de la foto por la que me llamó Gage.

—No voy a negar que nos hemos acercado —digo por fin cuando me doy cuenta de que Matt espera una explicación—. Pero solo somos amigos. No hay nada entre nosotros. —¿Por qué demonios he dicho eso?

—Seguro. —La voz de Matt es plana y carente de emoción, lo que significa que no cree ni una palabra de lo que digo.

—Lo digo en serio —asiento con un movimiento de cabeza—. Tiene mucho talento. Deberías plantearte contratarla cuando rediseñes el interior de la bodega.

—¿Quién ha dicho que vaya a rediseñarla? —pregunta Matt, ligeramente sorprendido.

—¿Has echado un vistazo al sitio? Le vendría bien un lavado de cara. Darle un aire más moderno. —La bodega que acaba de comprar es oscura y lúgubre, y aunque el mobiliario está en buen estado, es antiguo. Necesita un nuevo aspecto si quiere destacar entre las muchas bodegas de la zona.

—¿Es cara? Seguro que esa esnob de Sharon Paxton cobra una fortuna por utilizar los servicios de Ivy —murmura Matt.

—Ella lo vale. —Veo a Ivy de pie a pocos metros de nosotros, hablando con uno de mis clientes del Secreto al que invité a ver el nuevo local.

La fiesta de inauguración es pequeña e íntima, como el propio resort, y solo he invitado a unos pocos elegidos para que vieran por primera vez el Deseo.

Abriremos las *suites* en una semana. Hay que hacer algunos retoques finales, pero en su mayor parte el trabajo de Ivy está acabado. Aunque hablaremos mañana, quizá incluso esta noche. Si tengo algo que decir en todo esto, no volverá a separarse de mí. Quiero que se venga a vivir conmigo.

Gage se va a cabrear. Matt me va a echar en cara todas las mentiras que le estoy contando. Sin embargo, no me importa. Quizá debería confesar ahora mismo. Quiero a Ivy conmigo el resto de mi vida, olvidar esa estúpida apuesta. Ella vale un millón de dólares. Joder, ella no tiene precio.

—Estoy seguro de que crees que vale cada céntimo —dice Matt, con clara diversión en su voz.

—Le dije que debería montar su propio negocio de consultoría de diseño. —Me meto las manos en los bolsillos del traje, con la mirada clavada en ella mientras se aleja del cliente, y vuelve a ser detenida por uno de los camareros que le entrega una copa de champán.

—Seré su primer cliente. Dile que si se lo está planteando, tiene que contar conmigo —dice Matt—. Su trabajo es fabuloso. —Mi amigo vuelve a mirarme y yo desvío la mirada de Ivy y me lo encuentro sonriéndome, parece muy divertido—. No pasa nada entre vosotros dos, ¿verdad? Hace un momento la estabas devorando con los ojos. Como si supieras exactamente qué hay debajo de ese vestido.

«Gilipollas». Me entra el pánico. No quiero ocuparme de esto ahora mismo.

—De todas formas, ¿dónde demonios está Gage? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—No lo sé. Últimamente es difícil de localizar. No estoy seguro de qué le pasa. —Matt se acerca a mí, bajando la voz—. Vamos, Archer, dime la verdad. No le diré nada a Gage. ¿Ivy y tú estáis juntos?

La culpa se instala pesadamente en mi pecho. No puedo hablar de esto aquí y ahora. Tengo que hablar con Gage. Conseguir su permiso, convencerle de que no haré daño a su hermana. La quiero. Pero aún no puedo confesárselo todo. Aquí no, ahora no.

—No —digo con rotundidad—. Solo es Ivy, ¿recuerdas? Ella no cuenta. —Cuando digo esas palabras, no me parecen bien. No es solo Ivy. Ella nunca ha sido solo nada.

Solo la chica para mí, pero eso es todo. Y con eso basta.

—¿Qué has dicho?

Un terror helado me recorre la espina dorsal cuando me giro y la veo de pie ante mí, con los ojos muy abiertos y la cara sin color. Joder, me ha oído.

—Hola, nena —empiezo, pero ella me interrumpe con la mirada.

—Quiero oírte decirlo, Archer. —Su voz es fría, sus ojos duros, y mi corazón se hunde.

Tengo un jodido problema. Maldita sea, necesito que me escuche.

—Ivy, deja que te explique.

Pero vuelve a detenerme, esta vez con un movimiento de cabeza.

—No. No hace falta ninguna explicación. He oído exactamente lo que has dicho. Yo no cuento.

—Me has entendido mal... —Necesito arreglar esto, conseguir que me escuche.

Su expresión es tensa, su boca se ha vuelto tan fina que sus labios prácticamente desaparecen, y está tan rígida que temo que se haga añicos si la toco.

No me atrevo a intentarlo. Probablemente me daría una patada en las pelotas, parece tan cabreada. Y no puedo culparla.

Una vez más, la he cagado estrepitosamente. Pero no era mi intención.

—No hay nada que malinterpretar. Tú mismo lo has dicho, Archer. Yo... no... cuento. —Da un paso hacia mí, con las manos extendidas, y me golpea en el pecho con tanta fuerza que no tengo más remedio que dar un tambaleante paso atrás—. No doy crédito. Después de todo lo que he dicho antes. Después de todo lo que has dicho tú, niegas lo que ha pasado entre nosotros a Matt como si yo no importara. Qué idiota soy por pensar que realmente podría haber algo entre nosotros.

La estoy perdiendo. Joder, no puedo perderla. Así no.

—Vamos, nena, hablemos de esto en otro sitio. —Si pudiéramos estar a solas, lo arreglaría. Tiene que escucharme. No delante de Matt y de quienquiera que esté cerca, escuchándonos. Matt nos mira como si nos hubiéramos vuelto locos y algunos invitados se entretienen intentando captar sin duda fragmentos de nuestra acalorada conversación.

Mierda. No solo estoy perdiendo en cuestión de minutos a la única mujer que me ha importado de verdad, sino que también estoy haciendo el ridículo durante la noche de la inauguración del Deseo.

Sintiéndome impotente, intento sujetarla, pero ella aparta el brazo de un tirón, con los ojos desorbitados y llenos de un fuego furioso.

—Por favor, Ivy. Necesito explicártelo todo. A solas.

—No quiero oír tus explicaciones. No tienen ningún valor. Ninguno. Como tampoco vale nada lo que ha pasado entre nosotros las últimas semanas. Debería haberme imaginado que todo era una ilusión. Que me descartaras tan fácilmente ante Matt, yo... No puedo hacerlo, Archer. —Se aleja, con la cabeza alta, pero puedo ver el tambaleo en su paso.

Le he hecho tanto daño que no sé si podré recuperarme de esto.

No sé tampoco si ella será capaz de recuperarse. También me duele que haya llegado a la conclusión de que no me importa. Después de todo lo que hemos compartido, ni siquiera me escucha, joder.

No tiene sentido.

—Vaya, sí que lo has jodido todo —murmura Matt en cuanto ella se va.

—Cállate —respondo en un susurro.

No puedo marcharme para ir tras ella y eso me está matando. Es mi maldita fiesta. Tengo que estar aquí para saludar a todo el mundo y no ha hecho más que empezar.

Pero quiero seguirla y explicarle. Necesito explicárselo. Que me haya oído decir eso... me rompe el puto corazón.

—¿Por qué no me has dicho la verdad? De todas formas, sabía que mentías —dice Matt.

—Entonces, ¿por qué seguías preguntando?

—Porque quería oírte admitirlo. Debo decir que me alegré por ti, tío, al verte entrar con Ivy. Se te iluminó la cara cuando la mirabas fijamente, y ella te miró a ti como si fueras su héroe. —Matt niega con la cabeza—. Y vas y dices algo tan estúpido, jodiendo algo bueno con dos simples palabras.

Sí. Yo solo me basto para joderlo todo con dos palabras. Solo Ivy.

La mujer de la que estoy enamorado.

«Solo Ivy».

La mujer a la que he hecho daño.

La mujer a la que he fallado.

15

Ivy

Dos semanas más tarde

—Quedamos para comer, ¿no?

Suspirando, compruebo mi agenda y veo que la hora del almuerzo está completamente libre. Qué mala suerte. Me he vuelto tan poco sociable que resulta doloroso.

—No sé si seré buena compañía, Wendy —empiezo, pero ella me interrumpe con un bufido irritado.

—Que le den a los problemas, amiga. Te voy a llevar a comer, te guste o no. Vamos a ir a ese sitio de *sushi* que te encanta, pediremos no uno, sino dos de nuestros rollitos favoritos, y luego vamos a devorarlos hasta que sintamos que vamos a reventar. ¿Qué te parece?

Parece una pesadilla. Pero no puedo decirle eso a Wendy. Es mi mejor amiga y solo intenta animarme después de ese fiasco de supuesta relación con Archer.

—De acuerdo. ¿Quieres que nos veamos allí?

—Sí, si no te importa. ¿Sobre las doce y media?

—Vale. —Por suerte, a Sharon no le importa que mi hora de comer sea flexible, siempre que pueda localizarme cuando me necesite. Cuanto más trabajo con ella, más me gusta.

Tampoco hizo preguntas sobre la experiencia con Archer. Le envié fotos para mi portafolio *online*, mostró su satisfacción con el diseño de interiores que se me ocurrió, y ya está. No dijo nada más.

Lo prefiero. Hablar de Archer, incluso pensar en su nombre, duele demasiado.

—Hasta luego. —Wendy hace una pausa y yo cojo el teléfono con fuerza, asustada por lo que pueda decir—. Ánimo, ¿vale, cariño? No dejes que esto te deprima. Al fin y al cabo, solo es un hombre.

—Claro, solo un hombre —digo débilmente, preguntándome si se da cuenta de que está reproduciendo la misma frase hiriente que él dijo de mí.

«Solo es Ivy..., ella no cuenta».

Si él entrara en la habitación ahora mismo, probablemente le daría un bofetón en esa cara suya tan bonita. A ver si después se refería a mí solo como Ivy.

Dios, le echo de menos. Quiero que vuelva, estoy enamorada de él. Pero no puedo perdonarle lo que le dijo a Matt. No ayuda que yo hablara con mi hermano y él me contara lo que Archer también le había contado. Negó que estuviéramos juntos, juró que no pasaba nada entre nosotros. Dijo algo sobre una foto que Gage vio en Internet de nosotros dos juntos, sonriéndonos como si estuviéramos enamorados.

Archer tampoco se molestó en hablarme de esa foto.

Ha mentido a todo el mundo. Me mintió a mí. Y aún me duele.

¿Lo superaré algún día? Espero que sí.

Algún día.

Me vuelco en el trabajo porque es lo único que mantiene mi mente ocupada y alejada de los problemas. Paso los días como una especie de fantasma. Vivo por inercia, soy capaz de completar mis encargos, reunirme con clientes, contestar al teléfono, y luego volver a casa y meterme en la cama. Veo películas ñoñas y lloro en la almohada, deseando no estar sola.

Soy una ruina lamentable y horrible.

En sueños, viene a mí. Y me sonrío con esa bonita sonrisa suya, y su atractivo hoyuelo, y de repente estoy en sus brazos. Derritiéndome lentamente mientras me susurra cuánto me quiere. Hasta que caigo por completo bajo su hechizo, lista para que me haga el amor.

Entonces me despierto y me doy cuenta de que todo ha sido un sueño y estoy sola. Sin él. Me digo que es mejor así. Me habría hecho daño tarde o temprano, y era mejor que ocurriera antes, ¿no? Ahora ya está superado y puedo seguir adelante.

Pero mi mente y mi cuerpo están atrapados en el pasado, y siguen añorando a Archer. No puedo evitarlo.

No ha pasado tanto tiempo desde «el incidente», como yo lo llamo. Menos de dos semanas, eso es. Me ha llamado. Me ha enviado mensajes. Pero me niego a contestarle o a hablar con él. Al menos no ha llamado a mi trabajo, o peor, a mis padres.

Dios, eso sería mortificante. Ya es bastante malo que haya telefoneado repetidamente a Gage, que le insulta con ganas antes de colgarle.

Hay que querer a un hermano mayor que te defiende pase lo que pase, incluso contra su mejor amigo.

Suena el teléfono de mi escritorio, sacándome de mis pensamientos taciturnos, y lo cojo, sorprendida al oír la voz de Sharon.

—Ivy, tengo que pedirte un gran favor —empieza.

—Claro. —Cojo un bolígrafo, preparada para tomar notas por si acaso.

Sharon habla rápido, y siempre parece como si estuviera garabateando constantemente en un bloc de notas cuando hablo con ella con la esperanza de acordarme de lo que tengo que hacer.

—¿Qué pasa?

—Tengo un cliente que viene dentro de quince minutos y no voy a poder llegar a tiempo para reunirme con él. ¿Te encargarías por mí? Odio pedírtelo, pero no me queda otra. Estoy en medio de un atasco y ya llego tarde a la oficina.

—Claro. ¿Con quién has quedado?

—Matthew DeLuca. ¿Has oído hablar de él?

—¿Qué? Claro que sí. Mi hermano y él son buenos amigos. —Estoy en *shock*.

¿Por qué querría Matt reunirse con Sharon? ¿Por qué no querría reunirse conmigo? Si esto tiene algo que ver con la bodega, casi me sentiré ofendida. Había oído rumores de que iba a reformarla. Tenía muchas ganas de echarle un vistazo y ver qué es exactamente lo que hay que mejorar.

Aunque no querría estar en el mismo barrio que Archer... ¿o sí?

«Claro que sí, idiota enamorada».

—Pues perfecto. Debería resultarte fácil hablar con él y averiguar qué quiere, ya que le conoces tan bien. —Me cuenta algunos datos más antes de colgar.

Dejo el teléfono en su soporte, con la sorpresa todavía corriendo por mis venas.

Vale, ahora estoy enfadada. ¿Por qué no se ha puesto en contacto conmigo primero? Voy a llamar a Matt y echarle la bronca por no querer quedar conmigo.

Por supuesto, ver a Matt también me recordará a Archer y eso me dolerá. Duele especialmente porque Matt fue a quien Archer dijo todas esas cosas horribles e hirientes sobre mí. Fue testigo de toda nuestra discusión, la razón por la que nos separamos.

Odio esto. Pero alguna vez tendré que enfrentarme a él, así que mejor que sea cuanto antes.

A los pocos minutos oigo el timbre de la puerta principal. La entrada se mantiene cerrada durante el día para que no irrumpa gente extraña sin invitación. Me levanto y me aliso la falda con las manos mientras salgo de mi despacho y paso al vestíbulo, pero me detengo en seco al ver quién está al otro lado de la puerta.

No es Matt.

Es Archer.

Muy tiesa, me dirijo a grandes zancadas hacia la puerta, deteniéndome justo delante de ella.

—Vete —le digo, sabiendo que puede oírme.

Sacude lentamente la cabeza, con un aspecto tan devastado, tan triste, que me rompe el corazón.

Estúpido corazón demasiado blando.

—No puedo irme —responde—. No hasta que hable contigo, Ivy.

—No quiero oír lo que tengas que decir.

—Qué lástima. Si no me dejas entrar, te lo contaré todo a través de esta estúpida puerta de cristal.

Cabezota.

—¿Dónde está Matt? Creía que la cita era con él.

—Concertó la cita para que yo pudiera venir a verte. —Hace una pausa y respira hondo. Tiene ojeras, las mejillas cubiertas de barba incipiente a pesar de ir impecablemente vestido con un magnífico traje y el pelo revuelto. Como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente—. Aunque realmente necesita tu ayuda, Ivy. Su bodega es un desastre.

Me encanta que admire tanto mi talento, pero eso no cambia lo que me hizo. Y lo mucho que me dolió. Quizá exageré, pero ¿y qué? Necesito proteger mi corazón cuando se trata de Archer.

—Así que vuelves a mentir, utilizando a Matt para verme.

—No coges mis llamadas, no respondes a mis mensajes. ¿Qué esperabas que hiciera?

—¿Dejarme en paz? —sugiero.

Sigue negando con la cabeza.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque estoy enamorado de ti.

Mi corazón se abre de par en par.

—No te creo.

—Es la puta verdad. —Coge el picaporte de la puerta principal y da un tirón, haciendo sonar el cristal—. Abre la maldita puerta, Ivy, para que pueda decirte estas cosas cara a cara.

—Estamos cara a cara.

—Me siento como en una maldita cárcel, hablando contigo a través de un cristal. —Me mira fijamente, con la boca fina, y casi me dan ganas de reír.

Casi.

No debería abrir esa puerta. Todos los que conozco me instarían a mandarle a la mierda. No necesito sus problemas. Y él está lleno de problemas.

Pero también es divertido... y dulce y adorable y sexi e inteligente. Y dice que está enamorado de mí.

Yo también estoy enamorada de él.

Así que llego a la peor conclusión, pero ¿quién podría culparme? Archer no tiene el mejor historial cuando se trata de mujeres. Quería creer que estaba enamorado de mí, pero tenía miedo. Temía que me abandonara tras las dos semanas que estuvimos juntos, porque ese era nuestro acuerdo original, ¿no? Dos semanas. Lo siguiente que sé es que estoy dispuesta a convertirlo en toda una vida, y eso da miedo.

Quizá exageré porque yo también tenía miedo a comprometerme. Ninguno de los dos es perfecto.

Y luego está esa estúpida apuesta de la que me habló Gage. ¿Por qué no lo mencionó Archer desde el principio? No me habría importado. Esos tres siempre están haciendo apuestas ridículas con cantidades de dinero enormes. Son ridículas. La apuesta es ridícula.

Sin embargo, me lo ocultó como si fuera un secreto profundo y oscuro. ¿No sabe que ya estoy acostumbrada a su comportamiento? ¿Y que aún sigo queriéndolo?

Me observa, sus ojos oscuros me miran tan fijo que automáticamente estiro la mano y pulso el teclado, introduciendo el código que desactiva la alarma y accionando la cerradura para que se abra la puerta. Lo siguiente de lo que soy consciente es que entra a toda prisa, se acerca a mí, y estoy junto a él, abrazada con tanta fuerza que apenas puedo hablar, mientras tengo la cara apretada contra su torso, respirando su aroma familiar y delicioso. Él entierra su cara contra mi pelo, todo su cuerpo tiembla, y es como si no pudiera evitarlo.

Lo abrazo y cierro los ojos, disfrutando de estar de nuevo entre sus brazos.

—Lo siento —murmura contra mi sien justo antes de besarla—. La he cagado y lo siento. ¿Me perdonarás alguna vez? Necesito que me perdones, Ivy. Te necesito en mi vida. Me siento perdido sin ti.

Las lágrimas amenazan con salir. Claro que sí. ¿Cuándo no amenazan últimamente?

—Yo también lo siento.

—¿Qué? —Parece aturdido.

—Exageré. Te culpé y le di tanta importancia a que la apuesta fuera un secreto, pero quizá... quizá yo también estaba asustada. —Me alejo un poco para que podamos mirarnos a la cara. Me parece tan natural, tan normal, tenerlo aquí. Tocándome, mirándome con todo ese amor y emoción brillando en sus ojos. Me da esperanza—. Si hubieras sido sincero desde el principio sobre la estúpida apuesta, no me habría importado.

Frunce el ceño, bajando las cejas.

—¿De verdad?

—Archer, sé cómo funcionáis. Te habría ayudado a ganar ese millón de dólares si me hubieras contado el secreto. —Lo habría hecho. Pero ya no. No. Ahora estoy dispuesta a echarle a los lobos y hacerle pagar.

—Soy idiota —dice con un suspiro—. Tu hermano también lo dijo.

—¿Has hablado de mí con Gage? —Menuda sorpresa.

—Quería su beneplácito —Su rostro se vuelve solemne y las oscuras cejas se le fruncen—. Teniendo en cuenta que estoy enamorado de su hermana, tenía que aclarar las cosas entre nosotros y asegurarme de contar con su aprobación.

—¿Y la tienes? —Contengo la respiración por miedo a la reacción de mi hermano.

—Sí. —Sonríe débilmente, aunque su mandíbula sigue tensa—. Creo que entiende lo mucho que te quiero. Gracias a Dios. Recuerda, soy un idiota cuando se trata de este tipo de cosas.

Asiento con la cabeza. Lo es.

—Lo eres. Yo también. Quizá por eso estamos tan bien juntos.

Su expresión se relaja ante mis palabras.

—Yo también he metido la pata.

—Desde luego que sí.

—Nunca, jamás has sido solo Ivy para mí. —Me acaricia la mejilla y sus dedos recorren ligeramente mi piel—. Te has convertido en mi todo.

Mi corazón se acelera cuando me toca la comisura de los labios con el pulgar.

—Te he echado de menos.

—Yo también te he echado de menos. —Inclinándose hacia mí, me besa, respirando contra mis labios toda la esperanza y el amor reprimidos que yo también he guardado en lo más profundo de mi ser—. Te quiero, Ivy. Tanto que me mata no tenerte a mi lado. Te necesito. Quiero que seas mi compañera en todos los sentidos de la palabra.

—¿Qué quieres decir? —El corazón me late tan deprisa que juraría que se me va a salir del pecho.

—Ven a vivir conmigo. Trabaja conmigo. Monta tu propio estudio de diseño en Napa. ¿Sabes cuántas llamadas he recibido desde la inauguración, todas ellas preguntando por ti? Podría darte una larga lista de futuros clientes.

El orgullo me invade. No tenía ni idea.

—¿Incluido Matt?

Se ríe entre dientes.

—Sí. Es reacio, pero intento convencerle. Cabrón tacaño.

Me río, sintiéndome más ligera de lo que me he sentido en semanas.

—¿Y nosotros?

Archer se tranquiliza de inmediato.

—Estoy enamorado de ti, Ivy. Te quiero a mi lado para siempre.

—¿Para siempre? —pregunto sin aliento.

—Sí. —Vuelve a besarme, esta vez más profundamente, y mis labios se separan para recibir a su persuasiva lengua—. Cásate conmigo y podremos hacer negocios juntos. Bancroft y Bancroft —dice después de besarme.

—¿Bancroft y Emerson? —bromeo, aunque la cabeza me da vueltas ante sus palabras y lo que significan.

—Nena, si vas a casarte conmigo, tienes que llevar mi apellido. Soy un poco chapado a la antigua. —Frunce el ceño—. No me puedo creer que acabe de decir eso. Parezco un jodido machista.

Riéndome, le rodeo el cuello con los brazos y le aprieto la nuca con los dedos, obligándole a besarme de nuevo.

—Me ha encantado que digas eso. Aceptaré con mucho gusto tu apellido, Archer. Aunque seré la primera Bancroft en Bancroft y Bancroft, espero

que lo sepas.

—No lo creo —murmura contra mis labios sonrientes—. Mi nombre empieza por A. El tuyo por I. Me temo que yo voy antes.

—¿No deberías ser más educado? Las damas primero, al fin y al cabo —bromeo mientras tira de mí para acercarme a él.

—Creo que podría serlo. —Presiona su frente contra la mía, mirándome fijamente a los ojos—. Necesito oírtelo decir, Ivy.

—¿Decir qué? —Estoy confusa. Deslumbrada. Perdida en su mirada marrón oscuro, en esas motas doradas que bailan con tanta felicidad.

No dice ni una palabra, simplemente sigue mirándome a los ojos hasta que poco a poco me doy cuenta.

—Ah, ya. —Levanto la cabeza y le beso. Suavemente. Con respeto—. Te perdono, Archer.

—Yo también te perdono, Ivy. —Sonríe, sabiendo que le estoy tomando el pelo, alargándolo—. ¿Y?

—Y te quiero. Tanto que, en estas dos últimas semanas, pensé que podría morir sin ti.

—Siento lo mismo, nena. Exactamente lo mismo. No vuelvas a irte de mi lado.

—No lo haré. Te lo prometo.

—Conviértete en mi esposa. Nada más. Solo mía. —Vuelve a burlarse y esta vez sus palabras no duelen.

Esta vez su declaración me llena de tanto amor que sé que es el hombre para mí.

—Solo si tú también te conviertes en solo mío —digo con una sonrisa.

—Ya lo soy —admite—. Te pertenezco, Ivy. Eres la dueña de mi corazón. No hay nadie más a quien prefiera pertenecer.

Le beso, incapaz de aguantar más; mi corazón y mi alma se transforman por completo cuando le oigo susurrar dos simples palabras.

—Solo tú.

Agradecimientos

Como siempre, doy las gracias a mi marido y a mis hijos por soportarme mientras trabajo duro en mi escritorio, provocándome fatiga visual por mirar fijamente el ordenador todo el día y toda la noche. Sois tan increíbles y me apoyáis tanto, y encima apenas os quejáis (ja, ja). ¿Qué haría yo sin vosotros?

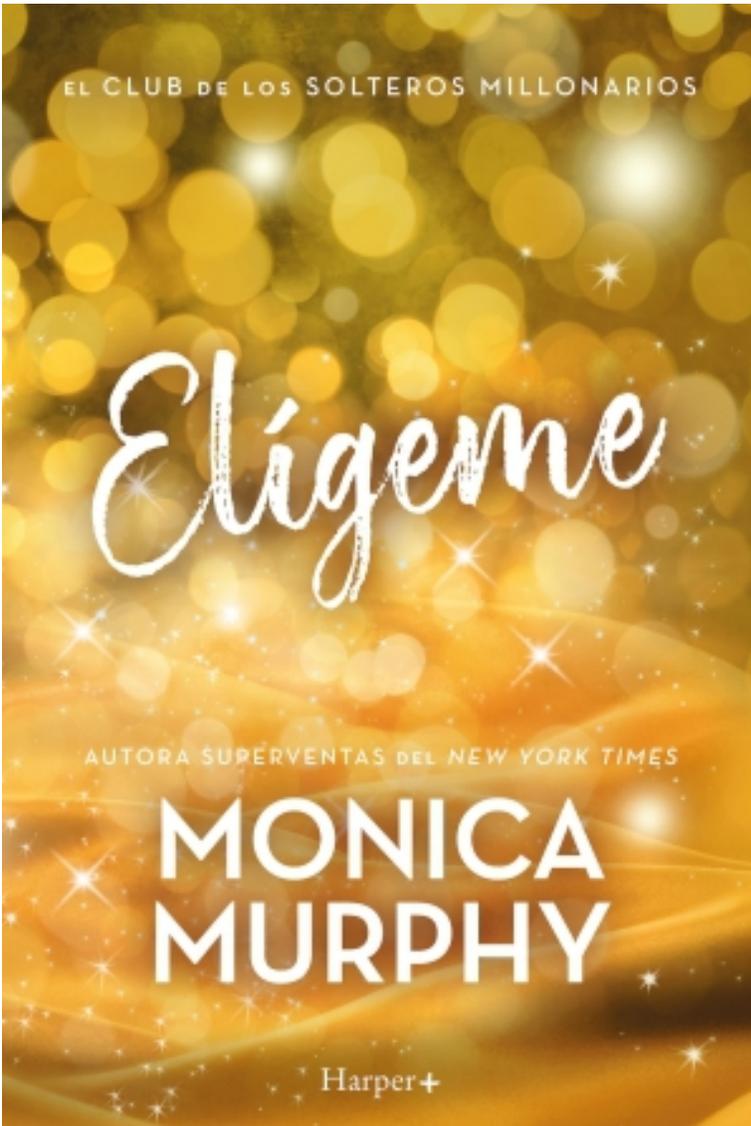
A los lectores: no sería nada sin vuestro continuo entusiasmo y cariño. Gracias, todos significáis mucho para mí. Este libro (y toda esta serie) es un poco diferente y espero que os guste leerlo tanto como yo he disfrutado escribiéndolo. Menos mal que nada puede ir mal con solteros multimillonarios sexis...

Un gran agradecimiento a mi editora, Chelsey Emmelhainz, por darle un buen repaso a mis palabras y hacer que este libro sea mucho mejor. A todo el equipo de Avon por su apoyo entusiasta a esta serie: son lo más. A KP Simmon y Kati Rodriguez por mantenerme informada. Y a Katy Evans por querer a Archer desde el principio.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Elígeme

Murphy, Monica
9788410640481
208 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

En este romance de enemigos a amantes, ella hará cualquier cosa para proteger el negocio de su familia, pero ¿qué ocurre cuando el corazón se interpone?

Marina Knight fue a esa fiesta con una sola intención: sabotear a Gage Emerson. Nadie, y menos ese magnate tan sexi, iba a arrebatarse el imperio inmobiliario de su familia. Él estaba a punto de ganarse una enemiga para toda la vida..., aunque consiguiera derretirla con un solo beso.

Cuando Gage descubre que la seductora mujer que tiene delante es la clave para su última adquisición, reclamarla como suya de repente no parece tan sencillo. Para conseguir lo que quiere, debe conocer a la única persona dispuesta a enfrentarse a él, mientras ella le roba el corazón.

La persistencia y la intensa pasión de Gage colisionan con la determinación de Marina de proteger a su familia. A medida que se adentran en una tórrida aventura que no veían venir, Marina se siente dividida: ¿perderá su corazón por Gage... o perderá todo lo que desea?

La autora superventas del *New York Times* Monica Murphy mezcla los negocios con el placer en la segunda entrega de su electrizante serie

El Club de los Solteros Millonarios.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Una escapada a Escocia. La novela más conmovedora y reconfortante del año

Shackman, Julie
9788410021037
376 Páginas

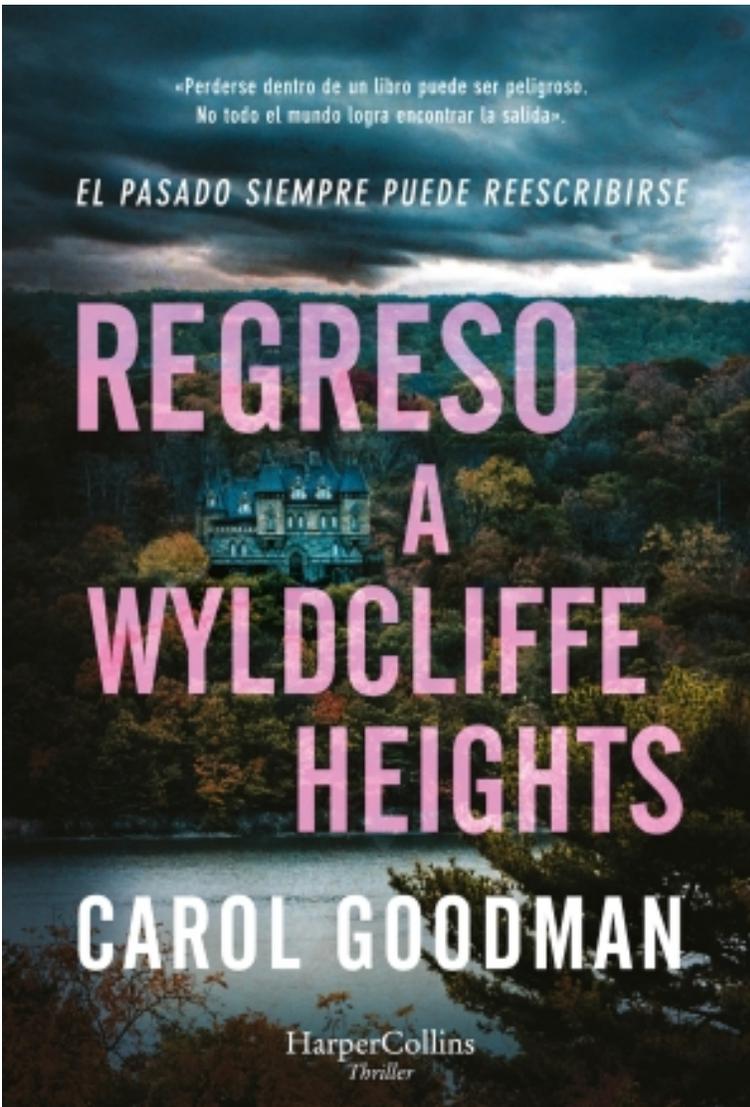
[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Cuando la aldea más dormida de Escocia se convierte en el centro de los cotilleos, Layla Devlin se ve envuelta en un misterio.

Cuando el prometido de Layla sufre un inesperado ataque al corazón y muere, nada menos que en brazos de otra mujer, Layla está dispuesta a hacer las maletas y abandonar Loch Harris, el pueblo al que siempre ha considerado su hogar. Pero una herencia inesperada y el amor por su tranquilo rincón de Escocia la llevan por otro camino.

Hay rumores de que una celebridad se ha mudado a Coorie Cottage y Layla está decidida a que encabece la noche de inauguración de su local de música The Conch Club. Pero la solitaria estrella está igualmente decidida a frustrar los esfuerzos de Layla. Rafe Buchanan se esconde por una razón, y pronto su pasado viene a Loch Harris para atormentarlo.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Regreso a Wyldcliffe Heights

Goodman, Carol

9788410640337

304 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Agnes Corey, joven asistente de una pequeña editorial independiente, ha sido contratada por la misteriosa novelista Veronica St. Clair para transcribir la secuela de su éxito superventas de 1993, *El secreto de Wyldcliffe Heights*. St. Clair ha vivido aislada desde la publicación de esa novela con reminiscencias de *Jane Eyre*, que coincidió con un terrible incendio en el que perdió la vista y quedó marcada de por vida. Cuando llega a la finca de St. Clair, un antiguo hospital psiquiátrico para «mujeres descarriadas» ubicado en el valle del Hudson, Agnes está decidida a asegurarse de que los devotos admiradores de la novelista reciban la secuela que llevaban treinta años esperando.

A medida que St. Clair va dictándole la historia, Agnes se da cuenta de que en el relato hay indicios que revelan los verdaderos –y terroríficos acontecimientos que inspiraron la novela original tres décadas atrás. La frontera entre realidad y ficción se vuelve cada vez más borrosa, y Agnes descubre secretos terribles sobre un asesinato sin resolver de hace mucho tiempo, que además guarda una sorprendente relación con su propia vida. Conforme la retorcida narración de St. Clair va impregnando su mente, Agnes comienza a temer por su propia cordura, y también por su seguridad.

Con el fin de salvarse, deberá descubrir qué le ocurrió realmente a St. Clair y, al hacerlo, liberar las historias de todas las mujeres que fueron maltratadas en Wyldcliffe Heights.

«Perderse dentro de un libro puede ser peligroso. No todo el mundo logra encontrar la salida».

«Regreso a Wyldcliffe Heights plantea un misterio dentro de otro misterio rodeado de fantasmas y oscuros secretos familiares, y transporta al lector a lo largo de tres líneas temporales distintas, cada una de ellas cargada de engaños e

intrigas. En este inteligente relato gótico cargado de locura, homicidios y venganza, los lectores quedarán cautivados por las tramas entrelazadas y no podrán dejar de leer hasta llegar a la última página y descubrir el misterio. ¡Una lectura absorbente y adictiva!». B. R. MYERS

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Adiós a la inflamación. Cómo prevenir enfermedades, retrasar el envejecimiento y perder peso

Moñino, Sandra
9788410021242
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN? Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica. En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud. La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables. UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA. Incluye gratis RETO 3 DÍAS antiinflamatorio. «Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después. Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria. Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro. ¡Desinflámate conmigo!».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



El juego

Kemp, Martin

9788410640313

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Johnny Klein es una víctima del rock, una estrella del pop de los ochenta venida a menos. Lo ha perdido todo: su familia, su dinero y su fama. Cuando un viejo conocido de la industria musical se ofrece a echarle un cable, Johnny acepta sin pensárselo dos veces...

Arrastrado al oscuro submundo del East End londinense, Johnny descubre que su ego destrozado no es lo único que corre riesgo. Por mucho que le cueste reconocer que ya no pinta nada, en estos momentos preferiría desaparecer del todo. Puede que la fiesta haya llegado a su fin, pero no hay modo de escapar del pasado...

«Magistral». SUSAN LEWIS

«Una novela diferente, fresca. El personaje de Johnny Klein es maravilloso. ¡Me ha encantado!». CATHERINE COOPER

A los lectores les encanta El juego «Con su antihéroe Johnny Klein, Martin Kemp ha escrito oro puro en esta emocionante novela que te atrapa desde la primera página».

«No podía parar de leer».

«Un libro que te sigue acompañando una vez leído... Emocionante y sincero, te hace pensar».

«Una trama estupenda y descarnada que me ha llegado al corazón».

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)